

## CAPITULO 7

### UN GOLPE DISTINTO

**A**PENAS CORTOLA comunicación con su marido, Moy de Tohá llamó al Ministerio de Defensa. Tuvo la suerte de que se pusiera al teléfono el comandante Merry, que había sido suplente de uno de los edecanes de José Tohá y a quien ella consideraba un soldado “no muy militar”. La señora Tohá le expresó su inquietud por la situación de su marido. Merry fue amable:

— Señora Moy —le dijo—, quédese tranquila. Le estoy hablando mientras miro hacia La Moneda y en este momento su marido viene caminando tranquilamente por la Plaza Bulnes con el señor Briones—. Pero la tranquilidad de la señora Tohá se desmoronaría rápidamente. Alrededor de las 23:00 horas del día 11, telefoneó a casa del vice-almirante Patricio Carvajal. El marino estaba comiendo, pero se levantó de la mesa:

— ...Estoy sumamente preocupada por José —le confesó—. No sé dónde está, anda con ropa delgada y...

— Mira, Moy, tu marido está bien —respondió el vice-almirante con un residuo de satisfacción que no pudo ocultar—; están todos juntos y no tienen problemas. Te aseguro que están bien cuidados.

— Pero, ¿qué ocurrirá?

— Es que no será algo que vaya a solucionarse así tan rápido. Todavía

no sabemos qué se va a hacer, pero de hecho mañana no vas a tener a tu marido en casa.

\*

Orlando Letelier estaba aparte. Detenido en un calabozo del Regimiento Tacna, desconocía el desarrollo de las acciones que habían culminado horas antes con el derrocamiento del gobierno del que era ministro de Defensa. Al anoecer de ese martes 11 fue llevado al casino del regimiento y se le sirvió una comida. Luego lo encerraron en una celda, en régimen de incomunicación:

“Orlando me contaba —recuerda Isabel Margarita Morel—, que la puerta de la celda tenía como una ventana, un vidrio, pero que estaba tapiado. La celda quedaba en un segundo piso y mirando por entre las ranuras de la tapa podía ver que pasaban hombres armados conduciendo a civiles. Distinguía bultos, figuras, abajo, en el patio del regimiento. Después pasaba algo, se oían descargas y veía, o sentía, que arrastraban cuerpos. Lo veía, y cada cierto tiempo le golpeaban la puerta y le gritaban: ‘Ahora te va a tocar a ti’. Lo insultaban... Hasta que al final se abrió la puerta y, riéndose, los militares dijeron: ‘Ahora le toca al ministro’. Entonces lo tomaron. ‘Baja’, le dijeron, encañonándolo. Orlando empezó a bajar las escaleras. Siempre que me contaba de esto decía que había oído que en los últimos minutos la gente siente que pasan por su cabeza todos los momentos de su vida. Y Orlando decía que lo único que él pensó, en cambio, era que las piernas no le fallaran. ‘No quiero que me lleven a la rastra a esto’, una cosa así decía. Y cuando iban bajando, cuando iban llegando abajo, contaba que se quedó con un pie en el aire al ir a dar un paso y que dijeron: ‘¡Alto!’. Era un militar que se acercó y dijo: ‘¿Adónde llevan al prisionero?’. Los otros contestaron: ‘Al pelotón’. ‘¿Con órdenes de quién?’ ‘Con mis órdenes’, dijo uno de ellos. ‘¿Cómo con sus órdenes? ¿Quién es usted?’. El otro se identificó y hubo una discusión entre los militares. Orlando contaba que había ganado la verticalidad del mando, porque lo devolvieron a su celda. Si no, lo matan... En el Tacna estuvo dos días. Después lo llevaron a la Escuela Militar”.

También el senador Rafael Agustín Gumucio estimó en un principio

que no había razones para alarmarse tanto por la situación <sup>1</sup>:

— Es un golpe tradicional latinoamericano —pensó—, en el que las Fuerzas Armadas se toman el poder y declaran que lo hacen transitoriamente para devolverlo a los civiles y para que siga el Estado de Derecho.

Bajó a la calle y se sorprendió: su rostro, conocido por todos, lo delataba. Algunos transeúntes que lo reconocieron pasaron a su lado insultándolo. Sin embargo, no se amilanó:

— Al frente había una obra con trabajadores construyendo una casa. El primer gesto lindo de adhesión que recibí fue de esos trabajadores, que se acercaron a preguntarme si deseaba que me acompañaran. Se los agradecí y tomé el auto que tenía a mi disposición y que manejaba un camarada joven. Pretendí ir a La Moneda pero no me dejaron pasar. Entonces llegué a un local del partido, donde encontré jóvenes militantes y dirigentes. Ellos insistieron en que debía esconderme; obedecí de mala gana. Fuimos por una calle paralela a la Alameda hasta llegar a Plaza Italia. Fue un trayecto tremendo. En cada esquina el auto se detenía, la gente partidaria del golpe me insultaba. En Plaza Italia fui al departamento de unos amigos. En realidad, me metí en la boca del lobo, porque los militares estaban en todas partes. Esos amigos me tuvieron que sacar de allí. Llamaron a un hermano, general en retiro, quien se prestó a acompañarme. Cuando los controles nos detenían, él aseguraba que yo era un pariente enfermo. Así logré romper la fila de los militares para salir a otra parte. Me escondí dos días en la nueva casa, al cabo de los cuales se presentó una amiga mexicana y me comunicó que quería trasladarme a la embajada de México donde ya había bastantes exiliados, entre ellos Hortensia Bussi.

En la embajada de México, Gumucio tuvo la peor noche que había pasado en su vida. A la mañana siguiente se le acercó el embajador Martínez Corbal y le dijo:

— Señor Gumucio, el avión que llevará a la señora Hortensia Bussi está listo para partir en las próximas horas. ¿Pido o no su salvoconducto al Ministerio de Relaciones Exteriores?

— Le agradezco mucho su gentileza de haberme asilado esta noche, señor embajador, pero yo no me asilo ni salgo del país —respondió.

Horas más tarde se hallaba de vuelta en su departamento de las Torres

de Tajamar. Habían pasado cuatro días. Cuando su regreso fue detectado por algunos vecinos partidarios del golpe, empezaron a aparecer letreros y rayados en las paredes del ascensor:

— Era un ambiente imposible. Entonces me volvieron a dar la orden de que me escondiera. Y me volví a esconder un día más. Después recibí la orden de asilarme en una embajada. Me asilé en la Cancillería de la embajada de Venezuela... Allí estuve durante cinco meses.

\*

A las 11:00 horas de la mañana del día 11 de septiembre de 1973 iba a realizarse en la Universidad Técnica del Estado un gran acto cultural “en contra del fascismo y la guerra civil”, en el cual estaba prevista la actuación de algunos grupos y cantantes folklóricos —Víctor Jara, entre ellos— y un discurso del Presidente Allende para anunciar una propuesta política a la nación. Con cerca de 35 mil alumnos a lo largo del país, la Universidad Técnica se había erigido en un reducto dominado sin contrapeso por las corrientes de izquierda, que llevaron a la presidencia de la Federación de Estudiantes (FEUT) al comunista Osiel Núñez.

A aquella hora, las noticias sobre el golpe estaban en todos los rincones de Santiago, y la temprana preocupación de los dirigentes estudiantiles por denunciar el extraño episodio que a las 05:00 de esa madrugada había sufrido la emisora de radio de la universidad estaba obsoleta.

Cerca de las 18:00 horas, imperando ya el toque de queda impuesto por la Junta para la tarde del día 11 y todo el día 12, algunos oficiales del Ejército se aproximaron a la puerta de entrada al campus y pidieron hablar con el presidente de la Federación de Estudiantes.

— ¿Por qué hay tantos estudiantes aquí? —preguntaron—. ¿Acaso no han oído la radio? ¿No saben que hay que estar en las casas?

Núñez intentó explicar las razones por las que un grupo relativamente numeroso de estudiantes permanecía en el campus, a pesar de que las clases se hallaban, como era obvio, suspendidas.

— Nosotros tenemos orden de desalojar estos recintos antes de las 12:00 horas de mañana.

— No estamos haciendo nada ilegal —contestó Núñez.

— No pueden quedarse —dijeron categóricos los oficiales—. Si esta noche continúan aquí, mañana temprano volveremos con buses y los llevaremos a algunos puntos de Santiago para que desde allí regresen a sus casas.

Núñez no hizo nada más que darse por enterado y los oficiales se retiraron.

Al caer la noche, un cordón policial se tendió en torno al recinto universitario y hubo algunos disparos, los primeros en la zona, que no cobraron víctimas. No obstante, a medida que pasaban las horas, los disparos se hicieron más densos, hasta que alrededor de la medianoche del 11 al 12, los dirigentes estudiantiles tuvieron informes sobre el primer herido en una de las facultades universitarias. Cerca de las 06:00 horas de la madrugada del día 12, el herido murió sin haber contado con posibilidad de ayuda médica..., a escasas cuadras del enorme hospital San Juan de Dios.

\*

El teléfono sonó temprano la mañana del miércoles 12 en casa de Felipe Herrera. Hortensia Burssi intentó adivinar la conversación:

— No sé si serían las siete o las siete y media. Yo oía que Felipe estaba recibiendo instrucciones y que él iba a avisarme. Entonces le pregunté y me dijo que la Junta había pedido a mi sobrino Eduardo Grove que me llevara al Hospital Militar. Eduardo llegó temprano y partimos, solos. Llegamos con Eduardo y en la reja nos detuvieron. Me identifiqué y les dije: “Bueno, he sido avisada de que debía venir acá”. Entonces uno de los militares me dijo: “Mi más sentido pésame, señora”. Recién en ese momento entendí lo que había pasado. Y le dije: “Pero, ¿qué pasa ahora?”. Y él dijo: “Tiene que dirigirse rápidamente a la base Catalina”<sup>2</sup>. Le respondí: “A mí no me van a dejar pasar. He tenido dificultades incluso para venir hasta aquí. No tenemos ningún salvoconducto”. Y me dijo: “No importa; donde la detengan, usted diga quién es y la van a dejar pasar. Diga que tiene orden de dirigirse a la Base Catalina”. Nos detuvieron varias veces. Había piquetes de soldados por todas partes, pero finalmente pudimos llegar. Allí estaba el leal comandante Sánchez que nos había acompañado casi los tres años de gobierno. Estaba muy emocionado. Me

abrazó y se le cayeron las lágrimas. Si yo aún guardaba alguna duda sobre lo que había pasado, en ese instante ya no me cupo ninguna. Le dije: "Tengo que hablar con usted, ¿cómo lo hacemos?". Me dijo que entráramos al edificio y se las arregló para que estuviésemos a solas. Y le dije: "Quiero comunicarme con mis hijas. ¿Sabe usted dónde están?". Dijo que sí. Entonces llamé a mis tres hijas (Beatriz, Isabel y Carmen Paz) y les dije: "Ahora voy a enterrar a vuestro padre; quisiera que me acompañaran". Ellas me preguntaron si yo tenía salvoconducto y yo les dije: "No, pero estoy autorizada para hacerlo". Beatriz fue la más explícita; me dijo: "Nosotras no tenemos. Tú no te has dado cuenta, mamá. A Luis<sup>3</sup> casi lo han baleado. Ha llegado a duras penas a la Cancillería; trataron de matarlo porque quería ir con el embajador García Incháustegui. A los dos los balearon. ¿Qué garantía tenemos nosotras de poder llegar hasta Los Cerillos? No tenemos ninguna, así es que vas a tener que partir tú sola".

Era la primera vez que Hortensia Bussi hablaba con su hija Beatriz desde la madrugada del martes 11. Horas más tarde, volvería a hacerlo, para despedirse de ella.

— Al subir al avión, una mujer nos revisó, nos palpó. Varios soldados estaban alrededor nuestro. Dentro del avión, lo primero que vi fue el féretro, tapado con una manta boliviana que Salvador tenía siempre en su escritorio (de La Moneda), y sentada ahí, llorando, triste, a Laura Allende junto a Patricio Grove, hermano de Eduardo. Nos sentaron al frente a mí y al comandante Sánchez. El ruido de los motores era tan grande que no podíamos hablar y nos sentíamos siempre vigilados. Le pregunté al comandante Sánchez adónde íbamos. Entonces me dijo: "A Quintero, a la base militar y de ahí vamos a seguir en auto hasta el cementerio de Santa Inés en Viña del Mar". Llegamos a Quintero y bajaron primero el féretro. Yo estaba aún en la escalerilla del avión y entonces dije: Un momento, quiero ver y saber si el que estoy enterrando es Salvador Allende. Entonces levanté la tapa del féretro para poder ver su cabeza, pero me encontré con un vidrio y un género blanco agarrado con una especie de pinzas. Hice un gesto para descubrir qué había debajo, pero el militar que estaba a mi lado me detuvo la mano y me dijo: "Después lo verá". Eso fue una gran mentira, porque el féretro fue sellado. De modo que no vi nada. Hicimos

un viaje silencioso en cuatro autos negros. Primero iba el que ocupaba Laura Allende con Patricio Grove. Después el mío con Eduardo y el comandante Sánchez. En los otros dos, fuerzas de seguridad. Llegamos al cementerio de Santa Inés en una mañana de septiembre. Allí me estaba esperando la esposa del tercer sobrino de Salvador, Jorge Hugo Grove. Había sido avisada por la Armada y se agregó a la comitiva. Llegamos frente al mausoleo de la familia Grove-Allende, donde en el mes de agosto habíamos enterrado a Inés Allende. Se juntaron marinos y militares, y retiraron el féretro del carro en que lo llevaban. Entonces corté algunas florecillas silvestres del camino y de otras tumbas. No me pude reprimir más y hablé, sobre todo dirigiéndome a los sepultureros, en medio de un silencio impresionante: "Quiero que ustedes sepan que aquí estamos enterrando al Presidente de Chile, a Salvador Allende, para que ustedes lo cuenten a sus familias, lo cuenten a sus amigos, para que todo Chile lo sepa". Alcancé a decir esas pocas palabras, porque de inmediato me dijeron que tenía que guardar silencio. Solamente se oía el ruido del cajón descendiendo...

"Ahí terminó la ceremonia. Entonces dije fuerte: 'Ahora quiero ir al Palacio de Cerro Castillo a recoger mis cosas, cosas personales del Presidente de Chile y mías'<sup>4</sup>. Esto produjo un barullo increíble, porque lo último que se les podía pasar por la mente era que yo empezara con exigencias. Se suponía que yo debía ir como una viuda doliente, callada. Pero me dije: 'No voy a demostrar nada; no quiero demostrar, delante de estos hombres, que me he roto'. No sé de dónde saqué fuerzas; sin embargo, no derramé una sola lágrima. Los miraba a ellos, nada más. Se demoraron mucho. Eduardo Grove me comentó: 'Usted está loca. Usted no se da cuenta de las condiciones en que estamos. Somos casi prisioneros y usted viene a exigir, ¿qué se cree? Le van a contestar con un rotundo no'. 'Veremos, le dije; por lo demás, yo lo pido y lo exijo'. Después de haber deliberado, los militares se acercaron y dijeron: 'Muy bien, vamos a ir a Cerro Castillo'. Y atravesamos, en esta triste caravana, la ciudad de Viña del Mar.

"Llegamos a Cerro Castillo y antes de que ellos me ganaran, me bajé rápidamente del auto, corrí y entré en la cocina. Estaban los mozos de la

Armada. También llegó el jardinero —a quien Salvador quería mucho— y el intendente de Palacio. Cuando estuvieron todos reunidos, les dije: ‘Vengo del cementerio de Santa Inés, vengo de enterrar al Presidente de Chile, a Salvador Allende, que ha sido asesinado en La Moneda’. Varios se pusieron a llorar. Luego dije: ‘Les pido a ustedes lo mismo que he pedido en el cementerio de Viña del Mar, que le cuenten a sus familiares, a sus amigos, a sus vecinos, que aquí queda enterrado Salvador Allende. Les pido que si yo no puedo venir, sigan ustedes llevándole flores, que nunca le falten flores’. Me dirigí al intendente de Palacio y le dije: ‘He venido a buscar mis cosas’. ‘Señora —me dijo— usted sabe cómo siento la pérdida del Presidente’. Le contesté que sí lo sabía, que sabía cuánto apreciaba a Salvador. ‘Tengo los bultos listos —me dijo—, porque alguien tenía que hacer la entrega’. Se trataba de alguna ropa y recuerdos, unos álbumes de fotografías. En algunas de ellas se puede ver a José Toribio Merino, saludando, inclinándose ante el Presidente... Me volví con mi sobrino a la casa de Felipe Herrera. Nos dimos un abrazo y ahí me separé del comandante Sánchez. Nunca más lo he vuelto a ver <sup>5</sup>. También me despedí de Laura Allende”<sup>6</sup>.

\*

Los tiroteos fueron intensos y se prolongaron durante toda la noche del 11 al 12 en los alrededores de la Universidad Técnica, de tal manera que los estudiantes se concentraron en aquellas salas de las facultades que ofrecían mayor seguridad. Cerca de las 07:00 horas de la mañana, los edificios del campus se remecieron. Fuerzas policiales y del Ejército habían apuntado cañones de 105 milímetros contra la sede central de la universidad, disparando un par de obuses en medio de un repentino recrudecimiento de la balacera.

— ¡Todo el mundo afuera! —gritaban los oficiales.

Mientras salían, los estudiantes eran obligados a tenderse en la calzada de las calles, cruzando las manos tras la nuca y descansando la cabeza en la barbilla contra el pavimento. Cuando se produjo el ataque militar y el inmediato allanamiento, Osiel Núñez no se hallaba en la sala del consejo universitario —en la sede central—, donde pernoctó la mayoría de los

estudiantes que se refugiaron en ese edificio, sino que estaba cerca de las oficinas del rector, Enrique Kirberg, quien como muchos académicos había pasado la noche en los recintos universitarios. Uno de los obuses de 105 milímetros reventó cerca y los vidrios de la moderna construcción, casi entera de cristales, se pulverizaron. Después pasó un oficial preguntando por el "líder" estudiantil. Seguido de un soldado que apretaba con la punta de la bayoneta, lo hicieron tenderse en el suelo, igual que al resto, aunque aparte. En seguida empezaron a acosarlo.

— ¡Hijo de puta! ¿No era a ti al que le gustaba aparecer en televisión? ¡Comunista culiao!... ¡Date vuelta pa' verte la cara, conch'e tu madre.

Núñez se volteó y apareció la imagen de un oficial joven, de pelo rubio y ojos claros. Entonces se acercó el oficial a cargo de la operación de cerco y allanamiento de la universidad y arrojó una escueta frase:

— Este viene conmigo.

Lo levantaron a golpes y lo condujeron ante una muralla que cierra por un lado el Patio de las Rosas. El oficial dio una orden que fue interpretada con rapidez por sus subalternos. Había mandado llamar a un tirador escogido, a quien situó a unos cinco o seis metros de Núñez, en el suelo, apuntándolo.

— Ya sabes cómo hacerlo —dijo el oficial—; primero disparas a la rodilla, después al estómago y después a la cabeza.

De esta forma, la muerte es más lenta y por ello se necesitaba de un tirador experimentado.

— Te voy a hacer algunas preguntas —le dijo, aguantando las palabras para que cada una de ellas hiciera efecto en su detenido—; si no me das respuestas satisfactorias... -apuntó un dedo hacia el tirador- le ordenaré que dispare.

Núñez empezó a salir de su aturdimiento. No estaba asustado. El oficial hizo su primera pregunta.

— ¿Nombre?

— Osiel Núñez.

— ¿Partido?

— Comunista.

— ¿Cargo?

— Soy presidente de la Federación de Estudiantes.

— ¿Cuántos alumnos hay ahora?

— No sé..., quizás unos mil.

— ¿Dónde están las armas?

— No tenemos armas.

El oficial puso los brazos en jarra, hizo una mueca y dijo:

— Bueno, ya, se acabó pa' ti, comunista conch'e tu madre— y se acercó al tirador para dar la orden de fuego.

El soldado no pestañeó. Apretó el gatillo y el tiro retumbó en todo el campus... Sin embargo, Núñez siguió en pie. El tirador no le había apuntado. Fue el minuto en que tomó conciencia no sólo de que se estaba jugando la vida, sino también de todas las aspiraciones que se habían irremediablemente perdido. El oficial hacía aspavientos junto al soldado:

— Eres una vergüenza para el Ejército chileno. ¡Un militar que no sabe disparar! Hay que ser muy huevón. Tírale al estómago, ahí al menos serás capaz de achuntarle —dijo. Después se acercó a Núñez: —Tienes un minuto. Si no me respondes, ahora va en serio. Tú eres comunista y los comunistas no creen en Dios, pero yo te recomiendo que empieces a acordarte de algunos de los rezos que aprendiste cuando chico.

Núñez fijó en él unos ojos vacíos. Podían pasar todos los minutos del mundo, pero qué maldita respuesta deseaba oír—pensó— si simplemente no existían las armas que pretendía encontrar. El minuto pasó. Entonces, el oficial se dirigió al tirador y repitió la orden de disparar: la bala silbó al lado opuesto de la anterior, a unos diez centímetros por encima del hombro, exactamente a la misma altura del primer disparo. Bromeando, el oficial sonrió a su soldado:

— ¡Bien! Está harto bueno el punto, cabro.

Luego se volvió hacia Núñez y preguntó:

— Y tú, ¿no tienes miedo a morir?

Núñez tenía miedo, pero no quería dar una respuesta que el oficial pudiera interpretar como una bravuconada:

— Aquí no hay armas —dijo entonces.

Osiel Núñez relata lo que ocurrió a partir de ese instante:

“Estábamos en eso, cuando llegan corriendo unos soldados y le dicen

al oficial, un mayor, que están siendo atacados desde un ala de la universidad. Correspondía a un lugar donde funcionaba el departamento de Construcciones y Extensión Universitaria. Yo sabía que allí, efectivamente, había estudiantes, profesores y funcionarios. Entonces el mayor dijo: 'Bueno, vamos a terminar con esto de una vez por todas. Ubíquenme los cañones aquí, en este jardín, y apunten en dirección de ese edificio'. Yo salí detrás del mayor, quien se puso a retar a unos soldados al ordenarles colocar los cañones. Mientras tanto, yo insistía a su lado en que allí no había armas, sino estudiantes. Le hice hincapié en que había muchachas y que si disparaba simplemente las iba a matar. No me hacía caso, pero tampoco me mandaba a la punta del cerro. Ya los cañones estaban ubicados y a mí se me ocurre decir: 'Déjeme que yo vaya y van a salir: es gente que está desarmada y los van a matar'. Entonces el tipo se detuvo y me dijo: 'Estamos de acuerdo, pero ahora sí que esto va muy en serio; te la estás jugando, así es que ten cuidado con hacer alguna cuestión'.

"Llegué al lado de la reja, me identifiqué, les dije a los de adentro que salieran porque no les iban a disparar. Entonces salió de inmediato un funcionario, pero la reja estaba cerrada con un candado. Regresó al interior y eso creó un poco de nerviosismo. Algunos soldados me hicieron a un lado del portón y escuché que a unos cuantos metros de allí el mayor grita: '¿Qué es lo que pasa?'. Le grité que estaban buscando la llave. A los pocos segundos abrieron el portón y empezó a salir la gente que estaba allí bajo el mismo tratamiento que a los demás, es decir, al suelo, manos en la nuca. Después, el allanamiento continuó con el edificio siguiente: la Escuela de Arte, donde se encontraba el grueso de los que pernoctaron en el campus. Allí habían matado ya a una persona, un periodista de la universidad. Y se repitió lo mismo. Tuve que caminar por el centro de la calle, situarme frente al portón, identificarme, gritar. Sin embargo, no hubo ninguna respuesta. Insistí en que salieran, porque además habíamos tomado el acuerdo de que íbamos a abandonar los recintos universitarios y que no habría resistencia, pero los de adentro no daban señal alguna. 'Vamos a actuar', dijeron los militares. Les pedí que me permitieran entrar, les dije que la escuela era muy grande y que posiblemente se encontraban metidos en otra

parte. No me autorizaron. Entonces, con uno de los camiones que remolcaban los cañones echaron abajo el portón y penetraron dos columnas de soldados, corriendo. Yo ingresé con ellos también. De pronto, un soldado gritó que hay gente en el casino y empezaron los demás a disparar contra ese edificio. El mayor se aproximó a ese lugar y yo aproveché para acercarme e insistirle: 'Son estudiantes desarmados. Hay mujeres'. El mayor dio la orden de cese del fuego y los estudiantes empezaron a salir. Me retiraron de donde yo estaba, porque según ellos me hallaba en la línea de fuego, una línea inexistente. Nosotros no habíamos disparado y ellos, en cambio, hasta lanzaron obuses de mortero, con tal irracionalidad que llegaron a poner en peligro la vida de los propios soldados que allanaban la Escuela de Arte. Después me condujeron al patio interior, que estaba tapizado de cuerpos y a mí se me ubicó al frente, delante de todos esos nuevos prisioneros políticos, en la misma posición. Pasarían un par de horas. Entonces me hicieron ponerme de pie. El mayor estaba acompañado de unos doce militares. Entonces el tipo se puso a hacer un inmenso reconocimiento de lo que yo había realizado a voz en cuello: que por mí los estudiantes estaban vivos, que era valeroso, que si bien era comunista y, por lo tanto, no teníamos nada en común, él tenía la obligación de reconocer eso que decía y le pedía a los soldados que aprendieran del ejemplo. Les dijo que me trataran bien, lo cual me colocó en un aprieto terrible ante el resto, porque me sacaron de ahí y me ofrecieron asiento al lado de los militares, mirando el espectáculo de los estudiantes tendidos; me preguntaron si deseaba beber agua, si quería ir al baño, fumar. Después comenzaron a trasladarnos al Estadio Chile”.

\*

La situación no fue distinta en los cordones industriales. Entre los días 11, 12 y 13, la represión logró desarticular al movimiento sindical chileno: alrededor del 80 por ciento de sus máximos dirigentes nacionales —CUT, federaciones, confederaciones, profesorado, etc.—, fue detenido o perseguido y, por tanto, obligado a esconderse. Paralelamente, el despliegue de tropas sobre los cordones —lugares físicos donde se asentaba el movimiento sindical, estimados en los planes del golpe como los posibles focos

de mayor resistencia— consiguió cumplir dos objetivos: detener el máximo de personas en escasas horas y producir un efecto psicológico de amedrentamiento de consecuencias perdurables. Para los generales que se habían aventurado en el golpe, se trataba no sólo de postergar la acción reivindicativa y política de los sindicatos, sino de suprimirla por un largo período y, a ser posible, para siempre.

De hecho, más de la mitad de la inversión con que se movía la economía a fines del gobierno de Frei ya era estatal. Y esta cifra se elevaba hasta el cien por ciento si se observaba el origen de la inversión en infraestructura de todo tipo.

Muchos problemas, estimados como perennes por los técnicos progresistas de la época, fueron abordados con energía desde un comienzo: — Se aceleró el proceso de Reforma Agraria, aplicando a fondo las disposiciones legales que ya existían; se llegaron a expropiar alrededor de seis millones de hectáreas de tierras cultivables y de bosques, en su mayor parte sometidas a régimen de propiedad latifundario, reputado por los técnicos como la causa del atraso de la agricultura.

— Se promovió y se consiguió una fuerte redistribución del ingreso, aumentando los asalariados su participación en él desde un 55 a un 65 por ciento; particularmente fueron favorecidos los sectores medios de “trabajadores de cuello y corbata”, provocándose una fuerte alza de la demanda de los bienes que ese sector consumía, como la de la construcción, educación, alimentación, vestuario, etc.

— El Plan Nacional de distribución de leche consiguió beneficiar a tres millones 350 mil personas en 1972. En esencia —y sin que faltaran imprevisiones— a través de este plan se proporcionó leche gratuita a los niños, madres y nodrizas en una proporción y con una frecuencia desconocida en Chile.

— La política de educación anotó también éxitos importantes en el acceso a la educación primaria, por ejemplo, cuando en 1973 accedieron a ella 270 mil alumnos más que en el año anterior. Las universidades —que continuaron siendo relativamente independientes de las políticas públicas de educación— hicieron esfuerzos por diseñar y poner en práctica un currículum especial con el objeto de admitir trabajadores —obreros y cam-

pesinos— para que hicieran estudios superiores. Como muchos propósitos de largo plazo que el gobierno de Allende echó a andar, éste —en razón del golpe— quedó en su etapa inicial; no obstante, en 1973 la Universidad Técnica del Estado becó y admitió a dos mil 500 trabajadores. En esta área de políticas se produjo un hecho de vastísimas proyecciones: la editorial nacional Quimantú, lanzó, en dos años, doce millones de ejemplares de textos de todos los tipos a precios muy bajos y sobre los más diversos temas. También la música popular se transformó, asumiendo formas y contenidos más latinoamericanistas, y se produjo a su alrededor un vasto movimiento cultural, cuyo impacto sigue vigente hasta el día de hoy y no sólo en Chile.

Sin embargo, a pesar de las pasiones en juego, algunas cosas parecen claras: fue un gobierno democrático, clara y netamente orientado de preferencia hacia los sectores populares. Será muy difícil que se pueda convencer a los chilenos más pobres, obreros y campesinos, a vastos grupos de trabajadores de cuello y corbata, a un número quizás mayoritario de la intelectualidad y, en suma, a más de un tercio de la población, de que ese gobierno fue tiránico y desastroso<sup>7</sup>.

En el proceso de socavamiento de la capacidad de la UP para mantenerse en el poder, jugaron un papel importante y negativo no pocos partidarios del propio gobierno. La sobreideologización de la vida cotidiana no fue sólo el resultado de una conspiración derechista; fue también un reflejo de la manera cómo los partidos de la UP —particularmente los dos más grandes— hacían política: creyendo que manejaban una ciencia de la revolución que hacía predecibles los acontecimientos e irreversibles los procesos.

La obstinación de Salvador Allende por mantenerse en La Moneda hasta las últimas consecuencias, por tanto, tenía motivaciones que iban más allá de una tozudez anecdótica o individualista. Junto a las realizaciones de su gobierno estaba toda su historia política personal para explicarla detrás de ese momento culminante.

Si en los años 30 el objetivo de los generales era tomarse La Moneda para ocuparla como símbolo del poder pretendido, en septiembre de 1973 el objetivo de los generales era destruirla, porque se había transformado

en símbolo de la democracia repudiada. Necesariamente, pues, tenía que ser un golpe distinto.

\*

Después de escucharse por la radio el ultimátum de la Junta de bombardear La Moneda, se fue apoderando paulatinamente de los trabajadores concentrados en el cordón Vicuña Mackenna el convencimiento de que estaban ante una derrota en toda la línea. La violenta represión de la industria textil Sumar y en algunas pequeñas empresas del sector, ejerció un profundo impacto entre los obreros desarmados y muchos de ellos comenzaron una larga caminata de regreso a sus casas, aprovechando las horas previas al toque de queda.

Las calles se vaciaron y en las fábricas del cordón quedó sólo aquel sector de trabajadores que se rebelaba ante la derrota, y algunos militantes a los que sus partidos habían asignado en las primeras horas del golpe —aún sin demasiada percepción de su magnitud— la tarea de mantener la agitación del movimiento obrero. Una agitación que fue paradójicamente pasiva, porque no podía ser de otra manera: no hubo armas para nadie y de haberlas tenido, nadie hubiese sabido manejarlas. Si aparecieron hombres que las poseían, su número fue ínfimo y en lugares localizados —como la industria Sumar y la población La Legua, donde las ametralladoras militares cortaban los cuerpos en dos—, que la maquinaria bélica del Ejército y la FACH pronto redujo.

A las 07:00 de la mañana del día 12, Vicuña Mackenna despertó con los aldabonazos del golpe. Fuerzas militares y de carabineros iban por las industrias dando voces y amenazando con sus armas. Delante de cada portón, delante de cada empresa se reprodujo la misma escena. Y las rejas fueron abiertas. Los soldados penetraban por los intersticios de las fábricas y lo revolvían todo, cada palmo, buscando gente y lo que no existía: armas. Los trabajadores fueron sacados de las industrias a punta de bayonetas con los brazos sobre la cabeza. Eran obligados a tenderse boca abajo, y allí golpeados y hurgados.

Vicuña Mackenna entera había caído. Una inmensa avenida estaba cubierta de miles de cuerpos postrados boca abajo, con armas apuntán-

doles en la nuca. Las mujeres fueron separadas de los hombres y trasladadas en camiones que partieron al centro de Santiago.

Los soldados recorrían la hilera de cuerpos, insultándolos y golpeándolos. La única seguridad de cada uno de los que estaba allí residía, exactamente, en la presencia de todos los demás en similares condiciones. Nadie quería distinguirse por nada, ni siquiera por la indumentaria. La única garantía de vida era ser todos iguales, soportar todos la misma violencia y actuar de la misma forma.

Prohibieron mirar. Ni siquiera se podía encontrar una postura menos dolorosa, menos agotadora. Las manos cruzadas sobre la nuca obligaban a descansar la barbilla en tierra, y después de una o dos horas el dolor entraba por la mandíbula y se iba extendiendo por todo el cuerpo.

Rastreaban extranjeros con ansia voraz. Aquel que se arriesgaba a desviar los ojos hubiese sido testigo. Habían encontrado lo que un grupo de soldados llamaba "un cubano". Lo tenían en el suelo, pero separado de todos, y lo insultaban, lo torturaban. Los alaridos recorrían la fila de cuerpos desde el principio hasta el final, pero no se podía mirar. Nadie quería mirar. Sólo alaridos y voces acres, gritos insultando. Hasta que se oyó lo que nadie quería oír, porque adivinaba la conclusión:

— ¡Corre, cabrón! ¡Que corras te digo, cubano cabrón!

Después, unos tiros.

Llegaron varias micros de carabineros y poco a poco la fila de cuerpos tendidos empezó a ser levantada. Cada micro era repletada de trabajadores que se apiñaban como podían, unos con otros. A cada trabajador se le pedía, antes de subir, su cédula de identidad y eran apartados todos aquellos que no la tenían o cuyo aspecto no gustaba.

Así, con la amenaza de los fusiles en ristre y una advertencia calculada sobre las balas perdidas de supuestos francotiradores emboscados que apuntaban a cualquier blanco móvil con color militar, se hizo el traslado de los trabajadores del cordón Vicuña Mackenna, hasta uno de los lugares de concentración de detenidos: el Estadio Chile.

Esa mañana tenía que ir a cantar a la Universidad Técnica. Pero, en cambio, estaba demudado escuchando las palabras del Presidente Allende sobre un golpe militar en marcha.

Víctor Jara subió a la citroneta (Citroen 2CV) que compartían con Joan Turner, su esposa, y partió hacia la UTE.

Se encontró con casi un millar de estudiantes que había decidido permanecer en la universidad para testimoniar su compromiso con el gobierno. Durante esas largas horas, Víctor Jara les cantó. Era la única forma de matar el tiempo, el miedo y el desánimo con la única arma que conocía.

Víctor Jara alcanzó a deshacerse de su cédula de identidad. Esperaba, así, no ser reconocido por los militares. Luego, tras varias horas de insultos y golpes, los trasladaron al Estadio Chile, donde Jara había obtenido años antes el primer premio en el Festival de la Nueva Canción Chilena, por su *Plegaria de un labrador*.

\*

Osiel Núñez y Víctor Jara arribaron al Estadio Chile de la misma forma en que ya lo habían hecho otros miles de detenidos en los cordones industriales: atravesando un laberinto de golpizas, una especie de ablandamiento previo, nada demasiado fuerte. Pero la suerte para Núñez y Jara fue distinta. Núñez fue inmediatamente apartado por un oficial del numeroso grupo de prisioneros de la Universidad Técnica.

— No, tú vienes conmigo —le dijo, sacándolo de entre los estudiantes que ingresaban al estadio cubierto. Entonces lo condujo ante un oficial de más alta graduación—: Tengo instrucciones de mi mayor para entregar este detenido al jefe del campo, pero como él no está, lo hago a usted.

Se trataba del segundo mando a cargo de ese lugar de concentración.

Poco después, un suboficial de las Fuerzas Especiales, conocidas como Boinas Negras, apuntó un dedo contra el grupo en que se encontraba Núñez. Los detenidos se miraron unos a otros y alguno preguntó si el gesto iba dirigido a él. Pero el dedo apuntaba a Núñez. El suboficial le indicó que pasara: iba a llevarlo a una habitación donde sería torturado por primera vez.

“Todo el interrogatorio iba en una dirección: preguntar por entrena-

miento militar. Muy rápidamente me di cuenta de lo que significaba ir perdiendo la fuerza. Me costaba tenerme en pie... De allí me llevaron a una salita que estaba inmediatamente al lado. Era una especie de consejo de guerra. Había oficiales de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas y también civiles y máquinas de escribir. Ahí me ordenaron sacarme la chaqueta y poner los brazos en cruz. Empezó de nuevo el interrogatorio, hasta que me preguntaron por las armas. Les respondí que no había armas en la universidad, que ellos mismos la habían allanado. Entonces me dijeron: 'Mira, ¿tú escuchaste a mi general Leigh?'<sup>8</sup>. Contesté que no, aunque lo había escuchado, naturalmente. Dijeron: 'Aquí en Chile no hay lugar para los comunistas. Los comunistas están muertos. La única otra alternativa es fuera del país, pero tienes que colaborar'. Uno tiene dos caminos: o colaborar, o muere. Al final quedamos en la muerte. Me sacaron de ahí y me llevaron a una galería donde se hallaban solamente tres personas: dos uruguayos y un argentino. Era el lugar de los que estaban esperando la muerte. Al argentino lo tenían rapado, sin zapatos, sin camisa. Estábamos absolutamente incomunicados, no podíamos hablar nada. Pasó un rato, no sé exactamente cuánto, y volvió el mismo suboficial Boina Negra. Me dio unos golpes de karate y me dijo: 'Ya, vamos de nuevo. Te sabís el camino, así que camina solito'. El iba detrás mío, golpeándose con el cañón de su arma en la cabeza. Regresamos a la misma habitación y me dicen: 'Bueno, así que pidió conversar con nosotros. Muy bien, ¿qué tiene que decirnos?'. Yo les contesté que no había pedido conversar con ellos. Entonces ocurrió algo que fue para mí extraordinariamente importante, porque uno me dice: 'Está igual que todos'. Es decir, muchos otros habían pasado ya por esa experiencia y les habían entregado la respuesta de 'yo no colaboro'. De inmediato me mandaron fuera con el tipo ése detrás. Pero antes de llegar al lugar donde estábamos aislados, me dijo: 'Eres un estúpido. Es muy bonito esto de quedar como héroe. El problema está en que muerto, eso no sirve para nada y tú ya estás liquidado. ¡Andate!'. Y dejó que me fuera solo a la galería.

"Allí permanecemos, los cuatro, un día o dos. El primero que desapareció del cuarto fue el argentino. A veces iban a hacer guardia algunos de los soldados que habían participado en el allanamiento de la universidad.

Ellos me levantaban un poco el ánimo, me llevaban al baño, me convidaban cigarrillos, me decían: '¡Puchas, a ti te tienen que largar! Por lo que tú hiciste allá, a ti no te van a matar'. Se disculpaban por la falta de alimentos, por no llevarnos un pan: 'Nosotros también estamos afligidos en esto, estamos comiendo mal; disculpa que no te haya traído algo'. Bueno, uno de esos soldados me contó que al argentino lo mataron.

"Después, el panorama varió un poco. Llegó más gente. Completamos un grupo como de doce personas, heterogéneo. Llegó un hombre gordo, relativamente joven, muy golpeado, al que también sacaron y, según nos dijeron, fusilaron bajo la acusación de ser francotirador. Pero también llegaron algunos profesores universitarios. El sábado, tres días después de haber llegado, nos sirvieron algo de comer por primera vez. Durante esas 72 horas, los compañeros de la universidad supieron que a nuestra galería no llevaban alimentos, que nosotros estábamos en una situación especial. Pero aun así, en dos oportunidades un estudiante me tiró desde abajo un trozo de pan. Hacer eso sí que requería valentía, porque en esas circunstancias se van aprendiendo muy rápidamente las reglas. ¿Y cuál era la regla? Muy simple: mientras uno esté metido en el conjunto, todo está bien; pero si por cualquier razón te sales del conjunto, entonces empieza el problema. Hasta levantar la mano y pedir permiso para ir al baño significaba destacarse dentro del grupo. De manera que el gesto de tirar un trozo de pan a nuestra galería era jugarse la vida. El Estadio Chile no era broma. Vimos cómo mataron gente delante de nosotros, vimos a los que enloquecieron por toda esa terrible situación de tensión. La tortura no es sólo cuando están los torturadores frente a uno, maltratándolo de manera directa, destruyéndolo, sino que aquella atmósfera también era tortura. El sábado 15 nos sacaron de la galería. Nos hicieron formar frente a una salida lateral del estadio. En esa columna también estaba Víctor Jara".

Uno de los defensores de La Moneda, el médico Danilo Bartulín describe así el momento en que los recibieron al arribar al Estadio Chile:

"Entrando en fila al estadio, las manos en la nuca, como a las siete de la noche del día 11, un mayor de Carabineros me reconoció: 'Este es el médico del Chicho'. El comandante del campo, comandante Manríquez, muy fascista, me pone la pistola en la nuca y me dice: 'Te llegó tu cuarto

de hora; éste déjenmelo aparte'. Me echaron al suelo y empezaron a pa-  
tearme como si quisieran partirme en pedazos y, de repente, entra un grupo  
grande de detenidos de la Universidad Técnica y de ese grupo apartan a  
uno: 'Este déjenmelo aparte', volvió a decir Manríquez. Era Víctor Jara.  
Allí estuvimos Víctor y yo, tirados. Nos pegaban mucho, no entendía  
cómo podíamos resistir tanto. En el estadio había ya cerca de tres mil  
hombres prisioneros. Alrededor de las tres de la mañana se me acercó un  
teniente y me dijo si me quería sentar. Le dije que sí. Me ofreció un  
cigarrillo, y empezamos a conversar. Yo le convidé a Víctor la mitad del  
cigarro; el teniente no quiso darle y me preguntaba sobre la vida de  
Allende. Víctor seguía tirado, desfigurada su cara, un ojo alarmantemente  
destrozado. Quedamos desde entonces, hasta el día 14, separados de los  
demás presos. Se cansaban de golpearnos, pero podíamos hablar. A Víctor  
lo acusaban de peligroso dirigente extremista. Hacíamos muchos recuer-  
dos de su familia: su mujer, su hijas, hablaba mucho de ellas y de sus  
proyectos..."<sup>9</sup>.

El sábado 15 de septiembre, Osiel Núñez, Víctor Jara y Danilo Bar-  
tulín se encontraban juntos en una hilera de prisioneros junto a una salida  
lateral del estadio.

Bartulín recuerda:

"Empezó el traslado al Estadio Nacional. Salieron todos los grupos  
y quedamos 50 hombres, los más señalados para los milicos. Estaba  
Víctor Jara y Manuel Cabieses<sup>10</sup>; estaba Laureano León —subsecretario  
de Previsión Social—, Waldo Suárez —subsecretario de Educación—,  
Darío Pérez<sup>11</sup>, Adrián Vásquez<sup>12</sup>, en fin... Ya nos íbamos y viene Manrí-  
quez y dice: 'A éste bórrenlo de las listas y llévenlo para abajo'. Salgo de  
la columna y queda al descubierto Víctor. Y dice Manríquez: 'Este hom-  
bre, también para abajo'. Y, luego, también Litre Quiroga<sup>13</sup>. Sabíamos que  
ir abajo era la muerte. Muchos compañeros fueron y no subieron más. Ya  
me habían bajado una vez y vi montones de cadáveres mutilados que eran  
botados por las calles durante las madrugadas. Quedamos en el Estadio  
Chile sólo los tres: yo y Víctor en un urinario, y en otra pieza Litre Quiro-  
ga. Sabíamos que era la muerte. Fue la muerte para Víctor Jara. Y es donde  
uno dice: ¿Y yo por qué sigo viviendo? Porque sorpresivamente me

llamaron, me subieron y me metieron en un camión blindado”<sup>14</sup>.

El domingo 16 de septiembre, un grupo de pobladores de San Miguel vio cómo unos hombres de civil se llevaban en un camión cubierto a seis cadáveres que acababan de estar en fila, en el suelo. Una mujer había reconocido entre ellos el cuerpo de Víctor Jara. Después, un funcionario de la morgue, arriesgando su vida, le avisó a Joan Turner que su marido estaba depositado allí. Joan Turner recuerda:

— Era Víctor, aunque lucía flaco y demacrado... Sus ojos todavía estaban abiertos y parecía mirar de frente, intensos y desafiantes, a pesar de la herida que tenía en la cabeza y las terribles contusiones en la mejilla... Tenía el pecho agujereado de balas y un boquete en el abdomen. Sus manos parecían colgarle de los brazos en un ángulo extraño, como si sus muñecas estuvieran quebradas... Pero era Víctor, mi esposo, mi amante <sup>15</sup>.

\*

El camión llegó al Estadio Nacional como a la una de la madrugada. Los últimos cincuenta fueron bajados a golpes y conducidos a uno de los camarines, al que los militares llamaban “de los peces gordos”.

— Dormimos muy mal —recuerda Osiel Núñez—, porque como era el de los peces gordos normalmente entraban guardias, carabineros, militares, a mirarnos.

“Cuando terminaron de interrogarme, me hicieron vestir y colocaron ante mí un papel, una declaración que finalizaba con supuestas confesiones de [posesión] de armas en la universidad, entrenamiento paramilitar no sé dónde, cosas que eran bastante comprometedoras. Entonces me negué a firmar y uno de los tipos me dijo: ‘¿Y por qué no?’. Sobre la mesa, y desde bajo la frazada, yo veía una cajetilla de cigarrillos y los lentes que usaba el tipo que me había separado, aunque variaban mucho las voces. Entró gente. Tenía ya la camisa puesta y algunos me la subían y refregaban las heridas, [hechas con] cigarros apagados en el cuerpo, los golpes. Había diferentes actitudes. Uno dijo: ‘Y a éste, ¿por qué le pegaron tanto?’. Le respondieron: ‘Es que no paraba nunca de hablar’. Y el tipo dice: ‘Pero, ¿cómo que no paraba nunca de hablar?’. Después otros: ‘Si no firma es porque pasa algo’. Salieron, se consultaron. Volvieron: ‘¿Y por qué no

firma?'. Respuesta de uno: 'Porque dice que hay cosas que no dijo'.

"Un día me sacaron a tomar el sol y pronunciaron mi nombre. Así es que fui al punto negro <sup>16</sup>. Eso significaba interrogatorio en el caracol, en el velódromo. A diferencia del resto, no me hicieron entrar dentro del caracol encapuchado, sino que a rostro descubierto. Torturaban en el baño. Me hicieron sentar a la entrada, mirándole la cara al que interrogaba. El tipo empezó con pullas y tonterías: 'Bueno, estabas escondido; hace días que te estamos llamando y tú te arrancabas como maricón'. Ahí mismo estaban torturando a estudiantes y profesores de la universidad y el tipo me decía: '¿Cómo es posible que ustedes, que son los verdaderos responsables de todo esto, no asuman su papel, se escondan y permitan que a estos otros los estén maltratando?'. A mí me dio rabia. Entonces me paré, me abrí el marrueco, me bajé los pantalones y el calzoncillo y le dije que no andaba arrancado. El tipo me miró y dijo: '¿Y quién te hizo eso?'. De nuevo la misma historia: '¿Y qué te preguntaron?... ¿Pero no te preguntaron nada de lo que pasó en la universidad?'. Y no, no lo habían hecho. Era la primera vez que me hacían esa pregunta. Entonces relaté lo que había pasado. Yo diría que fue un interrogatorio bastante amable, pero bastante terrible en su forma, porque la clave que el tipo utilizó fue no golpearme, aunque no dejaban de golpear a los que estaban dentro mientras yo no dijera la verdad. Es decir, no recibía castigo, pero tenía que estar escuchando los gritos, los llantos, las quejas y los golpes de los demás. El interrogatorio pasó relativamente rápido. De repente, me lanzó una pregunta: 'Bueno, ¿y con qué disparaste?'. Le repetí: 'No disparé'. Dijo: 'Bueno, es suficiente'".

Después, Osiel Núñez fue trasladado a la Cárcel Pública de Santiago y Danilo Bartulín al campo de concentración establecido en la localidad nortina de Chacabuco <sup>17</sup>.

\*

Entre los hombres que las tropas del general Palacios habían apartado en la Moneda el martes 11, se hallaba el médico Eduardo Paredes, ex director del Servicio de Investigaciones. En horas de la tarde, Paredes fue evacuado del área céntrica y conducido al Regimiento Tacna. Allí lo recluyeron,

junto a varios centenares de prisioneros, en un pasillo que conduce al patio posterior del cuartel.

En la madrugada del jueves 13 de septiembre, Paredes y otros 26 prisioneros recluidos en el cuartel del Tacna —hombres de Investigaciones y del GAP— fueron subidos a un camión y trasladados al campo para prácticas de tiro que el Ejército posee en Peldehue, a 20 kilómetros al noreste de Santiago. De custodio iba un grupo de oficiales y suboficiales del regimiento.

Allí, los prisioneros fueron bajados a empellones. Entonces se dieron cuenta de que iban a ser fusilados y se resistieron... aunque vanamente. Las ráfagas los aniquilaron. Luego, los cuerpos —algunos sólo heridos— fueron arrojados a una fosa de dos metros de profundidad por tres de largo. Los remataron con granadas de mano. Después los cubrieron con cal y tierra <sup>18</sup>.

\*

También para Mariano Puga y otros cristianos, el golpe militar se erigiría como “algo distinto”. Supo de amigos pobladores que habían sido detenidos y trasladados al Estadio Nacional y pensó que, como ex alumno de la Escuela Militar y primera antigüedad de su promoción de cadetes, tendría algún tipo de facilidades con los militares. Además, era sacerdote: una función respetadísima ante las Fuerzas Armadas. Decidió ir al estadio. En los portones de reja guardados por tropa lo detuvieron. Un sargento lo atendió con delicadeza al constatar que era sacerdote.

— Espere que pase el capellán y usted podrá entrar a individualizar a la persona que busca —le dijo.

Esperó. Había gente apiñada en los alrededores, todas por la misma causa: saber algo de alguien. Pero nadie obtuvo nada.

Entonces llegó el capellán. El padre Mariano se acercó, pero la puerta de reja volvió a cerrarse a su paso.

— Es el capellán —dijo, reafirmando algo que el sargento ya sabía, pero con la esperanza de ver cumplida la posibilidad de ingresar también al estadio.

— Luego le daremos noticias, padre —respondió el sargento.

Siguió la espera. Habían transcurrido un par de horas desde que enseñara su cédula de identidad en el control de la puerta, y su incertidumbre estaba intacta.

— Mire, padre, no va a poder entrar ni le vamos a poder dar información. Lo siento. Son órdenes.

El portón de la reja se cerró definitivamente.

Días más tarde, para el 18 de septiembre, telefoneó a un capellán militar que él había formado en el seminario y de quien había sido su director espiritual. Lo llamó a la Escuela de Infantería para obtener informaciones sobre la suerte de un amigo. Cuando el capellán se puso al teléfono, los sonidos de una fiesta le llegaron inconfundibles a través del aparato:

— ¿Qué dices? ¡No logro oírte!... ¡Ah! ¿No te parece que esos son infelices que han matado a mucha gente ya?... Siento comunicarte que no te puedo dar ningún dato.

El capellán colgó.

Ese mismo jueves 13, el Comité Permanente del Episcopado<sup>19</sup> hizo pública una declaración en la que se fijaba la postura de la Iglesia Católica:

“1.- Consta al país que los obispos hicimos cuanto estuvo de nuestra parte por que se mantuviera Chile dentro de la Constitución y de la Ley, y se evitara cualquier desenlace violento como el que ha tenido nuestra crisis institucional. Desenlace que los miembros de la Junta de Gobierno han sido los primeros en lamentar.

“2.- Nos duele inmensamente y nos oprime la sangre que ha enrojecido nuestras calles, nuestras poblaciones y nuestras fábricas —sangre de civiles y sangre de soldados— y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos respeto para los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que fue hasta el martes 11 de septiembre, Presidente de la República.

“3.- Pedimos moderación frente a los vencidos. Que no haya innecesarias represalias. Que se tome en cuenta el sincero idealismo que inspiró a muchos de los que hoy han sido derrotados. Que se acabe el odio, que vuelva la hora de la reconciliación.

“4.- Confiamos que los adelantos logrados en gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina, no volverán atrás y, por el contrario, se

mantendrán y se acrecentarán hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.

“5.- Confiando en el patriotismo y desinterés que han expresado los que han asumido la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país, tan gravemente alterados, pedimos a los chilenos que, dadas las actuales circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea, y sobre todo, con humildad y con fervor, pedimos a Dios que los ayude.

“6.- La cordura y el patriotismo de los chilenos, unidos a la tradición de democracia y humanismo de nuestras Fuerzas Armadas, permitirán que Chile pueda volver muy luego a la normalidad institucional, como lo han prometido los mismos integrantes de la Junta de Gobierno, y reiniciar su camino de progreso en la paz”.

Para muchos sacerdotes, el documento constituyó un alivio y lo compartieron plenamente en ese minuto, en el que el desconcierto y la confusión hacían tantos estragos como la violencia misma del golpe militar. Algunos, en cambio, lo tomaron con distancia. Sumergidos en las poblaciones, deambulaban por las noches—en abierto desafío al toque de queda— intentando diluir los miedos de la gente.

La figura del Cardenal Silva Henríquez, arzobispo católico de Santiago—como ocurriría luego con el jefe de la Iglesia Luterana, Helmut Frenz— empezó a catalizar las miradas heterogéneas del catolicismo chileno. Su voz se escuchó el día 16:

—...Nuestros insistentes llamados a la paz, a la concordia, al diálogo, que antes del 10 de septiembre habíamos hecho oír, no fueron aceptados. Lo hicimos temerosos de “que el rencor y el odio envenenen el alma nacional y hagan muy difícil la reconstrucción”, por todos anhelada, de nuestra Patria. Pero, al mismo tiempo, queremos declarar, con nuestros hermanos de otros credos cristianos, que los nobles propósitos expresados por las autoridades actuales de “restablecimiento de la normalidad institucional, de paz y de unidad entre todos los chilenos”; las declaraciones que aseveran el respeto a las conquistas legítimas de los trabajadores, los llamados a la cooperación patriótica y a la solidaridad, las decisiones de superar el sectarismo y la afirmación de que no se trata de aplastar ten-

dencias o corrientes ideológicas, ni de venganzas personales, merecen nuestro pleno apoyo<sup>20</sup>.

Las palabras del arzobispo católico activaron en el padre Mariano Puga el temor de que el Te Deum que monseñor Silva acostumbraba a celebrar con pastores de las demás iglesias cristianas en la Catedral católica de Santiago durante el 18 de septiembre fuera convertido por la propaganda y la maquinaria informativa que apoyaba a la Junta en un acto de respaldo al golpe de los generales. El padre Mariano recuerda:

“Fui personalmente a hablar con el obispo Sergio Valech. Le dije: ‘El Cardenal no puede ir al Te Deum, Sergio’. Estábamos varios curas y uno de los puntos que conversamos era ése: el Cardenal no puede ir. Después de la declaración ambigua que el Comité Permanente había sacado el día 13, en que la Iglesia como que se lavaba un poco las manos, hubiera aparecido en el Te Deum tomando una posición claramente a favor del golpe...”.

Pero los bemoles que inquietaban a sacerdotes como Puga en ese momento tampoco pasaban inadvertidos para pastores de la Iglesia Católica como Silva Henríquez. Las nuevas autoridades enviaron al vicario castrense, un hombre que ostentaba la misma dignidad que la suya (obispo), para pulsarlo respecto del Te Deum y persuadirlo de que lo hiciera, rompiendo la tradición, en el recinto de la Escuela Militar. Silva fue categórico:

— Le dije que no, que yo no iba a hacer el Te Deum en ningún regimiento<sup>21</sup>.

El vicario Gilmore protestó:

— Es que no van a poder ir los militares.

— Bueno, si no van —dijo Silva, dueño de la contundente calma que lo caracterizaba—, voy yo. Le sugerí que podíamos hacerlo en cualquier santuario, pero no en un regimiento.

El tema era complicado y conflictivo. Tras la visita de Gilmore, Silva reflexionó:

— Si aceptaba que el diálogo lo hicieramos por un correo intermediario, no llegaríamos a ninguna parte. Entonces pedí audiencia a la Junta.

Fue la primera vez que, tras el golpe, se reunió con ellos: 16 de septiembre de 1973.

— Estaban los cuatro, en el Ministerio de Defensa. Los saludé. Yo conocía a Pinochet, porque lo había visto, seguramente cuando vino Fidel Castro a Chile. Fue una reunión cortés. Yo les dije: “Miren, tenemos que hacer el Te Deum, pero no podemos hacerlo en ningún regimiento. Eso los daña a ustedes y a la Iglesia, y yo no lo voy a permitir. Pero puede ser en la Catedral...”. Llamaron al general Arellano Stark y Arellano dijo: “Necesitaríamos tres divisiones para aislar la Catedral; ahí no se puede hacer”. Propuse hacerlo en el templo votivo de Maipú. Respondieron que tampoco se podía, porque era demasiado grande. Entonces ellos sugirieron la iglesia de la Gratitude Nacional. El argumento era que la Gratitude era fácil de vigilar y controlar. Yo accedí.

Pero la inquietud de algunos sacerdotes católicos iba más allá de que la celebración del Te Deum no se hiciese en la Catedral como si nada hubiese ocurrido. Deseaban también cambiarle su carácter:

— Logramos — señala el padre Puga — que, al menos internamente en la Iglesia, el oficio del día 18 no fuera considerado Te Deum, sino como una oración por Chile<sup>22</sup>. Sin embargo, ante toda la gente, el oficio apareció como Te Deum y el hecho de que no se celebrara en la Catedral pasó a ser secundario.

Como era habitual, el Cardenal invitó a figuras políticas de trascendencia; entre ellos, los tres ex Presidentes de la República que para entonces se hallaban vivos: Gabriel González Videla, Jorge Alessandri Rodríguez y Eduardo Frei Montalva.

Fuertemente impactado por los acontecimientos, Frei no deseaba asistir. Silva fue persuasivo:

— Le dije que tenía que ir; que yo, junto a los obispos de Santiago, era quien lo convidaba; que la ceremonia no la organizaba el Ejército, sino yo, que siempre había sido así...

Frei lo pensó; lo consultó con personas muy próximas de su entorno. Y decidió ir.

Durante el oficio, el arzobispo católico dijo que dadas las dolorosas circunstancias vividas, aquella celebración cobraba un doble significado:

— Venimos aquí a orar por los caídos y venimos, también y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile. Pedimos al Señor que no haya entre nosotros ni vencedores ni vencidos y, para esto, para reconstruir Chile, quisiéramos ofrecer a los que en horas tan difíciles han echado sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de guiar nuestros destinos, toda nuestra desinteresada colaboración... Amamos la libertad. Durante los largos años de nuestra vida como nación hemos hecho enormes sacrificios por obtenerla, conservarla y acrecentarla... Junto a nuestro amor a la libertad existe en nosotros el amor y el respeto a la Ley. Hemos creído que ella constituye la mejor salvaguarda de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la Ley y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor... En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho (también legítimo) de sentir de otra manera.

Al concluir, sólo hubo un comentario a sus palabras:

— El Espíritu Santo lo iluminó, señor Cardenal —le dijo casi al oído un sacerdote.

Y Silva respondió:

— No, sólo dije algunas palabras llamando a la reconciliación.

El broche del acto lo pusieron dos de los ex Presidentes, que se acercaron a los flamantes miembros de la Junta Militar para rendirles homenaje: eran González Videla y Alessandri. Frei, en cambio, se abstuvo.

El temor del padre Puga era fundado. La propaganda militar hizo uso y abuso de las palabras del arzobispo católico de Santiago. Y, sin embargo, el dolor se haría aún más profundo en las horas que siguieron.

El miércoles 19 de septiembre, en efecto, una patrulla al mando de un capitán y dos oficiales se presentó en el hospital San Juan de Dios y preguntaron por el jefe de Personal. El mayordomo confirmó que el padre Joan Alsina estaba en el edificio. Los militares bajaron al subterráneo. Allí lo detuvieron y golpearon tan violentamente en el estómago, que el padre Alsina perdió el conocimiento: según ellos, se trataba de “un sujeto peligroso”.

El siguiente es un testimonio, entre otros varios, de un capellán fran-

cés que pasó esa noche del 11 al 12 de septiembre de 1973 junto a Joan Alsina<sup>23</sup>:

— Yo dormí con Juan el día 11. El 12 y el 13, no. Juan durmió todos esos días en el hospital. No teníamos camas, sólo una manta y unos sacos pequeños en el suelo. Como era una situación de emergencia, no había comodidades. Con relación al tiroteo, unos dicen... bueno, de eso no se habla y no se llega a nada concreto. Se tiene mucho miedo. Sólo se hacen comentarios por lo que se ha oído, pero nadie recuerda el tiroteo. Yo escuché decir que había sido en el quinto piso, que era precisamente donde dormimos el primer día. Pero puedo asegurar que no presencié nada y que estuve siempre con él. Es falso que él haya sido un francotirador.

En vista de que la vigilia había concluido, Joan Alsina telefoneó ese viernes a la parroquia de San Bernardo, donde ejercían su ministerio tres capellanes de origen catalán. Era la casa de paso de los sacerdotes que, como él, llegaban de la provincia catalana de Gerona a Santiago. A aquellas tempranas horas del viernes, el transporte público aún no se hallaba regularizado, así es que telefoneó para que uno de los sacerdotes gerundenses fuera a buscarlo en su moto. Desde ese viernes 14 hasta el miércoles 19, Joan Alsina residió en la parroquia de San Bernardo.

El sábado 15 volvió a trabajar al San Juan de Dios. Hubo una primera redada de funcionarios hecha por los militares, en la que arrestaron a algunos médicos, al portero Manuel Ibáñez y al empleado Jorge Cáceres. Joan Alsina regresó a San Bernardo hacia las 17:00 horas.

El lunes 17 volvió al hospital. Hubo una nueva redada, pero el padre Alsina —por el que los militares preguntaron— había sido advertido por el director del establecimiento y no llegó a presentarse a su puesto de trabajo. Al mediodía se reunió con el padre Mariano Puga y fueron juntos a almorzar a casa de un seminarista amigo de ambos. Por la tarde, Joan Alsina fue a su casa de la población José María Caro —a la que no había ido esos días a dormir, porque el sacerdote con quien la compartía, el padre Alfonso Baeza, se hallaba en Argentina y no quiso alojar allí solo— para recoger ropa. En el trayecto en micro, algún “lanza” le sustrajo la billetera del bolsillo y con ella su cédula de identidad. Por curiosa coincidencia, su pasaporte español, donde constaba el permiso de residencia definitiva, lo

había depositado en el Ministerio del Interior para tramitar la nacionalidad chilena.

El miércoles 19, el padre Alsina pidió una corbata a sus amigos gerundenses, se la puso y salió de la parroquia de San Bernardo alrededor de las 09:00 horas de esa mañana. Después de presentarse en el hospital, salió para dirigirse al obispado y entrevistarse con su vicario episcopal, Paul Laurin:

— Le aconsejé no volver al trabajo por el momento, viendo la necesidad de que se calmara el ambiente. El me contestó: “Pablo, veo difícil la situación y pido al Señor que me dé valentía. Vuelvo al trabajo porque no tengo nada que reprocharme. Yo sé que mis compañeros van a sufrir mucho y quiero ser solidario estando junto a ellos. Son momentos cruciales en los que uno debe ser consecuente con sus convicciones. Pablo..., reza por mí”.

Desde el obispado se encaminó a la Dirección General de Investigaciones, probablemente para explicar la pérdida de sus documentos y mostrar el comprobante de depósito de su pasaporte y permiso de residencia. Al salir, pasó por casa de una de sus amigas del MOAC. Fue la última persona que habló con él antes de que volviera al hospital:

— Le pregunté muchas cosas. De dónde venía, qué había hecho, cómo estaba, si lo habían molestado, etc. Su ánimo era perfecto, no sentía miedo ni temor a nada. ¿Por qué? No tenía motivos. Vestía un terno plomo, camisa blanca y corbata oscura, un chaleco color cascarita, abotonado. Se había cortado su barba, porque estaba prohibida, pero sus bigotes seguían. Su pelo estaba corto, regular. Venía de Investigaciones. Me asusté al saber esto, pero me tranquilizó. Había ido a regularizar su situación. No tuvo problemas y le entregaron sus papeles en regla.

Después de despedirse, el padre Alsina fue al hospital. Una funcionaria del San Juan de Dios recuerda:

— Cuando subía de esterilización iba custodiado por dos militares; venía afirmado por ellos y se llevaba la mano al estómago por el culatazo. Estaba muy pálido. Subió apenas las escaleras, con unos pasos que en realidad ya se desmayaba. Y ahí llegó la camilla y lo llevaron al policlínico.

Repuesto del golpe, sacaron al padre Alsina al patio exterior del hos-

pital, lo tuvieron junto a un quiosco durante una media hora.—mientras los militares arrestaban a más personas— y en seguida se lo llevaron, en un jeep, hacia el Liceo Barros Arana<sup>24</sup>.

El padre Alsina llegó a ese centro de detención hacia las 16:00 horas. Incrédulo ante su sacerdocio, el capitán envió a un jesuita a hablar con él. Este sacerdote advirtió a Joan Alsina que durante aquellos días se mataba a muchos y que no era imposible que corriese la misma suerte. Lo invitó a confesarse —cosa que el padre Alsina aceptó—, prometiéndole que haría lo que estuviera de su parte para salvarlo. El jesuita salió conmovido de esta entrevista e informó favorablemente al capitán sobre el sacerdocio de Joan Alsina. Sin embargo, es entonces cuando intervino otro capellán militar: precisamente, un sacerdote español, miembro de la OCSHA<sup>25</sup>, de unos 40 años, alto y suspicaz. Los que lo conocían lo han descrito como un hombre hipersensible, exaltado y traumatizado por la guerra civil española, porque según él los comunistas simularon en repetidas ocasiones fusilar a su madre, durante el conflicto<sup>26</sup>. Cuando el capitán le pidió que fuese a entrevistarse con el padre Alsina, este sacerdote se presentó vestido de uniforme y armado. La conversación fue tensa. Después que el sacerdote dejó a Joan Alsina, estaba muy exaltado. Le dijo al capitán:

— O tú lo matas a él, o él te mata a ti y a toda tu familia.

Entonces, el capitán decidió interrogar personalmente al padre Alsina, al parecer en conjunto con otros tres militares. El resultado fue una decisión fatal. Al conocerla, el jesuita intervino tratando de salvar al padre Alsina. La gestión debió parecerle positiva, pues hacia las 22:00 horas se retiró a su casa, convencido de haber logrado que lo enviaran prisionero al Estadio Nacional.

Sin embargo, no ocurrió así. Alrededor de las 22:30 horas del día 19, Joan Alsina fue sacado del Liceo Barros Arana en un vehículo militar que no se dirigió al estadio, sino que al río Mapocho. Allí, bajo las arcadas del puente Bulnes, fue obligado a bajar y colocado en la ribera, de cara al torrente. Una ráfaga de ametralladora punto 30 le fue disparada por la espalda. Luego le dieron un tiro de gracia. Eran las 23:00 horas del 19 de septiembre. Joan Alsina tenía 31 años.

El padre Mariano Puga fue uno de los cuarenta sacerdotes católicos que asistió el viernes 28 de septiembre de 1973 a la misa funeral que se hizo en recuerdo de Joan Alsina, en la misma parroquia de San Bernardo. Las bancas de la iglesia estaban llenas, a pesar de las dificultades de aquellos días para comunicarse unos con otros y el temor de mucha gente a ser detenida. El vicario episcopal, Paul Laurin, pudo entonces rezar y pedir en voz alta a Dios por el padre Alsina.

— Somos portadores de esta esperanza que no engaña ni engañará jamás... El ejemplo y sacrificio de Juan no quedará sin fruto —dijo.

Sin embargo, el oficio no contentó al padre Mariano, porque “pareció el entierro de un muerto por accidente”. Sintió que el temor había llegado a tocar las puertas de la propia Iglesia Católica.

\*

Para el padre Cristián, la violencia de la marejada que el 11 de septiembre había reventado sobre el país se le apareció con toda su crudeza cuando los militares entregaron en la parroquia María Magdalena, de Puente Alto, un ataúd hermético. Los sellos que clausuraban la tapa hacían imposible la necesaria identificación del cadáver. Creyó que debían acudir al regimiento y hacer expresa una protesta ante el oficial responsable:

— Les dije que nos íbamos a meter de todos modos, porque era algo inmoral.

Fue el comienzo. El padre Cristián supo entonces, definitivamente, que se trataba de un golpe distinto.

## NOTAS

<sup>1</sup> Fundador de la Democracia Cristiana y senador por ese partido; en 1969 abandonó su filas para fundar, junto a otros parlamentarios y dirigentes demócratacristianos e independientes el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). Más tarde, en 1971, abandonó también el MAPU y pasó a fundar, con militantes y dirigentes escindidos de la Democracia Cristiana y del MAPU, la Organización de la Izquierda Cristiana (IC).

<sup>2</sup> Base de la FACH ubicada en el aeropuerto de Los Cerrillos, antiguo aeropuerto internacional de Santiago.

<sup>3</sup> Luis Fernández, primer secretario de la embajada de Cuba en Chile, marido de Beatriz Allende. Fernández fue la única persona a quien los jefes militares dejaron ver el cadáver de Allende para el trámite de reconocimiento en el Hospital Militar, antes del arribo de Hortensia Bussi. Aparentemente se le enseñó el rostro de Allende, pero estaba tan deformado que Fernández se negó a reconocerlo por la sola observación del rostro. Entonces pidió ver las manos del cadáver; al verlas, ya no le cupo duda: era Salvador Allende.

<sup>4</sup> El Palacio de Cerro Castillo es una construcción característica de Viña del Mar utilizada como residencia de descanso de los Presidentes.

<sup>5</sup> El comandante Roberto Sánchez se retiró de la FACH y ha permanecido viviendo siempre en Chile.

<sup>6</sup> Laura Allende viajó al exilio y se radicó en Cuba. Afectada por un doloroso cáncer a los huesos e impedida por el régimen militar de regresar a Chile, se quitó la vida lanzándose al vacío desde un edificio en La Habana, el 20 de mayo de 1981.

<sup>7</sup> Incluso las opiniones de Orlando Sáenz, uno de los hombres que dirigió al empresariado chileno contra el gobierno de Salvador Allende y que apoyó en sus inicios el golpe militar de septiembre del 73, avalan esta apreciación, según sus declaraciones a revista *Cauce*:

"Yo diría que el caso chileno es bastante peor que el de Argentina, porque acá se desencadenó un terrorismo frío de Estado que no tenía antecedentes en Chile. En un período tan tenso, tan dramáticamente violento desde el punto de vista de la confrontación política, como fue el gobierno de la Unidad Popular, hubo carencia casi absoluta, poquísimos casos de esta cosa brutal que es el asesinato político. Como actor que fui del proceso anterior, debo reconocer que muchas veces, en esos años, nos hacíamos la reflexión y conversábamos entre nosotros de la suerte que teníamos en Chile. Porque vivíamos un proceso que, como usted recordará, era de una virulencia, de un apasionamiento tremendo, de una violencia verbal increíble, de un libertinaje de prensa más increíble aún. Y, sin embargo, ese proceso se desarrollaba con costos mínimos en vidas humanas, lo que realmente era sorprendente. Lo mismo sucedió en el período de Frei. El número de pérdidas de vidas en las confrontaciones era comparablemente insignificante con lo que ha pasado en Chile desde el 11 de septiembre en adelante".

<sup>8</sup> En la noche del martes 11, el general Leigh hizo una intervención televisiva, en la que proclamó

la intención de la Junta Militar de "exterminar el cáncer marxista" en Chile.

<sup>9</sup> Danilo Bartulín, médico del equipo de seguridad personal de Salvador Allende; entrevista en México, 1979.

<sup>10</sup> Periodista, director de la desaparecida revista *Punto Final*, de tendencia afín al MIR.

<sup>11</sup> Darío Pérez, alto ejecutivo de Corfo.

<sup>12</sup> Adrián Vásquez, socialista, ingeniero agrónomo, directivo de Icirra.

<sup>13</sup> Una persona que conocía de cerca a Litre Quiroga relata:

"Especialmente me impresiona su asesinato. La radio oficial decía que se había entregado al requerimiento militar. Su cadáver fue encontrado en el Mapocho. Trabajé tanto con él: era un hombre cabal. Dos días antes del golpe hablé con él largo rato. Era bonachón y se reía con todo su cuerpo inmenso. No sabía que la muerte lo esperaba cercana..."

El testimonio procede de una fuente documental privada, razón por la que los autores se reservan su procedencia.

<sup>14</sup> Entrevista ya citada a Danilo Bartulín.

<sup>15</sup> Joan Turner, *Víctor Jara, un canto no truncado*. Ed. LAR, Concepción, 1988.

<sup>16</sup> Disco de color negro utilizado en la pista de atletismo del Estadio Nacional.

<sup>17</sup> Sobre Chacabuco, ver Alberto Gamboa, *Viaje al infierno*, empresa editorial Araucaria, Santiago de Chile, 1984 (se puso a la circulación con la revista *Hoy*).

<sup>18</sup> Los autores tuvieron acceso a un testimonio cuya procedencia se reservan, donde se proporcionan los nombres de siete de los oficiales y suboficiales que habrían integrado el grupo de custodia responsable del fusilamiento de Eduardo Paredes y 26 miembros del GAP. Esos nombres son: un tal mayor Cruz, el teniente Herrera, un suboficial de apellido Aguayo, dos sargentos —uno de apellido Mendoza (que resultó con un brazo roto en el forcejeo con los prisioneros) y otro de nombre Francisco Aguayo Cabaña— y dos cabos, Gamboa y Martínez.

<sup>19</sup> El Comité Permanente del Episcopado estaba formado por el Cardenal Silva Henríquez y los obispos José Manuel Santos, Orozimbo Fuenzalida, Bernardino Piñera y Sergio Contreras.

<sup>20</sup> Las citas entre comillas fueron tomadas de Miguel Ortega, *El Cardenal nos ha dicho*, (recopilación), Editorial Salesiana, Santiago, 1982, pág. 191.

<sup>21</sup> Esta y la siguientes expresiones del Cardenal son declaraciones hechas a los autores.

<sup>22</sup> La Declaración del Comité Permanente publicada el día 13 fue el primer momento en que se puso a prueba la actitud de la Iglesia Católica frente a la Junta Militar recién formada.

<sup>23</sup> I. Pujadas-Agermanament, op. cit.

<sup>24</sup> Uno de los lugares habitados por los militares como centro de reclusión de prisioneros, en Santiago.

<sup>25</sup> OCSHA: Obra de Cooperación Sacerdotal con Hispanoamérica. Organización del Episcopado español, cuyo fin es contribuir con sacerdotes españoles a la tarea pastoral de la Iglesia Católica en Hispanoamérica.

<sup>26</sup> El nombre del vicario que influyó en la muerte del sacerdote catalán es conocido por los biógrafos de Alsina, pero lo han mantenido en reserva.

## CAPITULO 8

### “HABIA PASADO EL PROPIO ATILA”

**LOS ORGANOS DIRIGENTES** de los partidos políticos se habían reunido con precipitación el mismo día 11 de septiembre, para adoptar algunas decisiones de urgencia. Jaime Gazmuri recuerda esos instantes:

— Tuvimos una reunión del secretariado, que era un aparato de dirección un poco más pequeño que la comisión política, el 11 al mediodía. Allí se resolvió dejar, hasta donde se pudiera, el máximo de dirigentes en el país. Fue nuestra primera decisión política, con ideas relativamente confusas, pero sabiendo que la derrota había sido grande y que se venía un período largo por delante... Nosotros éramos un partido pequeño y, por tanto, manejable. Nuestra decisión fue no asilar a nadie, salvo a aquellos compañeros que eran muy conocidos y que tenían muchas dificultades para sumergirse. Un tipo de asilo “autorizable”, o algunos que ordenamos al día siguiente, miércoles 12. Pero también se produjo una tendencia al asilo espontáneo en mucha gente que no preguntó instrucciones. El otro problema fue el de los detenidos y el de las bajas... Tengo la impresión de que, por lo menos en el caso nuestro, estabilizamos una cierta forma de funcionamiento en el verano del 74. Pero hasta entonces fueron tres meses de muchos problemas, en que hubo que fijar la dotación de dirigentes

clandestinos, que debe haber sido de unos ocho compañeros y básicamente en Santiago, más una serie de situaciones límite: gente que no se cambió de chapa y que continuó andando por la calle con su documentación personal auténtica, aunque, en la práctica, estaban viviendo en condiciones de clandestinidad similares a nosotros ocho, es decir, cambios de domicilio, cambio de circuitos, etc. Salvo la gente que salió en los primeros bandos, los criterios de detención durante ese tiempo fueron bastante arbitrarios... Básicamente debido a las dimensiones de la izquierda, una izquierda tan grande, con una participación política tan masiva, que en vez de los cien mil presos que tuvo en aquellos primeros meses, bien podrían haber sido 200 mil o 300 mil detenidos. Nos costó darnos cuenta con qué norma operaba el enemigo.

La vida de quienes debieron pasar a la clandestinidad cambió repentina y drásticamente en cuestión de horas el día 11 de septiembre. Gazmuri continúa:

— En ese período, la clandestinidad significó una ruptura inmediata con la familia, para aquellos que la tenían: no se podía seguir viviendo con ella. Era una ley absoluta. Primero, por seguridad de los propios familiares, ya que es a través de ellos que se puede llegar al clandestino... Y no era posible, al menos nosotros no lo hicimos, clandestinizar toda una familia, tanto por problemas psicológicos como personales. No siempre había la misma disposición entre los cónyuges y estaba también la imposibilidad de clandestinizar niños. En general, los que eran casados terminaron, por eso, separados... Luego se produjo un cambio completo en las relaciones de trabajo. Los partidos son organizaciones y como tales tienen elementos de burocracia en sentido estricto: horarios, calendarios, exigencias particulares. Hubo que inventarse el trabajo en condiciones completamente nuevas... Un tercer elemento es el miedo permanente. Miedo a la represión, que era intensa.. Y los miedos que surgen de tener que armarse una vida y una cotidianeidad completamente "anormal". En los primeros meses, en general, hicimos una vida muy nómada. Teníamos la teoría de que no podíamos estar más de cuatro días en una casa. En los primeros tres o cuatro meses yo debo haber vivido en unas 20 ó 30 casas.

El martes 11 de septiembre, el Dodge verde del pastor Charles Harper viajaba por la autopista que une Pittsburgh con Nueva York. Harper estaba dedicado a evaluar los programas que su institución ponía a punto con estudiantes universitarios del Tercer Mundo.

El pastor Harper conocía algo de la política chilena. Su actividad lo había puesto en contacto con muchos ciudadanos chilenos y, a través de ellos, había seguido la evolución del país desde 1967. Hijo de un pastor presbiteriano estadounidense, Charles Harper había nacido en Brasil, donde su padre era misionero, y vivió allí durante los primeros 18 años de su existencia, de modo que los problemas de América Latina le eran esencialmente próximos, pese a que para septiembre del 73 se hallaba muy alejado de la agitación del continente. Aun así, la noticia que estaba oyendo por la radio no dejaba de inquietarlo e interesarle. Introdujo, entonces, una cassette en el tocacintas y activó el mando de grabación. Esa sería la primera de unas veinte cintas que grabó con informes regulares sobre la situación en Chile, obtenidos de la radio y del servicio noticioso de un número de teléfonos de Berkeley, en California, que entregaba detalles actualizados del golpe militar. Eran despachos de prensa hechos por corresponsales norteamericanos en Chile, que entregaban datos que aún no eran del dominio público ni siquiera en las principales capitales estadounidenses. Entre ellos, unos informes remitidos desde Viña del Mar por un periodista llamado Charles Horman<sup>1</sup>. Todo el resto de ese martes 11 y del miércoles 12, Harper acumuló noticias. Con esas fuentes y el análisis político que pidió a un profesor amigo suyo en Nueva York, elaboró una copiosa documentación que envió al Consejo Mundial de Iglesias (CMI), con sede en Ginebra, menos de 48 horas después de que Allende hubiera muerto. Las distintas Iglesias cristianas chilenas miembros del CMI habían remitido informaciones desde los primeros minutos, pero ninguna de ellas había entregado noticias tan abundantes y tan desconocidas. Eso le valdría al pastor Harper ganarse una reputación de hombre muy bien informado sobre los acontecimientos en Chile, lo que iba a abrirle las puertas del CMI para incorporarse a un grupo formado rápidamente para hacerse cargo de las necesidades que los sucesos chilenos estaban generando.

La mañana del martes del 11 de septiembre, Bernardo Leighton pensó que había sucedido lo que se veía venir. Su casa fue un punto de confluencia: Tomic, Fuentealba, Huepe, Palma, Ruiz Esquide, Balbontín y Donoso, entre otros, siguieron desde allí los acontecimientos que giraban básicamente en torno a La Moneda.

Al día siguiente, ese grupo y muchos militantes de base de la DC se dolieron por la declaración que la dirección de su partido hizo pública. En ella se decía que las Fuerzas Armadas se habían visto en la obligación de actuar “para evitar los graves peligros de la destrucción y totalitarismo que amenazaban a la nación chilena”; se agregaba que “los propósitos de restablecimiento de la normalidad institucional y de paz entre los chilenos expresados por la Junta, interpretan un sentimiento general y merecen la patriótica colaboración de todos los sectores”. Ese mismo miércoles 12, los miembros del Consejo Nacional de la DC fueron telefónicamente citados a una reunión que iba a celebrarse a las 14:00 horas del jueves 13 en casa de un senador del partido, el abogado Héctor Valenzuela Valderrama. Previendo que dicha reunión del Consejo Nacional sería, cuando menos, dificultosa, Leighton citó al grupo que se había reunido el día antes en su casa para preparar una postura común.

El día 13, el grupo se reunió en el domicilio del senador Ignacio Palma. Leighton, entonces, exhibió el texto de una declaración redactada por él, de condena al golpe militar y contraria, por tanto, a la declaración de la directiva. Leighton fue enfático. Sostuvo que no había que hacerse ninguna ilusión al respecto: había gente de la DC que estaba en conocimiento o participaba del deseo de que se produjera un golpe de Estado. Argumentó que, sin embargo, por encima de sus deberes como militantes demócratacristianos —que los obligaban a acatar los dictados de la directiva— estaban sus deberes como chilenos. Luego urgió a que se firmara la declaración en el acto.

Esto enfrentaba a los reunidos no sólo a una sanción disciplinaria, sino también al riesgo de ser objeto de la represión del nuevo régimen. No obstante, todos los presentes firmaron. Con ese texto bajo el brazo, concurrieron al Consejo Nacional, organismo máximo de dirección colectiva de la DC, compuesto en ese momento por 21 miembros y al cual, en circunstan-

cias extraordinarias, tenían acceso con derecho a voz los parlamentarios del partido.

A las 14:00 horas del jueves 13, la casa de Héctor Valenzuela Valderrama se hallaba repleta. Frei estaba ahí y sostuvo que el golpe había sido inevitable, que el caótico estado del país era ya imposible de sostener; dijo pensar que el paréntesis que se abría iba a ser breve y que se retornaría rápidamente a la democracia. Los debates debieron ser hechos con premura, ya que el toque de queda se había levantado entre las 12:00 y las 16:00 horas. El Consejo Nacional volvió a reunirse el viernes 14 en una de las capillas de la parroquia de San Pedro, en la comuna santiaguina de Las Condes. Frei se abstuvo de asistir: surgió una nueva declaración en términos similares a la que había hecho pública la directiva.

Leighton y el grupo más consciente del verdadero alcance del golpe se aferraron a su decisión de mantener el texto que habían firmado<sup>2</sup>:

"Condenamos categóricamente el derrocamiento del Presidente constitucional de Chile, señor Salvador Allende, de cuyo gobierno, por decisión de la voluntad popular y de nuestro partido, fuimos invariables opositores. Nos inclinamos respetuosos ante el sacrificio que él hizo de su vida en defensa de la autoridad constitucional...".

La declaración no pudo publicarse en Chile, donde sólo se dio a conocer un año después.

Leighton fue la primera persona que interpuso un recurso de amparo en favor de Clodomiro Almeyda y otras personalidades del gobierno derpuesto. Los tribunales jamás la acogieron a trámite<sup>3</sup>.

\*

Lejos, a casi quince mil kilómetros de Santiago y otros tantos miles de Nueva York, donde el pastor Harper registraba cintas magnetofónicas, Homero Julio (cónsul chileno en Frankfurt) había comprendido también —como lo habían hecho los dirigentes del CMI— la urgencia de organizar una rápida respuesta solidaria, y el miércoles 12 de septiembre comenzaba intensamente a trabajar para conseguir el rescate de la mayor cantidad posible de vidas humanas. Dedicó horas a llamar a distintas capitales europeas para ponerse en contacto con embajadores y diplomá-

ticos chilenos que andaban en ese momento en gira, después de la reunión de Países No Alineados celebrada en Argel. Ese fin de semana el esfuerzo había dado frutos: un encuentro urgente de todos ellos en Roma, que se fijó para el 18 de septiembre.

Era el germen de la organización Chile Democrático que se instalaría en la capital italiana definitivamente a finales de octubre de 1973. La imagen del gobierno de la Unidad Popular en Europa —asentada en la admiración por una vía hacia el socialismo que se saltaba el problema de la toma violenta del poder, manteniéndolo democráticamente— era lo suficientemente buena como para que el derrocamiento de Salvador Allende causara una intensa conmoción. Finalizado el encuentro del día 18 con un documento que titularon “El llamado de Roma”, cada uno de los participantes salió a recorrer Europa. Actos de solidaridad brotaron en innumerables ciudades del continente, como un reguero solidario que se iba encendiendo con rapidez, hasta que el 29 de septiembre se organizó, en Helsinki, la primera reunión mundial de solidaridad con Chile, con el auspicio del Consejo Mundial de la Paz. Representantes de más de cincuenta países escucharon emocionados el relato de las últimas horas del gobierno de la Unidad Popular hecho desde la tribuna por Isabel Allende, hija del Presidente. Los delegados decidieron respaldar la idea de una oficina destinada a coordinar y canalizar la solidaridad con Chile. Tres personas quedaron encargadas de domiciliarse en Roma y de levantar los cimientos. Uno de ellos era Homero Julio.

Días después, el caso chileno obtenía una resonancia imponente en el Palacio de Congresos de Moscú, donde se celebró el Congreso Mundial de las Fuerzas de la Paz: una reunión en que por primera vez se juntaban organizaciones de las más diversas corrientes internacionales del pensamiento, incluso diversos organismos cristianos. Más de siete mil delegados tenían previsto debatir en trece comisiones un abanico de temas, pero los acontecimientos de Chile forzaron a crear una comisión más. Cerca de Hortensia Bussi, en la tribuna de las autoridades, Leonid Brezhnev seguía el relato de la viuda del Presidente Allende. Al concluir la lectura, los presentes se pusieron de pie y desataron un aplauso nutrido.

El miércoles 12 por la tarde, Hortensia Bussi había recibido una nueva

llamada. Era Beatriz, con quien hablaba por segunda vez desde la madrugada del martes 11:

"Ya estaba de vuelta en casa de Felipe Herrera, cuando sonó el teléfono; era mi hija Beatriz, que me llamaba para despedirse. Creí que me moría. El entierro de Salvador y esa llamada fueron los dos golpes más grandes de ese día. Beatriz partía a La Habana con su marido y con mi pequeña nieta. Yo le decía: 'Te quiero ver, quiero despedirme de ti'. Pero ella estaba implacable: '¿Tienes el salvoconducto?'. 'No, no tengo', le dije; y respondió: 'Entonces no puedes venir a verme, ni yo tampoco puedo ir a verte, mamá; sé dónde estás, pero no puedo ir a verte. Arriesgo mi vida, la de la niña, no puedo. Tenemós que despedirnos...'. Le dije: 'Pero, hija, ¿entonces no nos vamos a ver nunca más? ¿Será posible? No puede ser'. ...Poco después tocaron el timbre. Era Gonzalo Martínez Corbalá, embajador de México, acompañado de mi hija Isabel, que me dijo: 'Tencha, vengo a buscarla. Tengo orden del Presidente Echeverría. Ha mandado especialmente un avión, porque la familia Allende debe ser debidamente protegida y quiere que yo, con mi familia, la acompañemos'. Entonces le dije: 'Pero si yo no me voy a asilar; no he pensado en asilarme'. El empezó a argumentar muy inteligentemente, con mucha fuerza: '¿Qué va a hacer usted en Chile?'. Traté de encontrar una respuesta: 'Me voy a quedar en casa de Felipe Herrera, donde muy hospitalariamente me han acogido; después me voy a ir a Guardia Vieja<sup>4</sup>'. Martínez Corbalá me dijo: 'Usted no puede vivir allí, sola. Sus hijas ya están en la embajada y se acaba de despedir de Beatriz. Ella se va con los embajadores cubanos a La Habana. ¿Cómo va a vivir sola en Guardia Vieja?'. 'Voy a vivir sola', le dije. Y él me preguntó: 'Pero, ¿qué va a hacer? 'Bueno —le dije— voy a ir a las poblaciones'... 'Pero, ¿usted cree que la van a dejar? A usted la van a seguir: va a haber un tiro loco por ahí'. Empezó a hacerme reflexionar. 'Bien, pero voy a ir así no más, sin firmar ningún papel'. 'No importa —me dijo—, váyase así... Yo no tengo salvoconducto tampoco y para mí esto también es peligroso, así es que si usted no se apura en recoger sus cosas, no voy a poder esperarla'. Ya había oscurecido. Entonces agradecí a Felipe Herrera por su hospitalidad y me despedí; partí a la embajada de México. Todavía había pocos asilados y nos pudimos

sentar todos a la mesa del embajador. Luego empecé a revisar las pocas cosas que había retirado del Palacio de Cerro Castillo y repartí algunas entre los mozos de la embajada. Seleccioné algunas cartas, algunos recuerdos, y lo demás lo destruí con la ayuda de mis hijas. Esa noche casi no dormí. La embajada estaba cerca de la Escuela Militar y había un permanente ruido de aviones, los helicópteros pasaban rasantes y ese ruido me recordaba el bombardeo de La Moneda y el de Tomás Moro... Fue una noche de infierno”.

\*

El jueves 13 de septiembre, Moy de Tohá recibió una de las tantas llamadas telefónicas durante esos días. Carlos Prats, por ejemplo, la llamó repetidamente; entre otras cosas, para explicarle su breve aparición en las pantallas de televisión, desmintiendo las versiones que habían circulado desde el mismo 11 y que lo hacían aparecer a la cabeza de la resistencia militar a las tropas de la Junta.

Pero aquella llamada era de Hortensia Bussi. Por fin volvía a saber de ella.

— ¿Dónde está usted? —le preguntó.

— Estoy en la embajada de México. Te llamo porque tú tienes amigos militares. Consigue que te dejen entrar a Tomás Moro y saca de allí algunas cosas.

— Va a ser difícil. Ni siquiera he podido ver o hablar con José.

— Por favor, trata.

Cuando colgó, la señora de Tohá se comunicó de inmediato con el Ministerio de Defensa y trató de llegar con su influencia lo más alto posible: pidió por el general Nicanor Díaz Estrada <sup>5</sup>, que había pasado a desempeñarse como jefe de Estado Mayor de la Defensa Nacional, cargo que hasta el martes 11 ocupara el vice-almirante Patricio Carvajal. Díaz Estrada se puso al aparato. Los Tohá habían sido sus amigos:

— ¿Nicanor? Pasa lo siguiente: Tencha está en la embajada de México y no tiene sus medicamentos, tampoco tiene ropa y me gustaría que me dieran facilidades para poder ir a buscar esas cosas a Tomás Moro.

El viernes 14, y después de las 17:00, cuando ya había comenzado el

toque de queda, Díaz Estrada se comunicó con la señora de Tohá:

— Va saliendo un auto y escolta a recogerte para que vayas a Tomás Moro.

El auto llegó al poco rato. Lo ocupaban tres individuos, evidentemente militares, aunque vestidos de civil. Delante del automóvil había una camioneta roja, también con personas vestidas de civil. Moy de Tohá subió al auto y partieron.

— Tomás Moro tenía ese jardín interno que recién estaba plantado de rosas frescas, de botones de rosas, que había hecho Salvador, como detalle simpático, para recibir a Tencha a su llegada de México. Yo lo había admirado el domingo 9, cuando fui a saludarla: Estaba lindo, recién hecho. Mi primera impresión fue precisamente ese jardín... Había pasado el propio Atila. Los rosales estaban como arrasados y las rosas se hallaban secas, en el suelo; llevaban tres días así... Yo había visto por esos días en televisión cómo salían de la casa las gentes de derecha (que la saquearon después del bombardeo), cómo se llevaban la ropa de Tencha, el televisor y las cosas... Subí la escalera para ir al vestidor y al dormitorio de Tencha. Aquello era terrible. Los muebles estaban rotos a hachazos; eso no había sido bomba, sino hachazos. Se veían astillados porque la gente, al robar, los había roto. Lógicamente, no había nada de lo que Tencha me había pedido. A alguien se le estarán quemando las manos, pero nada de eso existía. En la pieza de Tencha, el colchón estaba roto a bayonetazos o tijeretazos, no sé; el relleno estaba repartido por toda la pieza; la mesa, partida en dos; los cacharros, quebrados, en el suelo. Había un desparramo de cosas por el suelo. Eso no era producto de las bombas... Me fui a su vestidor, que estaba al lado y me subí a una banqueta para ver arriba del armario; había algunas cápsulas sueltas del medicamento que necesitaba... Los militares habían llevado unas maletas y eché en ellas ropa que calculo sería de 20 años antes. No había nada, ni un solo abrigo, ni un solo traje, ni un pantalón, ni nada. Si había una blusa, no estaba su falda; si estaba la falda, faltaba su chaqueta. Sólo había un traje, colgado, que no se lo llevaron. Lo demás no servía para nada: zapatos viejos, zapatos antiguos. Debajo de los escombros de una cómoda logré rescatar una cartera...

“Avancé hacia la sala y entré. No había nada, ni cuadros ni nada.

Salvador tenía un ramo de flores hecho con piedras duras que se lo había regalado Mao Tse Tung. Por el efecto de las bombas, las flores se hallaban reventadas y los pétalos estaban repartidos por todos lados. Lo único que quedaba entero era la base. El crucifijo no estaba; la silla sí, pero no podía llevármela... Pero en ese momento, la perra estaba pariendo; ya había nacido un cachorro y en ese instante estaba naciendo el segundo. ¡Me dio una felicidad tan grande! ¡Era lo único que había con vida en esa casa: la perra pariendo! Era una imagen esperanzadora, después de toda la locura que estábamos viviendo... Salí de la casa sin nada, pero muy estimulada por esa imagen. Le dije al comandante que cargaba las maletas: 'Voy a entrar a la oficina del Presidente y a su pieza y le voy a pedir un favor: quiero entrar sola. No quiero que ustedes me acompañen'. Se miraron entre ellos y el que estaba a cargo de la casa me dijo: 'No hay ningún problema, señora, y lo que usted crea que pueda llevarle a la señora Allende, de recuerdo, lléveselo, todo lo que quiera'. Para ir a la oficina de Salvador se tenía que pasar por la oficina de los edecanes, que era un escritorio chiquito, lleno de fotografías. Tomé una de Salvador con Tencha y sus dos nietas, hijas de Beatriz e Isabel. Era una foto que había tomado yo en el mes de julio, para el cumpleaños de Tencha. Las condecoraciones de Salvador habían desaparecido todas; sólo quedaba la llave de un ciudad que le habían regalado. Era la llave de Ciudad de México y como Tencha estaba en la embajada mexicana, pensé que le iba a gustar. Luego entré al escritorio personal de Salvador. A mano derecha había un armario pequeño; también había una caja de fondos, abierta. En el suelo, un montón enorme de papeles, libros, documentos tirados. Encima del escritorio había un pedazo de un plato de cerámica. Era un plato original de Pablo Picasso y se lo había regalado a Salvador el príncipe Aga Khan. Tomé el pedazo del plato donde aparecía la firma de Picasso y me lo guardé en la cartera. Seguí caminando y tocando las cosas.

"Estaba la puerta del dormitorio de Salvador semiabierta. La terminé de abrir y sentí un profundo recogimiento. Al lado derecho había un *bergere* de terciopelo y pegada contra la pared, junto a una pequeña ventanita que daba a la parte de atrás del jardín, la cama... ¡Había un tipo dentro de la cama, borracho! Un milico que estaba sólo con pantalones,

el torso desnudo. No llevaba calcetines y en el suelo había una botella de whisky. Yo iba a la pieza de Salvador con mucho recogimiento, pensando que después del día 11 nunca más había sido tocada. Pensé que la iba a encontrar como seguramente Salvador la había dejado en el apuro de esa mañana. Pero me encontré con ese tipo ahí y grité; un grito que debe haber sido desgarrador. Los militares que me acompañaban tiraron las maletas y entraron como una tromba en la pieza, revólver en mano, y se hallaron ante el tipo borracho que se había despertado, aterrado. Los miraba con los ojos muy abiertos. '¡Sale, desgraciado!', le dijeron. Y el tipo salió tambaléandose. Yo me senté en la cama y el comandante me dijo: 'Le pido disculpas, señora. Yo no quería que usted entrara. Estas son las cosas que hay que evitarse en la vida, esto no tiene solución. Mejor váyase'...".

\*

El auto y la camioneta roja llegaron a la embajada de México como a las 19:00 horas de esa tarde del viernes 14. El auto cruzó la reja, mientras la camioneta se estacionaba afuera. Entonces, el comandante de civil que iba al lado de Moy de Tohá le dijo:

— Usted no se puede bajar.

La señora de Tohá tuvo ánimo aún de reaccionar.

— ¿Por qué no puedo bajar?

El comandante esperaba la pregunta. Respondió automáticamente.

— Porque este no es territorio chileno.

— Claro que no, pero siempre he sabido que yo traía estas cosas a la señora Allende aquí.

— Así será —dijo el comandante—, pero las cosas las bajo yo.

De pronto, la puerta de la embajada se abrió y salió Isabel Allende. Se acercó al auto. Moy de Tohá bajó el vidrio y hablaron:

— Mamá está durmiendo. Le dimos unas pastillas y no creo que vayas a poder verla. Nos vamos mañana temprano.

Moy de Tohá tuvo un gesto instintivo. Se llevó las manos al cuello y desató un pañuelo que traía alrededor. Lo extendió sobre su falda y luego retiró de uno de sus dedos un anillo de perlas y otro con incrustaciones de brillantes, recuerdos de su madre. Depositó los anillos en el

pañuelo, los envolvió y se los pasó a Isabel Allende.

— Entrégale esto a tu madre. Dile que en México los venda.

Después bajaron del auto las cosas que Moy había recopilado en Tomás Moro: un mate de plata quebrado, alguna ropa y otros objetos rotos. Miró a Isabel Allende. Algunas mujeres asiladas se habían asomado a la puerta; entre ellas la periodista Frida Modak. El hombre al volante del auto encendió el motor. La señora de Tohá se despidió de Isabel Allende. Mientras el auto retrocedía, sintió el llanto de Frida Modak y de sus otras compañeras. Supo que a muchas quizás no iba a volver a verlas.

\*

El jueves 13, José Antonio Viera-Gallo —subsecretario de Justicia de la Unidad Popular— miraba la televisión con ansiedad, enclaustrado en un departamento aledaño al Parque O'Higgins, de Santiago. El martes 11 se había despertado temprano con el sonido del teléfono, y una noticia que “se estaba esperando”<sup>6</sup>: la Armada estaba en sublevación. En seguida llamó al secretario general de su partido (MAPU-OC) y obtuvo una confirmación de la noticia. Luego, apremiado, puso la radio y escuchó: se estaba difundiendo la proclama de la Junta Militar por la que se conminaba la rendición de Allende. Aunque había algo irregular en la calidad de los cuatro firmantes, Viera Gallo entendió en ese minuto que “no habría guerra civil, sino un simple cuartelazo”.

La última vez que Viera-Gallo había departido en privado con Allende fue unas tres semanas antes del 11 de septiembre. Era el momento de una profunda crisis con el Parlamento y en el seno del gobierno se debatía mucho la posibilidad de una reestructuración del gabinete para incorporar ministros procedentes de la Democracia Cristiana. Se hacían intensas gestiones con el objeto de que al menos cuatro personalidades de la DC ingresaran al gobierno: ellas eran Gabriel Valdés Subercaseaux, ex canciller durante el período presidencial de Eduardo Frei; Radomiro Tomic, candidato que le disputó a Allende la Presidencia de la República en 1970; el empresario Domingo Santa María y el ex rector de la Universidad Católica, el arquitecto Fernando Castillo Velasco. Las gestiones, no obstante, acababan de fracasar.

"Allende sabía que ese gabinete no tenía ningún sentido, pero tenía que hacerlo —contó Viera-Gallo años después a los autores de esta obra—. Era un hombre trabajador e inteligente, pero a esas alturas incapaz de imponerse a los partidos que los apoyaban. Y no porque no supiera mandar, sino porque no sabía a qué aferrarse en caso de que se produjera una crisis en la combinación de gobierno. Incluso más: creo que Allende tenía una visión pesimista casi desde el comienzo. Recuerdo que tres veces, por lo menos, nos reunió a los ministros y subsecretarios y nos dijo: 'Cuando aquí venga la hora decisiva y yo tenga que combatir en La Moneda, ustedes van a arrancar como conejos y ninguno va a estar a mi lado'".

En el departamento donde se encontraba oculto y desde el que se comunicaba por teléfono (y solamente con su mujer, única persona que conocía su paradero), Viera-Gallo no tiene más respuestas que las del conjunto del gobierno y de la Unidad Popular.

Pero había que hacer algo.

Viera-Gallo supo por la tarde del martes 11 que se estaban haciendo fusilamientos. Entonces atinó a hacer lo único que creyó posible: comunicarse —"como tantas veces en estos últimos tiempos"— con una persona a la que aprecia y, por sobre todo, respeta: el Cardenal católico Raúl Silva Henríquez:

"Sale al teléfono una voz recia, conocida. Cuando se da cuenta quién soy, casi solo él habla: '¡Hijo, dónde estás!'. Lo calmo al respecto. Noto que está preocupado por mi suerte. '¡He sentido tanto la muerte del Presidente! ¿Por qué no me hizo caso? ¿Por qué?'. Realmente creo que lo siente. Su tono es de angustia, casi de desesperación. Me recuerdo de mi última entrevista con él hace pocos días. Me dijo que lo peor sería una dictadura militar de derecha, que fuéramos prudentes y llegáramos a algún arreglo con los militares, que no se podían echar por la borda las conquistas sociales de tantos años, la organización popular, que salváramos al menos la organización. Pensaba que el Presidente podía pactar con los golpistas, hacer lo imposible. El hizo mucho por evitar el golpe. No hay duda de que estaba más allá de la directiva DC. Prueba de ello fue su invitación al Presidente y a Aylwin para reanudar el diálogo<sup>7</sup>. Se juntaron a comer en su casa. Me contó que Allende llegó alabando lo sui generis de un país en

que un Presidente marxista es invitado por el jefe de la Iglesia Católica a comer con el jefe de la oposición. Allende siempre tuvo ese don de mundo, ese *savoir faire* que le daba tanta simpatía hasta entre sus enemigos. (...) Volvamos a la conversación telefónica. Le hice saber al Cardenal lo de los fusilamientos; me dijo que ya estaba enterado y que había hecho las gestiones pertinentes, y que cualquier otra denuncia se la diéramos a conocer para intervenir. Se lo agradecí”.

El jueves 13, José Antonio Viera-Gallo miraba la televisión:

“Se mostraba una película de Tomás Moro. Un boina negra va indicando las distintas piezas de la casa. Todo está destruido. Me produce espanto”.

Minutos después llama su mujer al departamento, diciéndole que tiene listo el asilo en la Nunciatura Apostólica. Un sacerdote amigo suyo lo había conseguido. Lo aceptó, y poco después lo recogieron para llevarlo a la sede diplomática.

“Antes de llegar a la Nunciatura, sólo una vez tuvimos que doblar para evitar una patrulla militar. No había vigilancia, como yo temía. Descendemos. Viene llegando el P. Medina, teólogo de oficio<sup>8</sup>. Recuerdo que hace unos años tuve un foro con él sobre el papel del sacerdote en un período de cambios. Nuestras visiones eran contrapuestas. Entro en la casa que habría de albergarme por cuatro meses”.

\*

Hortensia Bussi permaneció en la embajada de México hasta el sábado 15 de septiembre, en que abandonó Chile:

— ...Dejando a Salvador, dejando mi Patria, dejando a mis amigos, habiendo perdido a muchos de ellos y sin saber realmente qué iba a ser de mí.

Durante esos casi tres días de asilo, Hortensia Bussi supo conservar la sangre fría. A diferencia del aislamiento en que había estado en casa de Felipe Herrera, en la embajada funcionaban la radio y la televisión, y eso la conectaba con el mundo, un mundo hecho añicos, pero suyo.

Hortensia Bussi estaba, sin duda, dolida, triste y arrasada, pero no había perdido su entereza. Tuvo aun la suficiente presencia de ánimo como

para escribir una carta al nuncio apostólico, pidiendo que abogara por protección para todos los chilenos:

— ...Porque oía por radio que había muerto tal o cual persona, que muchos amigos de Salvador Allende habían desaparecido. Yo le decía que me había acogido al asilo de la embajada de México, pero que pedía protección para mis compatriotas, porque muchos cumplían solamente con sus trabajos y el único reproche que se les podía hacer era haber sido leales al Presidente. Pero el nuncio jamás me contestó esa carta...

Después comenzó un auténtico desfile de embajadores que pasaban por la sede mexicana a darle el pésame... Las horas se consumieron.

— ...Hasta que llegó el momento de partir... Fue algo peor que una pesadilla de Kafka. Ibamos a salir de noche y el embajador nos dijo que estuviésemos listas como a las siete de la tarde. Recuerdo perfectamente que nos embarcamos en los buses y empezamos el triste recorrido. Pasamos al hotel Sheraton a recoger a una delegación comercial mexicana. Nos detuvimos allí y entonces los militares iluminaron el bus con unas luces muy fuertes; luego lo recorrieron como si estuviesen buscando bombas debajo de los asientos. Nos examinaron, nos palparon... De ahí nos fuimos orillando la ciudad.

"Cuando llegamos a Pudahuel nos hicieron identificarnos. Recuerdo que me pidieron el pasaporte y yo dije: '¡Cómo se atreve a pedirme el pasaporte! ¿No sabe quién soy? Después de las condiciones en que tengo que salir, ¡cómo se atreve!' ...Nos embarcamos como a las doce de la noche. Era una partida sin saber la fecha del retorno y sin conocer cabalmente todavía lo que empezaba a vivir Chile, porque estábamos recién levantando la punta del velo... Después veríamos cosas aún más horribles: crímenes, asesinatos en las calles, torturas, la muerte de tantos amigos tan queridos... Ya dentro del avión, Gonzalo Martínez Corbalá nos dio la bienvenida. Eran pasadas las doce de la noche, así es que estábamos en el día 16 de septiembre, que es el Día Nacional de México. Entonces él nos dio la bienvenida con el grito de Dolores<sup>9</sup>. ... Los militares no dejaron que el avión se abasteciera, así es que no pudimos comer ni beber nada, ni un vaso de agua. Los niños lloraban, porque tenían hambre. Hicimos escala en Antofagasta. Levanté la cortina de la ventanilla. Todavía no amanecía,

pero vimos que nos apuntaban varios soldados. Entonces el embajador Corbalá nos explicó que había orden de que nadie levantara las cortinas, porque el avión estaba vigilado. Así seguimos, hasta llegar a Lima, donde el avión fue provisto de agua y comida. En Lima estaba amaneciendo. Había muchos periodistas en la terraza del aeropuerto y, como no nos dejaron bajar, de algún modo se las arreglaron para hacernos llegar papelitos al avión, haciéndome preguntas. Fue la primera vez que encontré una gran solidaridad. Un gran pesar.

“Después hicimos otra escala en Panamá, donde recibí un mensaje del general Torrijos, ofreciéndome ser huésped del gobierno panameño. Yo se lo agradecí, pero le mandé decir con su edecán que había aceptado el asilo de la embajada de México. ...Recibí algunos periódicos y pude leer, también por primera vez, los cables que reproducían los telegramas del Presidente Pompidou, de la Reina de Inglaterra, de Rómulo Betancourt, de otros muchos mandatarios dándome el pésame por la muerte de Salvador... Cuando el avión se posó en el aeropuerto de Benito Juárez, en Ciudad de México, subió de inmediato nuestro embajador Hugo Vigorena, se acercó a mí y me dijo: ‘Tencha, tengo que decirle que no sólo está el Presidente Echeverría esperándola, sino también su esposa, toda su familia y el gabinete en pleno, todo el cuerpo parlamentario, los embajadores, periodistas. Usted tiene que dar una conferencia de prensa ahora mismo’. ‘No estoy preparada para algo así’, le dije. Entonces miré por la ventanilla y vi que en realidad había un mundo de personas esperando, todas de negro. Yo, en cambio, con una tenida desafiante, de color amarillo, porque no tenía otra cosa. ‘No estoy en condiciones de salir’ —le dije—. ‘Mire cómo vengo. Nadie va a entender que yo ande vestida así’. Hugo insistió: ‘Tiene que salir como está’. Bajé del avión y tomé la mano de mi nieto Gonzalo. ‘Con esta muchedumbre te puedes perder —le dije— así es que, por favor, no te sueltes de mí’. Y empezaron los saludos, los abrazos, avanzando lentamente, porque no nos dejaban casi avanzar. Todos querían darme una palabra de aliento, una palabra de apoyo. Así llegué hasta un salón donde había una tarima. Estaba el Presidente Echeverría y su esposa. ...Allí se hizo la primera conferencia internacional sobre Chile”.

Inicialmente, las rejas de las embajadas fueron la única barrera que protegió las vidas de centenares de hombres y mujeres que buscaron asilo tras el golpe militar del martes 11.

“Cuando a Clodomiro se lo llevaron a isla Dawson —recuerda una periodista—, a Irma le impusieron arresto domiciliario. Yo me iba todos los días a su casa para saber noticias. También empezó a recibir numerosas visitas; entre ellas, la del embajador Edelstam, de Suecia. Trabé amistad muy rápido con él. Yo sabía lo que estaba haciendo y él sabía que yo era periodista<sup>10</sup>. Entonces dio por sentado que era de confianza. Nos pusimos de acuerdo. A veces yo le pasaba ciertos datos y me decía: ‘Ya, dígales que en tal parte, a tal hora’. El asilaba gente y a veces yo le ayudé en esos trámites. Nos turnábamos, hacíamos una posta. A mí me tocó poner las manos para que alguien pisara y saltara una tapia por ahí... A raíz de esto, yo tenía más o menos claro qué embajadas estaban vigiladas y cuáles no, cuáles te daban facilidades. Había embajadas que te asilaban, pero te pedían pagar el pasaje de la familia... Cuando yo tuve que asilarme, ya había varios lugares a los que no me podía acercar... Entonces, el problema fue decidir dónde me asilaba, y encima con cuatro hijos.

“La embajada de México tenía tanques en las esquinas y a Edelstam lo tenían absolutamente arrinconado; yo ya no podía hablar con él y no teníamos contacto. Entonces fui a hablar con Irma y ella habló con el embajador de España. Pero el embajador dijo que no podía hacer nada. Pensé en la embajada de México. Le pedí a la gente del partido [Socialista] que me ayudara. Me alojaron en ciertas casas de seguridad y, para no despertar sospechas, me pusieron una peluca rubia que me tapaba un poco la cara y unos anteojos grandes... En la embajada de México estaba asilado mi amigo Rodolfo Ortega. Pero a los asilados les estaba prohibido hablar por teléfono. Sin embargo, Rodolfo sabía de todo un poco y él inventó una conexión bruja y hablaba por teléfono con Lucía, su mujer. Yo mantenía mucho contacto con ella, así es que un día le comenté que yo estaba con muchos problemas. Entonces Rodolfo le dijo: ‘Dile que a las siete de la mañana en el consulado; a las siete es la hora’. Mandamos a unos compañeros a averiguar qué pasaba: a las siete de la mañana se cambiaba la guardia de carabineros; a las siete entraba el personal del consulado que no

vivía ahí; a las siete sacaban la basura y entraban el pan, que llevaban en dos canastos enormes.

“Me puse de acuerdo con el partido. Llegábamos por la avenida Costanera, me dejaban en la esquina y yo agarraba a mis niños, que iban con sus bolsones y uniformes; yo, con mi cartera, la peluca, y pasábamos por delante de la puerta. Pasábamos de largo, caminando como si fuéramos hacia el colegio, a las siete de la mañana. Yo doblaba la esquina y ahí me estaba esperando el auto del partido, que me agarraba y me llevaba a fondear de nuevo. A la una de la tarde volvíamos. Yo pasaba al revés, como si viniera de vuelta del colegio, con los niños; agarrábamos el auto y nos íbamos. Al otro día lo mismo. Esto lo hicimos como ocho días y todos los días la puerta del consulado estaba cerrada a machote. Un día vi que una de las puertas estaba entreabierta —tal como me habían dicho que ocurría, pero que hasta esa mañana nunca había pasado—, sin la cadena. Tomé a los dos chiquititos, de cuatro y cinco años, muy fuertemente y a las dos mayores, tomaditas de la mano, las mantuve al lado. Les dije: ‘Ahora vamos a tratar de entrar’. Me fui pegada al muro de la embajada, viendo que estaba la reja entreabierta; pero, cuando me puse a caminar, uno de los carabineros le dio un codazo al otro y éste atravesó y se puso delante de la reja. Entonces les dije a los niños: ‘Tranquilos; cuando yo les diga, vamos’. Seguimos caminando. El ‘paco’<sup>11</sup> se había puesto en la hoja fija de las rejas y la otra estaba abierta unos veinte centímetros, pero sin cadena. Entonces, cuando estuve frente a él, me di vuelta y le dije: ‘¿Puede decirme la hora, por favor?’. El tipo me miró, miró a los niños con uniforme y se colgó la metralleta en el hombro para buscarse el reloj. En ese minuto empujé con el pie y abrí la reja, que no crujió. Me dijo: ‘Son las 7:03’. Y yo: ‘No le puedo creer, vamos a llegar atrasados. Gracias’. Y en el instante en que vuelve a tomar la metralleta, nosotros nos metemos a la embajada... Cuando vi que había traspasado el umbral, me puse a correr con los niños agarrados. Había un hombre adentro, barriendo. Me apoyé en él y miré para atrás. El otro carabinero vio la maniobra y gritó: ‘¡Se te están entrando!’ , y el tipo corrió y se metió en la embajada. Pero el barrendero agarró la escoba y lo echó. ...De adentro salieron a abrazarme y a felicitarme”.

Junto a las embajadas surgirían lugares de asilo para innumerables extranjeros —sobre todo latinoamericanos— que durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular habían ingresado en Chile atraídos por la experiencia socialista de Allende o bien huyendo de dictaduras y persecuciones en sus países de origen. Eran casas o edificios perfectamente individualizados por las autoridades militares, que recibían el amparo del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)<sup>12</sup>. Se calcula que unas cinco mil personas fueron atendidas por ACNUR en las semanas que siguieron al golpe del martes 11 de septiembre de 1973<sup>13</sup>.

Rafael Agustín Gumucio, ex senador de la República, se asiló en la Cancillería de Venezuela:

— En la cancillería había una población de asilados de más o menos 200 y tantas personas, que se renovaba continuamente. Era una casa grande, con jardín, pero dormíamos amontonados. Yo dormí en una pieza, en el suelo, con 20 ó 30 más... Entre todos los que estábamos allí había muchos extranjeros: argentinos, brasileños, bolivianos. También chilenos de todos los partidos de izquierda y otro porcentaje enorme de gente que simplemente saltaba la muralla y se quedaba. Naturalmente había que poner cierto orden y disciplina interior. Tuvimos que establecer turnos para el aseo y para la comida. Se produjeron algunos roces difíciles, porque hubo una minoría de asilados que exigía más sacrificios que los que ya demandaba esa situación... A mí me eligieron jefe de los chilenos. Me tocaba el rol antipático de saber quiénes llegaban, ya que existía el riesgo de ser infiltrados por la policía política; calificar también, un fenómeno triste y lamentable, pero humano: porque había gente que teniendo ideas de resistencia contra la dictadura, su problema no era la persecución política, sino la miseria, que los empujaba a asilarse para acceder a una posibilidad de viaje al extranjero.

“Había que formarse una idea clara de quién era el que llegaba. Un día entró un señor con una maleta llena de dinamita y dos revólveres. Simplemente saltó el muro. El embajador me mandó llamar como jefe de los asilados chilenos para que examinara a este individuo. Le pregunté a qué partido político pertenecía y me dijo: ‘Pertenezco al Grupo Zeta’. Enton-

ces le pregunté: '¿Pero qué es el Grupo Zeta?'. Era un loco increíble. Le pusimos 'Zeta'.

"Al lado vivía Aniceto Rodríguez<sup>14</sup>. Subidos a un árbol, nos contactábamos con su mujer. Después empezaron a llegar a Chile los aviones enviados por los países para sacar a los asiliados; pero muchos países no querían aceptar personas refugiadas y los aviones llegaban para sacar gente y llevarla a Cuba y a Europa. Así se desocupaba la Cancillería, de a 200 personas. Quedábamos yo y dos o tres personas más. La rotación de esas 200 personas se produjo varias veces. Respirábamos un rato, pero ya en la noche de nuevo estaba lleno. Después la Cancillería casi se desocupó y me trasladaron a la casa del embajador, donde estuve cerca de tres meses... Aparte de los que llegaban, nos informábamos de lo que estaba ocurriendo afuera por los diarios, la radio y la televisión. Cada semana, el embajador hacía la petición de mi salvoconducto al ministerio. Cuando al fin lo concedieron, cinco meses después de haberme asilado, el propio embajador me condujo en su automóvil al aeropuerto. Detrás nuestro iba un camión con soldados. Al llegar a Pudahuel, los soldados formaron un cordón y me impidieron hablar con mi familia. Ese día yo estaba de mala suerte, porque los pilotos de Air France —la línea en que yo viajaba— se declararon en huelga y estuvieron discutiendo si la empezaban en Chile o en Francia, al llegar. Y yo estaba ahí, fuera de la embajada. Finalmente, acordaron que la empezarían en Francia".

Gumucio se embarcó para Francia sin otros contratiempos.

NOTAS

<sup>1</sup> Periodista independiente de nacionalidad norteamericana, vecindado en Chile durante el gobierno de Allende. Detenido tras el 11 de septiembre, fue uno de los tres ciudadanos norteamericanos muertos a raíz del golpe de Estado. Su caso sirvió de tema para la película del cineasta Costa Gavras *Missing* (*Desaparecido*).

<sup>2</sup> El grupo firmante estaba constituido por Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Radomiro Tomic, Fernando Sanhueza, Sergio Saavedra, Claudio Huepe, Andrés Aylwin, Mariano Ruiz Esquide, Valdemar Carrasco, Jorge Cash, Jorge Donoso, Belisario Velasco, Ignacio Balbontín y Florencia Cubillos.

<sup>3</sup> Ese primer recurso de amparo se presentó el 15 de septiembre de 1973.

<sup>4</sup> Calle de Santiago, en la comuna de Providencia, donde los Allende poseían un pequeño chalet, que ocuparon hasta noviembre de 1970, cuando Allende se trasladó a Tomás Moro. La casa de Guardia Vieja pasó a ser ocupada por Isabel Allende.

<sup>5</sup> Nicanor Díaz Estrada, general de la FACH, ministro del Trabajo de la Junta Militar, autor del primer Plan Laboral. Abandonó el gobierno y la FACH en 1978, a raíz de la destitución del general Gustavo Leigh. Desde entonces ha sido crítico de la dictadura.

<sup>6</sup> Esta cita y todas las siguientes están en un escrito inédito redactado durante el tiempo que estuvo asilado en la Nunciatura Apostólica.

<sup>7</sup> El Cardenal Silva Henríquez se inclinaba por favorecer cualquier salida democrática y de ello es prueba su esfuerzo para producir el diálogo entre la Democracia Cristiana y el gobierno de Allende. Fuentes dignas de crédito manifestaron a los autores que, en cierto modo, el Cardenal forzó dicho diálogo, venciendo incluso la resistencia del propio Patricio Aylwin. Eso lo colocaba en una posición distinta a la de los más importantes dirigentes y líderes de la Democracia Cristiana en ese momento, partido hacia el cual sentía afinidad.

<sup>8</sup> Fue designado obispo en 1987.

<sup>9</sup> Grito con el cual se proclamó la independencia de México.

<sup>10</sup> Edelstam fue pieza clave en otro hecho relevante: la salida de Chile del primer relato sobre el asalto a La Moneda, hecho sobre la base de testimonios de los supervivientes.

<sup>11</sup> Vulgarismo para designar a los carabineros.

<sup>12</sup> Los lugares de refugio de ACNUR eran dos recintos cedidos por la Iglesia Católica: la Casa de Ejercicios San Francisco Javier, ubicada en la calle Crescente Errázuriz, a escasas cuerdas del Estadio Nacional de Santiago, y el antiguo Seminario de la Compañía de Jesús, en la localidad de Padre Hurtado, en las afueras de la capital.

<sup>13</sup> La cifra fue proporcionada en enero de 1974 por Samuel Nagelach, secretario ejecutivo del Comité de Ayuda a los Refugiados de las Naciones Unidas. Véase revista *Análisis* N° 191, del 7 al 13 de septiembre de 1987.

<sup>14</sup> Dirigente del Partido Socialista, jefe de la tendencia de los "Guatones". Regresó definitivamente a Chile desde su exilio en Venezuela el año 1987.

## CAPITULO 9 EL GRAN MIEDO

**ES EL 7 DE OCTUBRE** de 1973. La primavera se ha instalado en Isla de Maipo, una localidad campesina a 40 kilómetros al este de Santiago. En la pequeña plaza pueblerina están algunos jóvenes: José Manuel Herrera Villegas, Miguel Angel Brante Bustamante, Iván Gerardo Ordóñez Lama y Manuel Jesús Navarro Salinas. Ríen. En la esfera del reloj de la farmacia los punteros marcan las 10:00 de la mañana. Uno de los muchachos bromea, imitando el arqueado caminar de dos carabineros que parecen dirigirse hacia ellos. Aún sonríen cuando los policías los conminan a identificarse y, posteriormente a acompañarlos al retén, hacia donde marcha todo el grupo.

\*

La camioneta blanca lanzó los haces de luz de sus focos contra la pequeña casa de madera; el conductor detuvo el motor y los apagó. Bajaron cinco carabineros de la dotación del retén de Isla de Maipo y golpearon rudamente la puerta. Faltaban alrededor de quince minutos para las 22:00 del domingo 7 de octubre del año 1973. Uno de los doce hijos de la pareja formada 29 años antes por Sergio Maureira Lillo y Purísima Elena Muñoz

abrió la puerta. El sargento Ñancupil apareció desde la oscuridad y entró. Conocía esa habitación impecable y ordenada, porque era amigo de la familia Maureira. Preguntó por el dueño de casa. A esa hora, Sergio Maureira estaba acostado. El trabajo como jefe de grupo en el fundo vitivinícola Naguayán le exigía madrugadas, de modo que apuraba el sueño desde temprano. Ñancupil avanzó hasta el dormitorio:

— Levántese, don Sergio -dijo-, porque tiene que hacer unas declaraciones al retén.

Maureira lo miró con familiaridad y obedeció casi automáticamente, para empezar a vestirse.

Entonces entraron los otros carabineros y se desparramaron por la casa. Casi gritaban. Revolvieron y husmearon por los rincones. Uno pasó por el dormitorio donde se encontraba Segundo Armando Maureira Muñoz, quien junto con su hermano Rodolfo Antonio trabajaban como obreros, también en el fundo Naguayán, propiedad de José Celsi. El carabinero le lanzó un golpe a Segundo sin que mediara palabra y preguntó:

— ¿Dónde están las armas, carajo?

Segundo respondió que no sabía de qué armas le estaba hablando, pero recibió otros golpes y una frase amenazadora:

— Sí, estate calladito tú no más, porque también te va a llegar...

En el dormitorio de Sergio Montecinos Lillo, el sargento Ñancupil abrió el cajón del velador, escarbó un poco y sacó un pequeño revólver calibre 22 y otro que estaba inutilizado, porque no tenía la nuez.

Sergio Maureira terminó de vestirse y el sargento lo invitó a salir.

— Ya, don Sergio, vámonos.

Pablo Ñancupil llevaba en una mano el revólver 22, un arma habitual de defensa en las casas campesinas, rodeadas de noche y de intemperie. El grupo de carabineros se reunió en el cuarto de estar. Uno descolgó de la pared una antigua carabina que los Maureira exhibían como ornamento y otro tomó un portarretrato que enmarcaba la foto donde Sergio Miguel Maureira Muñoz aparecía en tiempos de su servicio militar, con una metralleta en sus manos. Antes de salir, el sargento dijo:

— Es un trámite de rutina.

La familia se asomó a la puerta y vio que Sergio Maureira subía a una

camioneta blanca, que reconocieron como la del dueño del fundo Naguayán y patrón de varios de los Maureira. Corina pensó, entonces, que su padre quizá no se había llevado los documentos personales y fue al dormitorio a revisar el velador. Ahí estaban, así es que los tomó y salió apresuradamente. La camioneta estaba ya dando la vuelta para enfilar el camino de regreso al retén, pero Corina la detuvo y se los entregó a su padre.

Jamás volvería a verlo.

Sobre las 22:15 horas, la camioneta blanca de José Celsi se detuvo ante la casa de los Hernández Flores. Ignacio Vergara distinguió en la oscuridad el bulto del vehículo, pero no supo de inmediato que eran carabineros, hasta que tuvo la presencia del sargento Ñancupil a pocos pasos suyo. Vergara estaba de novio con María Hernández Flores, una de los siete hijos que doña Carmen criara durante el matrimonio que se prolongó por 42 años. El toque de queda lo había sorprendido ese domingo 7 de octubre, por lo que Ignacio Vergara resolvió pasar la noche allí. Cuando la camioneta blanca llegó al domicilio de los Hernández Flores, él se encontraba afuera.

— ¿Nelson Hernández?

Vergara se sobresaltó por la repentina presencia del carabinero y permaneció en silencio. Entonces sintió que lo agarraban de los brazos y lo zancadillaban para tenderlo sobre el suelo.

— ¡Manos en la nuca!

Los golpes se desataron a destajo. Los gritos y la bulla atrajeron a alguien de la casa, que se asomó por la puerta.

— Soy Nelson Hernández —dijo.

Los carabineros se volvieron sobre él, lo trabaron y a culatazos lo tiraron a tierra. Nelson tenía 39 años. Después, los policías entraron en la casa y se escurrieron hasta el dormitorio donde se encontraban Carlos Segundo y Oscar Nibaldo Hernández Flores. Carlos dormía esa noche allí por casualidad. El toque de queda también lo había obligado a quedarse en casa de su madre, impedido de regresar a Santiago, donde residía. Iba a salir a la mañana siguiente hacia la capital.

Los carabineros que irrumpieron en la habitación donde Carlos y

Oscar dormían los hicieron levantarse y a golpes los obligaron a abandonar la casa, sin darles siquiera tiempo a vestirse. Culatazos, insultos y patadas redujeron a los dos hermanos hasta hacerlos tenderse junto a los cuerpos de Ignacio Vergara y Nelson Hernández. La golpiza y las amenazas de muerte se prolongaron por un rato. Luego los hicieron pararse y los subieron a los cuatro arriba de la camioneta blanca. El vehículo arrancó.

Sólo Ignacio Vergara aparecería a la mañana siguiente en casa de los Hernández Flores para contar lo que había ocurrido en el trayecto que cubrió la camioneta de José Celsi y, luego, en el retén de Isla de Maipo.

Vergara arrastra un pierna y tiene problemas renales, como secuela de aquella golpiza. Jamás se ha explicado cabalmente por qué uno de los carabineros se dirigió a él esa noche, mientras permanecían todos encerrados en un cuarto del retén, para decirle:

— ¡A ver tú, que soi el más choro, te vamos a matar!

Ignacio Vergara jamás ha entendido por qué lo sacaron de la habitación y lo condujeron a los baños del cuartel donde estuvo, solo, aguardando a que la amenaza se hiciera cierta. Al cabo de algunos minutos entró a los aseos el sargento de guardia y le preguntó:

— ¿Tú vivís en la casa de los Hernández?

Vergara respondió que no. Entonces lo sacaron de los baños y lo devolvieron al cuarto donde hasta pocos minutos antes había estado con los demás detenidos esa noche. Pero ya no había ninguno de ellos. Después, un carabinero cuyo nombre no recuerda, lo llevó de vuelta su casa en la misma camioneta blanca de José Celsi.

\*

Saliendo de casa de los Hernández, la camioneta había enfilado por el camino de La Villita, un arrabal del pueblo de Isla de Maipo, con los cuatro Hernández Flores y Sergio Maureira Lillo arriba. Los golpes y las amenazas habían continuado durante el recorrido del vehículo hasta su siguiente parada.

— ¡Recen, conchas 'e su madre! —les gritaban.

La camioneta llegó, sobre las 22:30 de la noche, a la casa de Rodolfo Antonio Maureira Muñoz.

Las luces de la casa estaban encendidas, porque la mujer de Rodolfo, de apenas 19 años, había preparado una torta con la que celebrar el primer año de su matrimonio, que se cumplía precisamente ese domingo. Entonces golpearon muy fuerte a la puerta. Elisa fue a abrir y ellos la arrastraron. Dieron de bruces con Rodolfo Maureira cuando volvía del dormitorio. Elisa no olvidará nunca lo que, atónita, vio:

— ...Hasta hoy no puedo comer en el comedor, porque todo me da vuelta... Le pegaron tanto...

Rodolfo Maureira fue tumbado en la camioneta, que de allí partió a la casa de su hermano mayor: Sergio Miguel Maureira Muñoz, quien tenía a su cargo la explotación de un tractor rojo adquirido por su padre. A la hora en que los carabineros tocaron la puerta de la casa, sólo Hilda Sepúlveda Garrido, de 24 años, mujer de Sergio, se encontraba levantada. Sergio Miguel Maureira y su suegro, un anciano inmovilizado por la invalidez, dormían. Cuando Hilda abrió, aparecieron en el umbral de la puerta tres carabineros, entre los que reconoció a uno: el sargento Pablo Ñancupil.

— ¿Vive aquí Sergio Maureira? —preguntaron.

Hilda respondió que sí. El sargento Ñancupil sacó la voz y dijo:

— ¿Puedo hablar con él?

Hilda contestó:

— Un momentito, se lo voy a llamar.

Se volvió para ir al dormitorio, dejando la puerta junta; pero los carabineros entraron a la casa y la siguieron hasta el cuarto. Hilda dijo:

— Sergio, te buscan.

Sergio Miguel Maureira se incorporó. No necesitaba mayores explicaciones, porque los carabineros estaban allí mismo.

— Vístase —dijo, perentorio, uno de ellos—, tiene que acompañarnos.

Esperando a que Sergio Miguel Maureira concluyera de vestirse, el sargento Ñancupil se puso a revisar algunos cajones. También revisaron una caja donde el padre de Hilda guardaba dinero y papeles.

— ¿Por qué hay tantos billetes? —preguntaron.

Hilda explicó que eran los ahorros de muchos años de trabajo de su padre. Los dejaron. Sin embargo, cogieron de entre los papeles uno y del velador se llevaron una foto de Sergio Miguel Maureira. Cuando después que lo sacaron y lo condujeron a la camioneta, el sargento Ñancupil quiso entrar a la habitación donde descansaba el padre de Hilda, ella se apresuró a decir que allí sólo dormía un inválido.

— Apague la luz —le dijo entonces el sargento Ñancupil para evitar que los otros husmearan en ese cuarto.

El viejo trató de consolar a Hilda, pero ella ya no tendría consuelo.

— No salga de esta pieza en media hora, por lo menos —le dijeron los policías al marcharse—. Después, tranque la puerta de calle.

Saliendo al camino de La Villita, la camioneta aceleró y llegó al cruce del camino que corre al río; en seguida tomó la dirección de la casa de los Astudillo Rojas, también dentro de la viña Naguayán.

Enrique Astudillo, de 49 años, conocía bien a los Hernández, porque trabajaba como obrero agrícola en los viñedos de José Celsi. Nelson Hernández también era obrero del fundo y, además, tenía un cargo como dirigente sindical. Ocupaba una casa simple, con su mujer —Rosario Rojas— y sus siete hijos, donde había un pequeño parrón adosado a las paredes de ladrillo blanco.

Después del 11 de septiembre, doña Rosario anduvo temiendo que ocurriera alguna tragedia, porque Enrique era militante del Partido Comunista.

La súplica que doña Rosario fue soltando a los pies de los policías mientras levantaban a culatazos a Enrique Astudillo y a sus dos hijos fue inútil. Los carabineros sacaron a los tres hombres y los forzaron a subir a la camioneta. El vehículo arrancó hasta perderse. Minutos después, llegaba al retén y los detenidos eran bajados.

Ignacio Vergara recuerda que los condujeron a un cuarto, donde estuvieron hostilizándolos con golpes, insultos y comentarios amenazantes durante un par de horas. Además, se hallaban allí los cuatro muchachos que habían sido detenidos por la mañana, en la plaza del pueblo. Ignacio Vergara recuerda que los trataban a todos de comunistas y que ellos

apenas si podían hallar las palabras para negar esa militancia y disculparse. No volvió a ver jamás a sus compañeros y sólo al día siguiente supo que aquella noche la camioneta blanca de José Celsi arrancó por última vez desde el retén de Isla de Maipo para regresar a casa de los Maureira Muñoz y detener a otros dos miembros de la familia: Segundo Armando —obrero de la viña Naguayán— y José Manuel.

— ¿Dónde están los otros Maureira? —preguntaron a gritos los carabineros que habían regresado.

Esa vez no iba el sargento Ñancupil. Sin embargo, la familia los pudo identificar con sus apellidos —Vargas, Muñoz y Sagredo—, porque eran carabineros de la vecina localidad de Lonquén, trasladados escaso tiempo antes para reforzar la dotación de Isla de Maipo.

Olga, de 20 años atinó a decir que estaban acostados. Vargas la encañonó con su metralleta y le indicó que lo condujera al dormitorio. Una vez allí, los carabineros apremiaron a Segundo y José Manuel. Vargas golpeó en la cabeza a Rafael, de 16 años, mientras a los más pequeños les gritaban que se metieran debajo de las sábanas y que no miraran. Entonces, doña Purísima entre tanto ajeteo recordó que su hijo José Manuel guardaba aún en el pantalón que acababa de abrocharse el dinero obtenido esa mañana por la venta de hortalizas en uno de los mercados de Santiago. Representaba la comida familiar de varios días. Pero cuando José Manuel, casi en un acto reflejo, se llevó la mano al bolsillo para retirar el dinero, sintió que la mano se le trizaba con el dolor producido con un culatazo preciso.

— ¡Que coman con el partido! —se oyó.

Luego los arrearon para afuera. Uno encerró a la familia en el dormitorio y advirtió que había toque de queda, que no salieran. Pero apenas los hubo dejado, Corina se atrevió a salir del cuarto y acercarse hasta la puerta de calle para abrirla sigilosamente y filtrar la mirada por la ranura. Alcanzó a oír que a sus hermanos les gritaban:

— ¡Ya, arránquense y aquí mismo los matamos!

También alcanzó a ver que los tiraron boca abajo en la parte trasera de la camioneta blanca de José Celsi y que el vehículo partía. Fue todo.

Cerca estaban los hornos de Lonquén.

## CAPITULO 10

### EL IMPERIO DE LOS NUEVOS TIEMPOS

**HACIA A LO MENOS DOS** años que el poeta estaba enfermo. El mal le había comenzado en París, en 1971, volviéndose, de a poco, irremediable. Regresó, entonces, cansado y se recluyó en su casa de Isla Negra, en el litoral central de su país. Pisando Chile en septiembre de 1972, Pablo Neruda vivió enfermo el último año de la Unidad Popular. Su agonía discurreó paralela, casualmente, con el que sería un año crucial —y, asimismo, agónico— de la experiencia allendista, como si hubiese acusado en su cuerpo el progresivo deterioro de aquellos meses de turbulencia. Muchos estiman que su muerte la adelantó el derrocamiento del gobierno presidido por su amigo Salvador Allende. De algún modo, ese martes 11 fue también su victimario. La agonía nerudiana comenzó el 11 de septiembre, cuando el poeta sintonizó el receptor en el velador; las palabras de Allende sonaban definitivas en los oídos de Neruda.

“Esto es el final”, comentó.

“Ese día —escribió años más tarde su viuda Matilde Urrutia— llamaron varias veces de Europa, de Alemania, de España, de Francia; querían saber de Pablo. En el extranjero se había dado la noticia de que Pablo Neruda había muerto. Yo les contestaba que no era verdad, que Pablo

estaba vivo. ¡Qué equivocada estaba! Pablo, en ese momento, estaba muerto, quebrado por dentro...”.

Tan quebrado, que en la tarde de ese martes 11 tuvo fiebre. Redoblando esfuerzos, Matilde logró comunicarse con el médico en Santiago:

— Eche a perder la radio, la televisión -sugirió éste-; desconéctelas. Si sabe lo que está pasando será para él un golpe mortal.

Pero Neruda deseaba saberlo todo. Matilde Urrutia no pudo seguir el consejo del médico y aislarlo.

Apenas una semana después, el miércoles 19, fue trasladado de urgencia desde su casa de Isla Negra hasta la Clínica Santa María, en Santiago, y puesto bajo tratamiento. México se ofreció a acogerlo en su enfermedad.

— Allá tendrá mejor atención médica. Volverá sano- aseguró el embajador que hacía la oferta por encargo de su gobierno.

Neruda se resistió en principio. Luego se rindió a la generosidad mexicana.

Pero cuatro días más tarde, el sábado 22, el poeta ya deliraba. Sobrevivió en un estado de inconciencia y olvido hasta la tarde del domingo 23:

“... Pablo no despertaba. Comencé a inquietarme. Le pedí a Laura, hermana de Pablo, que se quedara en la clínica esa noche. También se quedó mi amiga Teresa Hamel. Pero yo no pensaba que se moriría...”.

Matilde Urrutia vigilaba. Eran las 22:30 horas del domingo 23 de septiembre de 1973.

“Allí, en la pieza de la clínica, estábamos silenciosos y tristes tres mujeres. Mis ojos están pendientes de Pablo. De repente, lo veo que se agita. Qué bueno, va a despertar. Me levanto. Un temblor recorre su cuerpo, agitando su cara y su cabeza. Me acerco. Había muerto”.

Matilde Urrutia no distingue a quiénes entran en la habitación. No puede llorar. Se mueve automáticamente y toma una camisa a cuadros. Con ella, y una chaqueta también a cuadros, arreglan a Neruda.

Entra un carro-camilla y tienden el cuerpo encima. Los enfermeros salen casi corriendo por el pasillo.

Matilde se distrae un minuto para pedirle a Teresa Hamel que avise a algunos amigos. Cuando quiere volver su atención a Neruda, el cuerpo ya no está.

Cerca de las 10:00 horas del lunes 24, sus amigos lo acomodaron en una urna y lo llevaron a la Chascona, su casa de dos pisos en una callecita ascendente y ciega del barrio Bellavista, en los faldeos del San Cristóbal. Mientras Neruda agonizaba, una turba penetró en ella y saqueó las habitaciones. La Junta Militar dijo, más tarde, que la turba estaba compuesta de menores, de niños bárbaros pero inocentes. No obstante, el ejemplo de la Sebastiana, la casa de Neruda en Valparaíso, hollada por tropas marineras en busca de armamentos, insinuaba otra cosa.

En medio del segundo piso se depositó la urna, que semicubrieron con una bandera chilena y flores. Cuatro candelabros de bronce macizo rematados en ampolletas velaban los restos.

La noticia de la muerte de Neruda se esparció casi a hurtadillas, después de que la radio la anunciara esquemáticamente. Porque lo que él había representado —asumiendo, incluso, como embajador en París— estaba sometido al imperio de los nuevos tiempos. La violación de la casa de Neruda en los faldeos del cerro saltó vagamente a la luz pública, haciéndose impronta de un estilo que pronto se impuso. También la propia casa particular del Cardenal Silva Henríquez, ubicada en la santiaguina calle de Simón Bolívar, sería allanada apenas días más tarde —el 27 de septiembre— por efectivos de la Fuerza Aérea, cuyo comandante en Jefe —el general Gustavo Leigh Guzmán, entonces uno de los cuatro miembros de la Junta Militar— era católico. Los soldados, que inspeccionaron incluso el patio y la residencia del servicio, dijeron buscar una esfera de material plástico caída de un avión en vuelo, para justificar sus conductas.

Para Neruda hubo pocas lágrimas sucediéndose a la puerta de su casa del cerro. Sólo amigos y contadísimos adversarios que, sin dejar de serlo, admiraron la grandeza de su arte. También diplomáticos, algunos ex ministros de Estado, escritores y ex parlamentarios que habían compartido escaños en el Congreso.

Sin embargo, la muerte del poeta no podía soslayarse. El Estado Mayor de la Defensa Nacional emitió un comunicado para decir que las nuevas autoridades lamentaban su deceso.

El viernes 14 de septiembre, el ministro del Interior —general Oscar Bonilla— había aparecido en su primera conferencia de prensa para exponer, ante más de un centenar de periodistas chilenos y extranjeros, los motivos del golpe militar.

— Este país estaba iniciando una etapa de anarquía política, por la existencia de conflictos sin solución entre el poder ejecutivo y los otros poderes del Estado... El plebiscito tampoco fue considerado como una solución... Las Fuerzas Armadas no están para que una minoría esclavice a una mayoría... ¿Tenemos derecho, las Fuerzas Armadas, a permitir que nuestro pueblo no tenga que comer?... Como broche estaba el hecho de que medio país se encontraba paralizado por huelgas a las cuales no se veía solución... Todo ello conformaba un clamor que no podíamos dejar de oír... Había una masa ciudadana mayoritaria abatida y sin esperanzas, con este sectarismo creciente en que iba el país. Esto fomentaba cada día más el odio. Todo estaba llevando a Chile al mismo camino de odio y relajamiento moral. Esto significaba la guerra civil larga con cientos de miles de bajas y una secuela de muchos años... No podíamos tener un criterio servil, ni menos aceptar la crisis de nuestra Constitución... Las cosas nuestras las arreglamos nosotros. No tenían por qué traer a Chile asesinos importados. Todo esto hizo pensar, hizo razonar a las Fuerzas Armadas si podían seguir en obediencia al poder civil... Nosotros no somos políticos. Batallamos por nuestra Patria. Buscamos siempre encontrar la solución para que fuera el poder civil el que resolviera la situación (...). El mayor poseedor de armas era el señor Allende... En la Moneda, Tomás Moro y El Cañaveral tenía todo tipo de armamento moderno... Ahora, al allanar el departamento 213 de la torre 18, propiedad de Paredes, y junto con su carnet, encontramos el detalle del armamento que contenían los bultos llegados desde Cuba.<sup>1</sup>

En los diarios del sábado 15 no apareció información alguna sobre el estado de salud de Neruda.

El 18 de septiembre, el matutino *La Tercera de la Hora* recogía en su última página un “mensaje de Fiestas Patrias dirigido a todos los ciudadanos” por el Presidente de la Junta Militar de Gobierno, general Augusto Pinochet, pronunciado en el transcurso de una entrevista celebrada en su

despacho por el director del periódico, Alberto Guerrero:

— Aquí no hay amigos ni enemigos. Aquí hay chilenos que debemos unirnos en un abrazo fraterno. Todos debemos juntarnos para trabajar y levantar el país.

Sentado ante la reproducción de un cuadro al óleo de Fray Pedro Subercaseaux, con sus flancos cubiertos por dos militares sin más distintivos que un brazalete y el rectángulo negro cosido a la tela de sus guerreras sobre el bolsillo izquierdo donde podía leerse “Ejército de Chile”, el general Pinochet agregó:

— Yo creo que si los chilenos borran los resquemores, borran aquellas odiosidades que tenían y se juntan todos en su solo haz, va a ser como el árbol frondoso: todos unidos y arriba, las ramas dándonos fruta o dándonos la sombra. En la semana que llevamos, estoy satisfecho. Hemos vuelto en gran parte a la normalidad. Hago presente que de Arica a Magallanes, todas las ciudades están normales. Ha habido pequeños focos, pero han sido sofocados de inmediato... Siempre van a seguir apareciendo algunos extremistas; especialmente, lo que llama mucho la atención es que hay mucho extranjero. Hago presente que yo no aceptaré, y los tribunales van a ser severísimos en esta materia con los extranjeros.

En ese mismo ejemplar de *La Tercera* se insertaba una noticia significativa:

“Con enorme sorpresa la población de Santiago fue testigo ayer de una serie de hechos:

“En primer lugar, llamó la atención la forma casi increíble en que bajaron algunos precios de productos de primera necesidad o alimentos tales como frutas y verduras.

“En seguida, el público santiaguino fue golpeado favorablemente ayer cuando encontró en bares y fuentes de soda todo tipo de sandwiches y bebidas. Además, en algunos almacenes se vendió Milo, azúcar, cecinas, jamón y otros, sin tener siquiera que hacer ‘cola’. Lo mismo ocurrió con las bombas bencineras, que ayer mostraban, por primera vez en dos meses, un aspecto inusitado: vendían parafina y bencina, especial y corriente, sin necesidad de una espera.

“En tercer lugar, las dueñas de casa regresaron ayer a sus hogares co-

mentando la facilidad con que pudieron adquirir pollos al precio oficial —aunque con ‘cola’—, plato ausente desde hacía meses.

“Finalmente, y para alegría de muchos, algunas tiendas comerciales volvieron al antiguo sistema de crédito”.

El miércoles 19 de septiembre se anunció por la prensa la próxima aparición de un “libro blanco” conteniendo “las inmoralidades del antiguo régimen”. El encargado del anuncio fue, esa vez, el Comandante en Jefe de la Armada, almirante José Toribio Merino, quien lo expuso —el día 18— en el recinto de la Escuela de Armamentos de Las Salinas.

— Esto no es ni ha sido jamás un golpe de Estado. Habiendo sido sobrepasados por el gobierno pasado conceptos básicos que nos han regido por más de un siglo y medio, no podíamos, los que hemos jurado sobre la bandera entregar nuestra vida por la Patria, quedarnos ausentes del proceso que iba destruyendo el sentido profundo de lo que era Chile... Puedo decir, con absoluta seguridad, que esta Junta no odia a nadie. No hay vencidos, ni vencedores. Sino que todos somos chilenos tratando de volver a Chile su estructura normal (...). Y tanto, tan verdadero y tan duro es el crimen cometido por los que nos precedieron en el gobierno, que el que los dirigía, sabiendo que tendría que enfrentar el tribunal y el juicio de los chilenos, no fue capaz de hacerlo, y se suicidó. Soy testigo de haberlo visto muerto... Se prepara un libro blanco de estos últimos tres años, en que se contarán cosas increíbles... Lo único que quiero decir, para terminar, es que tengan confianza en estos cuatro hombres que dirigimos los destinos del Estado, que no tenemos más interés que servir a Chile, porque somos y seremos pobres de solemnidad.

El viernes 21 de septiembre, también la figura del general Gustavo Leigh apareció en la prensa, recogida por el vespertino *La Segunda*, presentado como “el integrante más joven de la Junta de Gobierno Militar”. En sus declaraciones Leigh señaló:

— ... El desafío más importante, y que ahora tengo, se produjo seis meses antes del 11 de septiembre.<sup>2</sup> Nos enfrentamos a ese desafío en su real dimensión cuando vimos que el gobierno del señor Allende era incapaz de adoptar una resolución destinada a detener la caída al vacío. Nos convencimos que formaba parte de su planificación producir el colapso

total del país. A medida que se acercó el día D, tuvimos conocimiento del Plan Z de la Unidad Popular. Este consistía en el asesinato, en forma masiva y simultánea, de todos los altos mandos de las Fuerzas Armadas y Carabineros. Este siniestro plan fue elaborado por el asesor del Presidente Allende, el ciudadano español Joan Garcés<sup>3</sup>.

Natural de Liria, Valencia, Joan Garcés se desempeñaba como investigador titular de la Fondation Nationales de Sciences Politiques de París, y consultor permanente de las Naciones Unidas cuando redactó, en julio de 1975, el libro con que intentó cumplir el encargo que dos años antes recibiera del Presidente Allende en los momentos previos a su muerte en el interior del Palacio de La Moneda.

Con el título de *Allende y la experiencia chilena: las armas de la política*, el libro de Garcés se erigió en una respuesta a la acusación del general Leigh, lanzada cuando para la opinión pública chilena éste parecía como “el hombre duro de la Junta de Gobierno Militar”<sup>4</sup>.

En su obra, Garcés da la interpretación quizás más próxima a la que habría sido la concepción allendista de las causas que acabaron con el gobierno de la UP.

“Entre junio y septiembre de 1973 se produce una manifiesta disociación entre la base y el aparato de los partidos, por un lado, y el gobierno, por otro. Mientras los primeros comienzan a operar de acuerdo con las exigencias tácticas de la antiinsurrección —demasiado tarde— o de la insurrección pura y simple — siempre sin destino—, estamos viendo cómo Allende, hasta cierto punto respaldado por el PC, se mantiene dentro de las tácticas de la vía institucional. Pero ya para ese entonces, las posibilidades de éxito de cualquier opción eran reducidas. Las reservas estratégicas son cada vez más superfluas, cada vez más inútiles y peligrosas, cuanto más general es su propósito. Lo que sí resultaba diferente, y mucho, era el costo inmediato y a mediano plazo para el movimiento popular de cada uno de los desenlaces posibles en 1973...”

## NOTAS

<sup>1</sup> Véase revista *Análisis* del 1 al 7 de junio de 1987.

<sup>2</sup> Véase Carlos Prats González, op. cit., págs. 470-472.

<sup>3</sup> El propio general Leigh se encargará, años después, de desmentirse a sí mismo, cuando afirmó que el Plan Zeta les había sido presentado a los integrantes de la Junta por el contra-almirante Patricio Carvajal, razón por la que él carecía de pruebas acerca de su legitimidad. Es obvio que esta misma información Leigh ya la poseía en 1973. ¿Por qué, entonces inculpó a Joan Garcés, sabiendo, a ciencia cierta, que no tenía prueba alguna que avalara esa gravísima acusación, motivo suficiente en aquellos días posteriores al golpe para poner en extremo riesgo la vida de cualquier persona?

Sobre la rectificación de Leigh acerca del Plan Z, véase revista *Análisis* Nº 135, del 25 al 31 de marzo de 1986.

<sup>4</sup> Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

## CAPITULO 11

### “LE CONTE QUE ME HABIAN FUSILADO”

**EL SARGENTO PABLO ÑANCUPIL** se sentó al volante. La noche había sido movida y no presagiaba nada bueno para los campesinos que él mismo había arrestado durante la operación de las horas previas. Uno de ellos se hallaba en el interior del vehículo, después de haber permanecido un lapso que se le hizo interminable en la tenencia de Isla de Maipo. Por alguna razón que no alcanzaba a percibir, lo habían separado de los demás.

“En la guardia —declararía Ignacio Vergara en el juicio que se inició en 1979— permanecí aproximadamente cinco minutos, en los cuales pude apreciar que no estaba José Maureira. Seguidamente, procedieron a amenazarnos, volviéndonos a golpear, percatándome que Nelson Hernández estaba con la cabeza partida, que sangraba; sin tomarnos ningún dato ni ingresarnos en ningún libro. Entiendo que, acto seguido, al notar la ausencia de José Maureira fueron a buscarlo”.

Luego, un funcionario lo condujo hasta la puerta de la tenencia, donde lo esperaba Ñancupil. Al pasar de vuelta, notó que la sala de guardia ya estaba vacía.

Vergara se amaneció el lunes 8 de octubre en su casa. No volvería a

saber jamás de sus cuñados, los Hernández, ni de ninguno de los otros detenidos, a los que habían conducido al interior del cuartel policial, repartiéndolos en los calabozos, las antiguas caballerizas y una bodega que se estaba adaptando para casino. Desde esos lugares, el teniente a cargo —Lautaro Castro— los fue citando uno a uno para los interrogatorios:

“Procedí a interrogar individualmente a cada uno de los detenidos —diría Castro ante los tribunales en 1979—, diligencia que se practicó en el segundo patio, ubicado entre el dormitorio de solteros y un garage (...). A fin de lograr las confesiones de los detenidos, tuvimos que golpearlos, utilizando para estos efectos solamente las manos y los pies.

“Confesaron que durante varios meses venían recibiendo instrucción paramilitar que les impartía un tal Pepe, que provenía de Santiago, la cual se cumplía generalmente cerca del río. Fue uno de los Maureira hijo quien confesó haber confeccionado el croquis él mismo, en cuyo domicilio fuera encontrado. Confesaron tener dispuesto un asalto a nuestro cuartel con la finalidad primaria de incautarse del armamento, señalando que para estos efectos utilizarían armamento automático, cuyo empleo ya conocían, y que les sería proporcionado por el tal Pepe. Manifestaron que en este asalto participarían solamente ellos, sin involucrar a otras personas”.

La orden de practicar los arrestos que Ñancupil había dirigido la noche del domingo 7 fue impartida directamente por Castro, porque “por informes recogidos de diversas fuentes se supo que una familia de nombre Maureira constituía un peligro para la seguridad pública en esos momentos” y porque los Maureira “planificaban un ataque a nuestro cuartel”. Castro nunca identificó a aquellas *diversas fuentes*. Según dijo, al volver sus subalternos con los detenidos, se le había hecho entrega de un croquis del cuartel y sus dependencias hallado en la casa de uno de los Maureira Muñoz, con anotaciones de las calles colindantes y de los nombres de los Maureira, los Hernández y los Astudillo. Aseguró que al constatar que en el croquis aparecían individualizados estos últimos, ordenó que se saliese a arrestarlos.

En mayo de 1979, Ñancupil reconoció que había recibido personalmente de Castro la orden verbal de “proceder a la detención de los Mau-

reira y los Astudillo", contradiciendo a Castro. También dijo que tras detener a los Maureira, había procedido "al registro de la casa, sin encontrar ningún antecedente o documento que sirviera para catalogarlos como personas peligrosas. Algunos de mis otros compañeros también participaron en el registro, pero tampoco me comunicaron que hubieran encontrado algún documento o armas".

Careados Castro y Ñancupil en junio del 79, aquel reiteró que se le había hecho entrega del croquis; el sargento, en cambio, insistió en que "personalmente allané la casa de los Maureira y no encontré el croquis a que se ha hecho mención".

El interrogatorio a que Castro sometió a los campesinos se prolongó por toda la noche del domingo 7 al lunes 8 de octubre de 1973. Al momento de interrogarlos, el teniente ordenaba que se les amarrasen las manos con alambre de fardo. Posteriormente, eran ubicados en alguno de los tres lugares donde los recluyeron. Según Castro, horas más tarde decidió trasladarlos al Estadio Nacional de Santiago. Entonces —dice— confeccionó personalmente una minuta de entrega que firmó de su puño y letra con fecha de aquel lunes, porque en la madrugada de ese día pensaba llevarlos.

En mayo de 1979, Ñancupil refutaría la argumentación de Castro en otro punto significativo: cuando el teniente asegura que firmó la minuta porque el lunes 8 iba a remitir a los detenidos a Santiago. En efecto, Ñancupil sostuvo que dos días después de los arrestos entró a un galpón de la tenencia que antiguamente servía para guardar el forraje de los caballos y que pudo ver "a un gran número de personas", calculándolas en más de diez y menos de 25. Observó que entre ellos se encontraban los campesinos cuya detención él mismo había practicado la noche del 7 y tres muchachos del pueblo a quienes conocía con anterioridad. Estaban todos boca abajo sobre el suelo y con las manos atadas. Uno de los muchachos "sobresalía de los demás por encontrarse con su pelo cortado al rape". Luego agregaba:

"Una noche, pasados unos tres días de la detención de las personas que ya aludí, ingresó al patio un camión municipal que se encontraba a disposición de carabineros y me percaté desde mi posición, a la salida de la sala de armamento, que se hacía subir a este vehículo a los detenidos (...).

El conductor del camión era el carabinero Jacinto Torres, a quien lo acompañaron otros funcionarios, pero no recuerdo quiénes. La hora que se fue el camión con los detenidos la calculo entre las 22:00 y las 02:00 horas”.

Antes de que el camión partiese, Castro convocó a los carabineros presentes en el cuartel y les comunicó que los detenidos iban a ser llevados al Estadio Nacional. La hora era, sin duda, intempestiva. En el proceso, Castro justificaría esto aduciendo que al momento de subir a los detenidos al camión “uno de los Hernández pidió conversar conmigo y me manifestó que tenía antecedentes que en alguna mina del sector habría armas ocultas, sin señalar la fuente de su información”. A raíz de este informe, Castro sostendría que entonces decidió ir a buscar las armas a las minas de cal de Naltahua, próximas a Isla de Maipo. La oscuridad, sin embargo, no fue considerada por Castro en su decisión.

Conducido por el teniente Castro, quien había ido al volante de la misma camioneta Ford con que se habían efectuado los arrestos, el camión municipal con los detenidos partió. En la tenencia había quedado el sargento Nancupil, a quien Castro relevó de la tarea de conducir el camión, junto a otros funcionarios. De acuerdo con el relato del teniente, los hechos continuaron así:

“Llegamos hasta las minas de Naltahua, las que fueron inspeccionadas en todos sus niveles sin encontrar el armamento que buscábamos (...). Ordené a los funcionarios que siguiéramos a las minas de Lonquén en busca de las armas y que, en caso de encontrarlas, siguiéramos inmediatamente a Santiago. (...) Nos dirigimos hacia las minas de Lonquén por el camino denominado Las Parcelas ya que es más corto que los otros existentes. En las cercanías de las minas de Lonquén hay un portón de fierro, que en esa oportunidad se encontraba abierto. Dejamos los vehículos a una distancia aproximada de 250 metros de las minas, en un lugar donde termina el camino y se desvía un sendero en dirección [a ellas], ordenando seguir la marcha a pie, por cuanto ignoraba si el sendero era propio para la marcha del vehículo (...). Decidí llevar con nosotros a los detenidos, por cuanto me parecía peligroso dejar solo a un par de funcionarios custodiándolos. Los detenidos marchaban amarrados en la misma forma en que

habían sido subidos al camión, adelante de nosotros, a una distancia aproximada de tres metros. Luego de haber caminado en estas condiciones unos 80 metros, *se nos comenzó a disparar desde una distancia aproximada de unos 200 metros* por personas ubicadas a nuestro frente y media derecha. Por los fogonazos y los ruidos de los disparos, presumo que los atacantes eran unos siete a diez premudidos de armas largas. *La visibilidad alcanzaba a unos cinco metros.* Al iniciarse los disparos impartí una orden que no recuerdo exactamente, pero en todo caso destinada a que el personal se defendiera. De inmediato comenzamos a disparar, calculando que el enfrentamiento duró unos diez a quince minutos. Los disparos de nuestros atacantes no eran mantenidos, sino más bien esporádicos. Nosotros nos guarecimos del ataque en los accidentes que presentaba el terreno y arbustos. Recuerdo haber ordenado a los detenidos que se tiraran al suelo y que no se movieran, no pudiendo verificar si esta orden fue cumplida por ellos. Terminado el ataque, y luego de transcurridos unos cinco minutos, comencé a llamar a mi personal por sus nombres a fin de averiguar si se encontraban sin novedad, todos los cuales contestaron mi llamado. Dejé pasar otros instantes y luego ordené que el personal se reuniera conmigo. Ordené a los funcionarios Coliqueo y Belmar *que rastrearan con cuidado el lugar desde el cual se nos había disparado* y a los demás funcionarios les ordené reunir a los detenidos. *Los detenidos fueron encontrados en un radio máximo de 50 metros, todos tendidos y muertos, con excepción de dos, los cuales se encontraban también impactados a bala.* Personalmente comprobé que nueve de los detenidos habían muerto producto de los impactos recibidos, todos ellos alcanzados por los disparos en distintas partes del cuerpo. Constaté su muerte, ya que carecían de pulso, hálito y tenían la vista fija y vidriosa. Los dos detenidos heridos estaban impactados, uno de ellos en el pecho y el otro —creo recordar— en el estómago. *Estos dos heridos fallecieron una media hora después y mientras se reunía a los demás detenidos muertos.*

“Agrupados los muertos y luego de haber regresado sin novedad los carabineros Coliqueo y Belmar, reúno mi personal y les converso acerca de la situación que acabamos de enfrentar y del peligro de que los familiares de los detenidos pudieran tomar represalias en contra nuestra y de

nuestros familiares, al tomar conocimiento que los detenidos habían muerto y seguramente imputarnos sus muertes a nosotros, todo lo cual nos habría restado autoridad ante la población. Por todas estas consideraciones es que ordeno esconder los cadáveres (...). Posteriormente insté a mi personal a que mantuvieran en secreto estos hechos. Declaro que no encontramos las armas que andábamos buscando. *No encontramos vainillas de las municiones de nuestros atacantes*, pero sí recogimos las nuestras. Aproximadamente a las 08:15 emprendimos la vuelta a la tenencia, llegando a ésta aproximadamente a las 08:45 horas”<sup>1</sup>.

Las debilidades de la versión de Castro y sus subalternos quedaron en evidencia: el teniente no admitió jamás la detención y muerte de los cuatro muchachos detenidos en la mañana del domingo 7 de octubre de 1973, pese a que fueron vistos dentro del cuartel por Ñancupil; la existencia del croquis no fue probada por Castro y, en realidad, desmentida por Ñancupil; lo inverosímil de que uno de los detenidos haya informado *voluntariamente* a Castro de la existencia de armas ocultas en el campo, las que nunca se encontraron, así como la inconsistencia misma de la información que lo llevó a tientas a dos lugares distintos; lo descabellado que resulta la pretensión de buscar armas en plena noche; lo increíble que es el no haber encontrado vainillas de las armas de los atacantes; la debilidad de la versión de que hayan sido muertos todos los campesinos y ni siquiera herido algunos de los carabineros, que no estaban especialmente escondidos y que hacían fuego, mostrando su posición. Todas estas incoherencias llevaron al juez que investigaba el caso en 1979 a declarar la versión del teniente Castro como “intrínsecamente inverosímil”.

\*

El camión se detuvo a cierta distancia del número 590, quizás para no alertar a los moradores. Eran las 00:30 horas del 16 de octubre de 1973 y hacía frío. Se andaba corriendo una voz inquietante, porque algunos supieron que el sargento de la subcomisaría, un hombre de apellido Reyes, había hecho un comentario en tono muy serio:

— Mira, cabro, yo no los voy a ir a buscar. Van a ir los militares de San Bernardo.

Así es que después de un mes de ocurridos los primeros arrestos en la zona, Reyes confirmaba que iba a haber nuevas detenciones.

Muchos testigos sabían de arrestos, pero, lógicamente, nadie que hubiese pasado por la experiencia de una ejecución había vuelto para contarla. Sólo una mujer hubiera podido decir que ella guardaba el secreto, a veces en su propia casa, a veces en grutas excavadas bajo las zarzamoras. Pero ella jamás iba a abrir la boca. Vivió, de hecho, seis años con ese silencio guardado: así escondía a su marido, el único sobreviviente de un fusilamiento realizado por efectivos militares el 26 de septiembre de 1973.

El martes 11 de septiembre, el sindicato comunal campesino había declarado un paro de 24 horas por un problema pendiente con el propietario. Un lienzo enarbolado en el caserío asomaba en el cielo húmedo de la amanecida, mientras los campesinos iban confluyendo hacia ese punto. Con seguridad, irían los carabineros.

Varios años después, asustadizo e incómodo Atilio González<sup>2</sup> reconstruyó su arresto y fusilamiento:

"A las diez de la mañana, cuando supimos que el Ejército había tomado el mando del país, suspendimos toda acción y cada uno de los trabajadores se volvió a su casa, a sus predios. Yo seguí trabajando muy tranquilo en mi casa; nada sucedía. El día 13 de septiembre corté unos espárragos, cuando apareció un grupo grande de carabineros y me detuvo".

Atilio González pasó cinco días en manos de sus aprehensores, fue objeto de golpizas permanentes y no se le dio agua:

"Me estaba volviendo loco de sed. Recuerdo que (...) en una esquinita del calabozo, al lado de una tabla, se veía una cosita chica brillar. Me asomé y era una cortaplumas que alguien había metido entre las tablas, una cortaplumas pequeñita. Empecé a cortarme el cuello, después empecé a cortarme las venas de los brazos. Pero la cortapluma debe haber sido harfo mala, porque fue imposible (...). La sed es desesperante cuando se llevan cinco días sin tomar agua y bastante golpeado".

Al entrar al calabozo, un carabinero lo hallaría cubierto de sangre:

"¡Vengan a ver a este infeliz, que se mató solo, se cortó el cuello!', le gritó a otro. Entonces vinieron a verme. Yo estaba en el suelo y me dieron vuelta. Alguien dijo: 'No, éste no está muerto; fue por encima no más'.

Uno comentó: 'Aprovechemos ahora de matar a este infeliz; éste es uno de los porfiados'. Le dijeron: 'Acuérdate que a éste no podemos matarlo, porque los militares dijeron que se lo iban a llevar'. 'Entonces llamemos al doctor, para que nos dé un certificado como que este tipo se suicidó y sencillamente lo matamos'. Mandaron llamar al doctor y le dijeron que necesitaban un certificado atestiguando que un detenido se había suicidado. El doctor trató de verme. Les dijo: 'Pero necesito ver que se suicidó'. 'No —dijeron—, está muerto ahí; firme no más un certificado y listo'. Le empezaron a servir vino al doctor, estuvieron un buen rato conversando. El doctor no quería firmar sin ver si realmente yo estaba muerto, si me había suicidado".

Los militares se presentaron mientras tenía lugar esa conversación entre el médico y los carabineros:

"Recuerdo que me pusieron boca abajo en la camioneta y un militar me puso un pie en la espalda y la punta del fusil en el cuello. Venían burlándose de mí por el camino. Decían: 'Miren, este es el famoso Atilio González, tan diablito. Mírenlo ahora'. Me decían: 'Haz una cosa: ahora vamos pasando por el puente, te damos permiso, arráncate, nosotros te damos permiso para que te vayas, títate abajo del puente no más'. A mí ni siquiera se me ocurrió contestar. Llegué al regimiento y me presentaron a un jefe grande. Cuando vio que venía todo lleno de sangre, sencillamente los retó a los que me habían traído: 'Cómo se les ocurre, infelices, traer a este hombre así; llévenlo inmediatamente a la enfermería'. Me llevaron. Allá me pusieron unos puntos en el cuello y le pedí al doctor que por favor me diera agua. Me dijo: 'Lo siento mucho, pero agua no te puedo dar más que un poquitito; si te doy mucha te morís altiro'. Me dio un poquito de agua, medio vaso. Después que me curaron, me llevaron a...<sup>3</sup>, y ahí me tuvieron con la vista vendada, junto a un grupo grande de detenidos. Yo tenía el brazo en el que había tratado de cortarme las venas inmensamente infectado y cuando el doctor me curó, no me acordé de decirle que tenía un brazo herido, y tenía el brazo bastante descompuesto. Un militar llamó a un enfermero y me llevaron al pueblo, a una posta; ahí me curaron y me pusieron puntos...

"De vuelta en el regimiento, me dijeron: 'Llegó un informe de tu

pueblo y ahora sabemos lo que tú hacías allá; aquí, carabineros informa que en las huelgas que hacían, botaban postes eléctricos, cortaban el teléfono, hacían barricadas en los caminos; y lo que es más grave, lo que te va a costar la vida, es que una vez hiciste dar vuelta una ambulancia donde iba una señora a mejorarse de guaguüita, y la señora la perdió y ustedes se quedaron riendo, parados en su sindicato'. De nada me valió decirles que era completamente falso".

La noche del 25 al 26 de septiembre, alrededor de las 01:00 horas, Atilio González y otras dos personas más fueron llamadas:

"...Uno era un muchachito que no tendría más de 16 años y que se llevaba llorando no más. Estaba detenido porque no quería decir dónde estaba escondido su hermano que, según ellos, pertenecía al MIR. El otro que echaron conmigo era un dirigente, de pelo un poquito rubio, gordito, de apellido Blanco. Era dirigente de una población. A los tres nos echaron a una camioneta, no dijeron que íbamos a ser trasladados. Cuando subimos a la camioneta, nos amarraron a los tres, sentados en unas bancas y amarrados de pies y manos, con un militar al lado (...). Hasta que de repente sentimos que estábamos en una parte donde sonaba un río, sonaba mucha agua (...). De repente hicieron detener el vehículo: '¡Bájense!'. No podíamos bajar amarrados; nos desataron. Bajamos. Entonces se corrió un poco la camioneta y oí que alguien, que estaba detrás de nosotros, dijo: 'Así mismo, de lado no más'. Eso fue lo que escuché que dijo alguien: 'Sí, sí, dispárenle ahí no más'. Y me dieron a mí el primer balazo, y ahí el pobre niño, el muchacho, pegó un grito: '¡Dios mío, nos van a matar!'. Ahí le llegó el balazo a él, porque estaba en el centro y el otro dirigente estaba más allá. A los tres, un balazo a cada uno (...). Caímos enseguida al suelo. Un balazo en el estómago a cada uno, seguramente. En ningún momento perdí el conocimiento. Dijo uno: 'Y estos que saltan tanto, ¡dales un balazo en la cabeza!'. Los otros dos tenían la cabeza cerquita de mí y como yo estaba en el suelo sentí que prácticamente se estremeció la tierra cuando les daban las balas en la cabeza (...). De ahí dijeron: 'Ya, rápidamente carguen, la camioneta'. Como me había tocado el primer balazo, a mí me echaron el primero a la camioneta; enseguida echaron a los otros dos encima: la sangre me dejó prácticamente bañado. Lo único bueno —que Dios me

perdone por lo que digo—, pero la sangre de esos compañeros me dejó calentito un buen rato ahí, me bañaba con la sangre de ellos. Anduvimos un poco y dijeron: 'Aquí los tiramos'. Alguien dijo: 'Aquí no, mi sargento; aquí no hay agua. Va seco este canal'. 'Entonces, tírelos allá en el río'. Alguien andaba con un silbín [linterna] alumbrando, una luz potente. Y dijo: 'Aquí no, mi sargento; no ve que mañana amanece botada aquí mismo la inmundicia'. Alumbró y dijo: 'Un poquito más acá está el agua'. Retrocedió la camioneta y ahí sacaron a los otros dos y los tiraron. Yo sentí perfectamente el golpe en el agua; cayeron los dos y en seguida me tomaron a mí. Al sacarme de la camioneta, en un fierro que tiene atrás la puerta se me cortaron las dos ojotas, quedé a pie pelado, y me lanzaron al agua (...). Tope con unas piedras en el agua y me puse de pie, porque no estaba muy honda. Me saqué la venda inmediatamente y me di cuenta que estaba debajo de un puente. En ese momento sentí cuando la camioneta aceleró y se fue. Yo me corrí debajito del puente, con cuidadito, y salí; era una especie de poza. No traía gran correntada el río, [pero] suficiente para arrastrar a una persona muerta. Me metí debajo del puente; estuve un buen rato debajo del puente mirando y me di cuenta dónde estaba. Entonces pensé que debía cortar hacia el poniente, porque por ahí podía llegar a mi casa. Bueno, como estaba en ese tremendo 'tete' [brete] que me acababa de pasar, en vez de tomar la corriente del agua por donde yo quería ir, hacia abajo, me fui todo lo contrario: corté hacia arriba. Sentía que ya me iba a morir, porque sentía un enorme dolor en el cerebro y un frío tan grande que me estaba congelando. Entonces me acordé que cuando uno se está congelando y se detiene, más bien se muere. Seguí andando rápidamente por las piedras filudas, a pie pelado. Llegué a una parte donde había una especie de dunas de arena y ahí empecé a cavar un hoyo con las manos. La arena estaba tibiecita y me enterré, lo más que pude, tapado con arena; me dormí inmediatamente, tranquilito (...).

"Desperté cuando estaba de día. Estaba en una parte muy descubierta, no había dónde esconderse. Entonces me acerqué al murallón que tiene el río y me metí entre los pastos, que no eran muy grandes. Corté mucho pasto de hinojo y me fui tapando. Me dormí nuevamente. Como a las diez me desperté, cuando sentí que alguien estaba hablando cerquita. Eran tres

pobladores de una población cercana. Entonces les dije: 'Oigan, por favor, no digan nada, miren que estoy en muy mala situación'. Uno me dijo: 'No tenga cuidado, amigo, escóndase no más'. Ahí estuve todo el día. Andaban helicópteros. Por el otro lado del río se veían los camiones con militares. Yo seguía escondido en el pasto. En la tarde, como a las seis, pasaron otras cuatro personas, al ladito mío, a cuatro metros. También eran de la población. Felizmente, ninguno me denunció (...). Me acuerdo que estaba oscureciendo cuando poquito más arriba del puente llegó un camión con militares; se bajaron y cortaron corriendo justo para el murallón donde estaba yo. En la noche, cuando se oscureció bien, empecé a salir de debajo del pasto, con cuidadito, a destaparme y moverme. Yo pensaba que en cuanto me moviera un poco me iban a dar un balazo, porque debían estar esperando por ahí. Salí y caminé hasta la orilla del río. Me ubiqué bien y seguí caminando por la orilla de la corriente del agua. Iba llegando al puente cuando pasó un tren que alumbró todo. Yo tenía miedo de pasar el puente; pensaba que iban a haber militares cuidándolo y que ahí me iban a acribillar a balazos. Pero de alguna forma tenía que pasar. Pasó el tren y se vio que no había nadie. Crucé despacito por ese puente, por esos tres puentes que hay ahí y seguí hacia abajo. Caminé, alcancé a llegar como a dos metros de una casa de madera que había a la orilla del río.

"Me metí a unos potreros y ahí me sentí bien, porque había un pasto grande (...). El día 27 lo pasé en el potrero; el día 28 caminé por la línea del ferrocarril. A las doce pasé un pueblo; no había nadie por ahí, ni carabineros ni militares. El día 29 recién llegué a mi casa, a las ocho de la noche. Estaban todos mis hijos reunidos en una pieza, con mi señora. Cuando llegué, empecé a silbarles despacito por una puerta. Salió, parece, mi hijo mayor y se volvió corriendo a contar: 'Mamá, viene mi papá'. Salió mi señora terriblemente asustada. Me decía: 'Ahora sí van a venir a buscarlo aquí, nos van a matar a todos'. Le expliqué que no tuviera cuidado, que en primer lugar si tenía algo con que curarme las heridas. Me saqué toda la ropa, que iba completamente cubierta de sangre, y la quemaron (...). Hacía poquitos días que una niñita mía se había caído, y se hizo una herida en la cabeza. La tuvieron que llevar al hospital y ahí le dieron antisépticos para curarse, polvitos y vendas. Me curaron y le expliqué a

mi señora que si nadie me veía, si nadie sabía que estaba ahí, no habría ningún peligro (...). Le conté que me habían fusilado, que me habían tirado por un puente, y que por milagro de Dios y de la Virgencita estaba vivo. Pero que esto dependía de que nadie supiera. Entonces acordamos que a los niños más grandes les íbamos a contar. Y les conté que me iba a vivir un tiempo escondido por ahí, bajo los zarzales; en las manchas de zarzamoras, me iba a meter debajo y en la noche, si podía, iba a buscar comida. Si no, tenían que mandar a dejármela. Pero nadie tenía que saber”.

\*

A poco más de medio millar de kilómetros al sur del pueblo de Atilio González, la jornada del 11 de septiembre acarrearía un desenlace similar para algunos vecinos de las localidades de Laja y San Rosendo.

Tras la violencia en el campo estuvo, casi siempre, el revanchismo de algún propietario de tierras perjudicado por la Reforma Agraria iniciada en tiempos de Frei y que bajo Allende se profundizó, sumada a la erupción de ancestrales odiosidades incubadas durante las décadas en que se prolongó el régimen de inquilinaje<sup>4</sup> del campo chileno.

Las detenciones comenzaron el 13 de septiembre.

Heraldo del Carmen Muñoz era un obrero gásfiter, contratista en la única gran empresa que daba vida a la pequeña localidad de Laja: la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones. Tenía 28 años y cinco hijos, pero no había llegado más que al 5º año de la Enseñanza Básica. Era un buen esposo y un buen padre. Lo arrestó ese día, a la salida de su trabajo, una patrulla de Carabineros que se movilizaba en un jeep del Ejército, comandada por el sargento Pedro Rodríguez Ceballos. Hubo testigos. Alguien fue hasta su casa, le contó a su mujer, y ella fue a comprobarlo:

“... Yo llegué hasta la comisaría y ahí pude comprobar que era verdad y [que] estaba allá. Incluso no me dejaron entrar, me trataron mal y no me dejaron verlo ese día”<sup>5</sup>.

Otros hombres fueron detenidos también el jueves 13 de septiembre: Jack Eduardo Gutiérrez Rodríguez, 45 años, casado, obrero contratista de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones y Raúl Urra Parada, 23 años, casado, también obrero de esa compañía.

En ambos casos, los aprehensores habían sido carabineros de la dotación de la Tenencia de Laja, al mando del sargento Pedro Rodríguez Ceballos.

¿Las razones?

Se suponen: ser dirigentes sindicales o políticos. Personas anónimas, identificadas por los familiares de las víctimas como "Roman" y "Juan Burgos"<sup>6</sup>, delataron a varios de los detenidos; a otros se los conminó a presentarse a las autoridades militares o policiales a través de bandos emitidos por la radio.

— Por un lado —explicaría el párroco de Laja, sacerdote Félix Eicher Bongartz—, el elemento político y, por otro, numerosas personas que, por tener alguna relevancia, creían estar incluidos en las listas del Plan Z y exigían actuación<sup>7</sup>.

Alfonso Segundo Macaya Barrales, un comerciante de 32 años, residente en Laja, fue otra de sus víctimas. A través de un bando difundido por una emisora de radio local, Macaya estaba siendo reclamado para que se presentase a las autoridades. Tenía miedo y recelos. El padre Eicher consiguió convencerlo y el jueves 13 de septiembre lo acompañó hasta la tenencia del pueblo. Allí quedó detenido. El viernes 14, sin embargo, se le puso en libertad:

"[El sargento] Rodríguez lo fue a dejar a la casa de la suegra..."<sup>8</sup>. Los carabineros "comían en mi casa; mi madre hasta bebida les preparaba para los resfriados..."<sup>9</sup>.

Macaya no quiso huir; no tenía ningún delito pendiente. El sábado 15, el sargento Rodríguez volvió:

"Lo fue a buscar para una declaración..."

Ese mismo día 15, el padre Eicher acompañó hasta la Tenencia de Laja a José Andrés Lamana Abarzúa, un obrero de 27 años que trabajaba en la Compañía Manufacturera de Papeles, donde, además, era director del sindicato industrial. El sacerdote convenció a otros hombres buscados para que se presentasen:

"... Luis Sáez Espinoza, dirigente sindical de la Papelera, no quería entregarse. Finalmente lo hizo, acompañado por mí, para salvar a otro detenido, padre de familia"<sup>10</sup>.

El sacerdote estaba desde 1961 en la zona, de modo que conocía a todos los habitantes del pueblo y ellos confiaban en él. Al padre Eicher, los carabineros de Laja le dieron garantías respecto de la seguridad de las personas que él acompañaba a entregarse.

Algunas de las detenciones las había practicado el propio teniente Alberto Fernández Mitchel, el oficial a cargo del cuartel de Carabineros de Laja.

“Cuando yo los vi estaban bien. Incluso el suboficial Garcés me dijo: ‘Padre, están bajo la protección de la Ley’. Y como ya a otros muchachos yo les había acompañado donde ellos, pregunté: ‘Bueno, y qué pasa con ellos si los traigo’... Yo había acompañado a varios y los habían dejado ir a sus casas. Esto animó a los otros y yo los acompañé pensando que también iban a ser bien tratados”<sup>11</sup>.

Pero el padre Eicher se equivocó.

Entre el 13 y el 16 de septiembre, trece personas de Laja y seis de la vecina localidad de San Rosendo fueron arrestados en circunstancias similares: en sus domicilios o en sus lugares de trabajo, por piquetes de carabineros acompañados siempre por el teniente Fernández Mitchel o por el sargento Rodríguez Ceballos<sup>12</sup>.

Así fueron detenidos también Juan Antonio Acuña Concha, de 33 años, y Luis Alberto del Carmen Araneda, de 43, ambos maquinistas de Ferrocarriles del Estado; Rubén Antonio Campos López, de 39 años, y Oscar Omar Sanhueza Contreras, de 23, los dos profesores de Enseñanza Básica, uno como director de la Escuela Consolidada y regidor de la Municipalidad de Laja y, el otro, como director de la Escuela 45 de San Rosendo; Dagoberto Garfias Gatica, de 23 años, Fernando Grandón Gálvez, de 34, Raúl Urrua Parada, de 23, Juan Villarroel Espinoza, de 33 y Wilson Muñoz Rodríguez, de 26, todos ellos trabajadores de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones; Luis Armando Ulloa Valenzuela, de 51, obrero de barraca; Mario Jara Jara, de 21 años, ayudante mueblista; Federico Riquelme Concha, de 38, dirigente sindical de la Empresa de Transportes Cóndor; los estudiantes Manuel Mario Becerra Avello, detenido el 13 de septiembre en la estación de Laja cuando subía al tren con destino a Curacautín, localidad en cuya Escuela Industrial estudiaba, y Juan

Carlos Jara Herrera, de 16 años, arrestado frente a su domicilio por una patrulla de carabineros, que había recibido una denuncia por una riña de muchachos. Finalmente, Jorge Lautaro Zorrilla Rubio, de 25 años, quien se hallaba de visita en Chile, puesto que trabajaba en Argentina, y que se presentó voluntariamente a la Tenencia de San Rosendo al saber que algunos carabineros habían allanado, en su búsqueda, la casa de su hermana.

Todos los detenidos fueron visitados en la cárcel de Laja por sus familiares entre el 13 y 17 de septiembre:

"Mi nombre es Berta Graciela Sandoval y el nombre de mi esposo es Luis Ulloa Valenzuela (...). Vine a saber que él participaba en la política y era dirigente (cuando lo detuvieron). Antes no lo sabía. El actuaba en forma particular. Salía, llegaba, solucionaba problemas y yo no sabía; estaba inconsciente de eso. (...) [Su] detención realmente me perjudicó bastante, porque yo estaba enferma de una niñita que tenía diez días. Estuve como quince días sin poder moverme en la cama. El había ido a Concepción a hacer una diligencia, y cuando llegó supe que las diligencias que andaba haciendo eran para arreglarle una asignación a una sobrina. Y cuando llegó le dije: 'Mira, Lucho —para mí era harto grande decirle eso, pero yo, como esposa, sentía la responsabilidad de decírselo—: andan buscando a los dirigentes y yo no sé a qué perteneces tú'. Entonces me dijo: 'Yo sé todo, porque he ido a Concepción y estuve en una parte donde supe todo lo que andan haciendo. Si no fuera pecado, me iría a entregar hoy mismo, esta tarde, pero como tengo que arreglar algo y decirte cómo lo vas a hacer tú, mejor me voy mañana. Ahora me voy al trabajo y ahí Dios determinará'. Me dijo que tuviera cuidado. Llamó a Jaime —mi hijo menor— y le dijo que, en caso de que lo llevaran detenido, él quería hablarle antes que se lo llevaran. Y como mi hijo trabajaba con él, se fueron los dos a trabajar. A las nueve de la mañana llegó Jaime llorando. Traía la ropa que él se sacaba, porque se ponía otra en el trabajo, diciendo que se habían llevado a su papá, que él no lo había visto salir. Entonces me dijo: 'A mí me mandaron y yo vi sacar a mi papá, pero los amigos me dijeron que lo habían sacado y con la misma ropa, y que le habían tijereteado el terno, que lo había puesto con la metralleta aquí y que lo habían maltratado, que le habían pegado'. De ahí lo llevaron a la tenencia. Entonces Carmen

—mi hija— me dijo: ‘Mamá, voy a ir a llevarle ropa, porque con ropa de trabajo mi padre no puede estar, no puede quedar así’. Me abrió el ánimo, porque yo no me podía en la cama. Entonces mi hija fue a la tenencia, llevó la ropa, y cuando llegó allá habló con el carabinero y les dijo que, por favor, le dieran permiso para entregarle ropa a su padre, porque lo habían llevado detenido...

— “Y, ¿quién es tu padre?, le dijeron.

— “Luis Armando Ulloa.

— “¿Y está detenido?

— “Sí, lo trajeron aquí, recién, porque estaba donde don Augusto Burgos, en la barraca, y del trabajo lo trajeron para acá.

“... Lo ubicaron y se cambió ropa. Y él le dijo que no se apenara, porque sabía que Dios determinaría, pero que tuviera cuidado conmigo. Así es que nosotros lo estuvimos visitando todo ese día, el día 17. El 17 en la tarde, dijo: ‘Mañana, como es 18<sup>13</sup>, quiero que me traigan el desayuno. Y que me hagan empanadas para el almuerzo’”<sup>14</sup>.

Los familiares de los primeros detenidos, el jueves 13, llevaban ya cuatro días visitándolos en la Tenencia de Laja, cuando se presentaron a verlos nuevamente en la mañana del martes 18. Los calabozos estaban limpios y vacíos:

“Pregunté a un carabinero, después supe que su nombre era Montoya. Me dijo que lo habían llevado a Los Angeles, junto a todos. Le pregunté: ‘¿En qué parte lo van a entregar en Los Angeles?’. Me respondió que era en el regimiento...”

La reconstrucción de los hechos ha topado desde entonces con la negativa sistemática de los carabineros a reconocer las detenciones, a pesar de testimonios como los del padre Eicher, quien hizo constar el arresto de varios de los 19 vecinos de Laja y San Rosendo, porque él mismo los acompañó a presentarse a la tenencia.

El primer dato lo aportó Alonso Hernández Arena, un comerciante de Laja que había sido arrestado y luego separado del grupo el lunes 17, cuando se lo trasladó hasta la cárcel de la ciudad de Los Angeles:

“Allí—diría en 1979 ante el juez nombrado para investigar el caso— el día 18 en la tarde, un gendarme me cuenta: ‘Amigo, la escapadita que

se echó. Se salvó de morir igual que sus compañeros. Los mataron esta mañana cuando los traían a Los Angeles'. Yo temblé de miedo y pensé que me iba a pasar lo mismo. Pensé en Dios y aquí estoy"<sup>15</sup>.

Hernández se había salvado, pero no así el resto del grupo que la noche de aquel lunes 17 fue sacado de los calabozos de la Tenencia de Laja, cada uno encapuchado y con los brazos atados con alambre a la espalda; luego los subieron a un microbús, que era propiedad de un tal Castillo, funcionario de la empresa Papelera<sup>16</sup>.

"También están los antecedentes de la llegada de ese microbús hasta el Puente Perales —declaró Ximena Lamana—, porque allí vive una señora, la que vivió momentos angustiosos cuando vio al personal uniformado e identificó a un sargento de apellido Rodríguez (...). Ese sargento, con una metralleta daba vueltas como enloquecido, dice la señora, y de pronto se sintieron disparos, muchos, y como la habían amenazado para que no saliera ni mirara, ni contara a nadie, no supo más hasta el día siguiente..."<sup>17</sup>.

El lugar del fusilamiento masivo correspondía al fundo Santa Elena, un predio agrícola al norte del puente de Los Perales, en el camino de Laja a Los Angeles, cuya propiedad algunas fuentes adjudicaron a la empresa Papelera.

Mientras tanto, el mismo martes 18 los familiares de los ajusticiados iniciaban el angustioso itinerario de la búsqueda por regimientos, cuarteles policiales y centros hospitalarios de la zona.

Unas tres semanas después, en octubre de 1973, perros vagabundos desenterraron algunos cuerpos. El joven agricultor René Escobar, que ese mismo día ayudaba a los bomberos a combatir un incendio forestal muy cerca del punto del enterramiento, denunció entonces la existencia de cadáveres sepultados en el predio<sup>18</sup>. Con una orden emanada del mayor Héctor Rivera Rojas, a cargo en ese tiempo de la comisaría de la localidad de Yumbel, se procedió a desenterrar los cadáveres y trasladarlos<sup>19</sup>.

"El traslado se hizo en horas del toque de queda, en un camión; sin embargo, a pesar de lo subrepticio del hecho, algunas personas se enteraron: una mujer pidió que se la llevaran en el camión y al sentir el fuerte

olor preguntó qué llevaban, a lo cual [los conductores] contestaron la verdad”<sup>20</sup>.

El único recurso de amparo por los, hasta entonces, 19 desaparecidos de Laja y San Rosendo se interpuso el 22 de noviembre de 1973 en favor del profesor y regidor socialista Rubén Campos López. La corte ordenó a diversas instituciones que se informase sobre su paradero. La juez de Laja, Corina Mena, acató la orden y notificó lo siguiente:

“El mencionado Campos López se encuentra detenido por ser militante del Partido Socialista, enviado a Los Angeles y (...) no existe constancia de la fecha de su detención”<sup>21</sup>.

Por su parte, el comandante de la II División del Ejército, general Agustín Toro Dávila<sup>22</sup>, expresó:

“Campos López no ha sido privado de libertad por orden emanada de mi persona y, hechas las averiguaciones, se estableció que tampoco fue recibido en la unidad militar de Los Angeles”.

A su vez, el teniente de Carabineros de la Tenencia de Laja, Alberto Fernández Mitchel, informó:

“El dicho Campos López fue detenido en fecha 16 de septiembre del año 1973 por orden de la Junta Militar, enviándosele al regimiento de Los Angeles junto con extremistas”.

Finalmente, el regimiento de Los Angeles, por intermedio de su comandante, comunicó: “Desde el 11 de septiembre a la fecha, la Tenencia de Laja no ha remitido dicho sujeto a la referida guarnición. En consecuencia, cualquier consulta al respecto debe hacerse a la unidad de Carabineros de Laja”.

Pero en la Tenencia de Laja las detenciones no estaban registradas:

“Se procedió a efectuar una minuciosa revisión —informó la juez Corina Mena— de los libros de guardia de esta sub-comisaría correspondientes al año 1973 y, en forma especial, del mes de septiembre del mismo año, habiendo sido su resultado totalmente negativo”.

El recurso de amparo por Campos López se declaró no ha lugar en 1974.

Citado ante los tribunales años más tarde, el teniente Fernández Mitchel, diría al respecto:

"Nos enfrentamos con fuerzas paramilitares (...). El pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973 culminó con un estado de guerra; donde cayeron muchas víctimas. Este país estaba prácticamente dividido en dos bandos y en los dos hubo pérdidas humanas. Los casos de Lonquén y Laja son el resultado del enfrentamiento armado de esa época"<sup>23</sup>.

El teniente Fernández pasó a retiro.

El sargento Pedro Rodríguez Ceballos se incorporó al Servicio de Inteligencia de Carabineros (Sicar).

Cuando en 1979 se celebró una misa por el descanso de las almas de los 19 detenidos de Laja y San Rosendo, el sacerdote José Aldunate escribió:

"Antes de la misa habló nuevamente el padre Félix [Eicher], quien presidía. Denunció lo sucedido como producto de una 'actitud irracional del odio y del revanchismo'. (...) Quedé pensando, mientras concelebraba, que tal vez todo no había sido tan irracional. ¿No habrá operado aquí una implícita y diabólica astucia, la misma que hemos visto operando en tantas otras partes? Estos 19 chilenos sacrificados, ¿no constituyen parte del 'costo social' necesario para que pudiese afianzarse 'el sistema', para que la Papelera de Laja no tuviese en muchos años más problemas, y los ferrocarriles tampoco; para que se pacificara el campo y pudiesen ingresar capitales extranjeros? La política económica actual, que implica cesantía y mínimos ingresos, ¿no es, en el fondo, la aplicación de esta misma lógica asesina?"<sup>24</sup>.

\*

Que no se trataba de una mera revancha pueblerina quedó también en evidencia a raíz de los sucesos acaecidos en octubre de 1973 en la localidad de Mulchén, algunos kilómetros al sur de Los Angeles, la misma zona de los acontecimientos de Laja y San Rosendo.

Esta vez se trató de trece campesinos de los fundos El Carmen Maitenes y Pemehue, expropiados o en trámite de expropiación por la Corporación de Reforma Agraria (Cora) y entregados a la Corporación Nacional Forestal (Conaf) para su forestación<sup>25</sup>.

Al momento de ser expropiado, El Carmen Maitenes era de propiedad

de Eugenia Bussey Puelma, cuyo esposo, Tomás Sarges, administraba el predio junto con Carlos Lehman. A su vez, Pemehue pertenecía a Carlos Webert Koenig; estaba, aparentemente, arrendado a José Echeverría y en él realizaba labores industriales a una empresa maderera de la localidad de Curacautín.

El 5 de octubre, aproximadamente a las 19:00 horas, dos civiles armados interceptaron a los hermanos Florencio y José Liborio Rubilar Gutiérrez, de 28 y 25 años de edad respectivamente, y estuvieron unos quince minutos conversando con ellos.

Se ignora cuál fue el tenor de ese diálogo, pero sí se supo que los dos civiles eran Romualdo Guzmán Saavedra, apodado Mallo —o “Mario” para los campesinos—, un agricultor domiciliado entonces en el 850 de la calle Pantoja, en Mulchén, y Francisco Urrizola Elías, industrial, dueño de una barraca maderera, domiciliado en la calle Unzueta, sin número, de la misma localidad.

Era el sábado 6 de octubre. Se sintió, entonces, un fuerte ruido de galope de caballos. Ellos se asomaron a la puerta de la modesta casa y vieron a un grupo de aproximadamente 30 militares y carabineros de Mulchén, dirigidos por el teniente Jorge Maturana Concha. El grupo iba acompañado por Mallo Guzmán, Urrizola y otros tres civiles, todos armados: Ramón Elías Albella —un industrial maderero domiciliado en la esquina de la Avenida Matta con calle Bekers, en Mulchén—, Aquiles Guzmán Fritz, agricultor, domiciliado en el 409 de la Avenida Matta, y Carlos Lehman, residente en el fundo El Carmen Maitenes, cuya hija María era la mujer de Mallo Guzmán.

El mismo grupo —según antecedentes que se aportan en la querrela criminal interpuesta en 1979 por la presunta desgracia de los hermanos Rubilar Gutiérrez— ya había realizado operaciones similares en la hacienda El Morro, colindante con el fundo El Carmen Maitenes. Allí había procedido a secuestrar a varios campesinos, “ocasionando la muerte de algunos”.

El grupo llegó a la oficina de administración de la Reserva Forestal de Malleco, de la Conaf, donde secuestraron por algunas horas a algunos trabajadores, incluidos los responsables de la oficina: Leonel Morales,

encargado del personal, Adolfo Martínez, pagador, y un funcionario de apellido Márquez. Portaban un documento firmado por el capitán Sergio Maira Tapia<sup>26</sup> que los autorizaba a actuar en el sector y a exigir cooperación y todo tipo de facilidades. También llevaban una lista de nombres de campesinos de la zona. En la oficina de la Conaf, el grupo detuvo al campesino José Guillermo Albornoz González, de 32 años, y con él se dirigió al galope hacia el vecino fundo El Carmen Maitenes para presentarse ante la vivienda de los Rubilar Gutiérrez. Allí detuvieron a dos de los tres hijos de Ladislao Rubilar y Eduvina del Carmen Gutiérrez: José Liborio y Florencio. Al tercero de los hermanos, José Lorenzo, de 33 años, lo detuvieron en su propia vivienda.

El grupo continuó la incursión, arrestando, en sus casas o en el campo, a otros campesinos del mismo fundo: los hermanos Alejandro y Daniel Albornoz González, de 48 años el primero y 28 el segundo; los también hermanos José Nieves, Germán Hernán y Miguel del Carmen Albornoz Acuña, hijos de Alejandro Albornoz y María Dolores Acuña, y a Luis Alberto Godoy Sandoval, de 23 años.

A caballo condujeron a los detenidos hasta las casas de la administración del fundo El Carmen Maitenes, facilitadas por Carlos Lehman para servir de improvisados calabozos. Una vez allí, se los obligó a tenderse boca abajo en el suelo y colocarse las manos en la nuca. Los miembros del grupo comenzaron a caminar, entonces, sobre ellos, enterrándoles las espuelas y golpeándoles con las culatas de sus armas, mientras proferían amenazas e insultos. Momentos después sacaron a los detenidos de las casas de la administración y los hicieron pararse de frente contra el muro. Pudieron oír que las armas eran gatilladas. Pero no mataron a nadie: se trató de simulacros de fusilamiento.

Paralelamente, los domicilios de algunos de los detenidos eran allanados, sin orden judicial, por miembros del grupo de militares y policías. Una de esas casas fue la de José Guillermo Albornoz González, a quien se había arrestado en la oficina de la Conaf. Los allanadores sacaron de la vivienda a su esposa, Albertina del Carmen Yáñez Ortiz, y a sus siete hijos, todos menores de diez años; los encerraron con llave en una pieza y ahí se los mantuvo durante unas dos horas. Albertina Yáñez fue au-

torizada para salir de la pieza y dar de comer a los niños e interrogada sobre la militancia política de José Guillermo Albornoz. Se informaron, en fin, que su marido estaba arrestado y que se abstuviera de hacer cualquier tipo de reclamo.

Solamente cerca de las 19:00 horas de aquel sábado 6 de octubre, los hermanos José Nieves y Germán Hernán Albornoz Acuña fueron liberados por sus captores. Se les conminó a regresar a sus casas sin volver la vista. Llegaron golpeados y temerosos y narraron a su madre, María Dolores Acuña, lo que estaba ocurriendo en las casas de la administración del fundo. La mujer quiso correr hasta las casas patronales. Sus hijos la contuvieron: temían que la asesinaran.

Cerca de las 23:00 horas, los habitantes del fundo El Carmen Maitenes pudieron escuchar dos largas ráfagas de disparos provenientes de las casas patronales y, en seguida, silencio.

Poco después, José Guillermo Albornoz, a quien se presume que previamente se apartó del resto de los detenidos, fue sacado de las casas patronales y subido a un transporte tipo coloso para trasladarlo hasta la oficina de la Conaf en la Reserva Forestal de Malleco. Uno de los mozos de la oficina, Miguel Rubilar González, lo vio en ese sitio y comprobó que mostraba huellas de tortura.

El domingo 7 de octubre, dos funcionarios de la Conaf —Adolfo Martín Sánchez y Juan Leal, guardabosques— se presentaron en la casa de la familia Rubilar Gutiérrez para comunicar que los “detenidos” habían sido llevados a un lugar lejano y que les serían devueltos en un plazo de dos años.

Ese mismo domingo 7, mientras José Guillermo Albornoz se hallaba en la oficina de Conaf, los padres de los Rubilar Gutiérrez vieron pasar algunos uniformados por el puente de Cimbra, que comunica el fundo El Carmen Maitenes con aquella dependencia de la Corporación Nacional Forestal. Allí, los individuos pidieron, en presencia de Miguel Rubilar González, tío de tres de los detenidos, algunas palas y se devolvieron por el mismo puente hacia el fundo. No lejos de las casas patronales, entre un estero y una alambrada, cavaron una fosa y procedieron a dar sepultura a siete cadáveres.

A partir de entonces, ese sitio fue un lugar prohibido, permanentemente vigilado y bajo amenaza de muerte para quien se acercara. El miedo caló tan hondo en los campesinos de la zona, que jamás ninguno se aproximó al punto.

Mientras tanto, un grupo de sujetos, acompañados por el capataz del fundo Pemehue, Carlos Martínez, apodado "Barbita", fue a buscar a José Guillermo Albornoza a la oficina de Conaf, lo sacaron de allí, lo subieron en el vehículo coloso y partieron con él rumbo al fundo Pemehue. Sin embargo, en un puente sobre el río Renaico, que da acceso desde el camino al fundo, fue lanzado al agua e inmediatamente acribillado a balazos. Alguien, una tal "señora Lucy", pudo ver toda esa secuencia; pero el cuerpo de José Guillermo Albornoza no se encontró nunca.

Ese mismo domingo 7, el grupo de uniformados y civiles se internó en el fundo Pemehue para detener, en sus casas, a los campesinos Alberto y Felidor Albornoza González, hermanos de José Guillermo; Juan de Dios Roa Riquelme, Fernando Gutiérrez y Gerónimo Humberto Sandoval Medina. A Sandoval lo obligaron a trotar delante de ellos, atemorizándolo con aplastarlo con las patas de sus caballos. Su madre intentó seguirlos, pero hubo de volver sobre sus pasos cuando fue amenazada por un militar con su arma.

Todas las familias fueron amenazadas y conminadas a permanecer en sus viviendas durante esos días; la de Gerónimo Sandoval se abasteció de agua, como siempre, en un arroyo cercano, sólo que, ante la advertencia de que la casa sería permanentemente vigilada, iban a buscarla en cuclillas y sin levantar la cabeza para evitar ser vistos desde los alrededores.

Los cinco "detenidos" fueron trasladados a las casas patronales del fundo Pemehue, donde se los torturó.

Posteriormente los llevaron hacia el río Renaico.

El parcelero Juan Angel Segura pudo ver a los uniformados cuando se dirigían, por la ribera del río, hacia el este. Los sujetos lo vieron también y lo obligaron a retirarse. Aun así, escuchó entonces una fuerte descarga de fusilería. Instantes después, Segura vio regresar a los uniformados, pero sin los "detenidos".

El grupo secuestrador permaneció tres días en el fundo Pemehue.

Transcurrido ese lapso, las familias campesinas se atrevieron a salir de sus casas para comenzar la búsqueda: María Carrasco Rosales —cónyuge de Alberto Albornoz—, una mujer de nombre Gloria —cónyuge de Fernando Gutiérrez—, María Medina Bustamante y la esposa e hijos de Gerónimo Sandoval, todos ellos se lanzaron a rastrear los parajes del fundo. Caminaban por el interior de un bosque cuando se toparon con el parcelero Segura, que seguía la pista de una oveja extraviada por la orilla del río Renaico. El les dijo que sus perros habían encontrado el lugar donde se hallaban los cadáveres, y les indicó un sitio en la ribera del río. Se encaminaron hacia allá. No tuvieron necesidad de buscar mucho: encontraron en seguida los cadáveres de Gerónimo Sandoval, Alberto y Felidor Albornoz, y Fernando Gutiérrez. Estaban semitapados con algunas pesadas piedras que habían hecho rodar sobre ellos. Presentaban visibles huellas de torturas y numerosos impactos de balas. Perros y roedores habían mutilado y desgarrado los cuerpos entre el domingo 7 y el miércoles 10 de octubre.

Los familiares cavaron, entonces, una fosa de aproximadamente un metro de profundidad y allí colocaron los cuatro cadáveres. Luego los taparon con tierra y marcaron el lugar con piedras y un tronco.

Un poco más hacia el interior del bosque se hallaron restos de Juan de Dios Roa: la parte inferior de su cuerpo y un trozo superior de la columna vertebral. Lo demás no se encontró, posiblemente hurtado por animales merodeadores. Pero, a pesar de ello, la identificación era plena: los jirones de ropas correspondían a las suyas y a pocos metros María Medina recogió su cédula de identidad.

Con el cadáver de Roa procedieron igual que con los anteriores: lo sepultaron. Uno de los hijos del campesino hizo una cerca de madera que, junto con señalar el lugar, serviría para que los animales no desenterraran el cadáver.

Cinco años y medio después, el 12 de abril de 1979, María Medina vio pasar, en dirección al interior del fundo Pemehue, a dos vehículos con varios individuos no identificados: una camioneta pick up, de color claro, y un station de carrocería alta. Calculó que eran las 05:30 horas.

Por su parte, el parcelero Juan Angel Segura vio a esos mismos vehícu-

los estacionados en las cercanías del puente de acceso a las casas patronales del fundo Pemehue, a través del río Renaico. Estaban custodiados por tres sujetos a quienes identificó como carabineros.

La señora María Medina vio regresar a los vehículos alrededor de las 10:30 horas. La camioneta llevaba el espacio trasero, destinado a carga, cubierto con palas y ramas.

En la mañana del 16 de abril, la señora Medina se dirigió, como lo hacía periódicamente a visitar la tumba colectiva, pero encontró la tierra removida, las piedras habían sido posiblemente arrojadas al río y el tronco colocado como señal estaba destrozado y sus restos mezclados con la tierra removida. Los árboles de los alrededores, que habían recibido numerosos impactos de bala, estaban parcialmente rotos.

Una acción similar se produjo en el sitio donde se supone que se hallaba el enterramiento colectivo de las siete víctimas del fundo El Carmen Maitenes. De hecho, a fines de abril o principios de mayo de 1979, tres sujetos que se identificaron como detectives de Investigaciones de la cercana ciudad de Angol, se presentaron en la vivienda de María Dolores Acuña Mendel —cónyuge de Alejandro Albornoz González y madre de Miguel del Carmen Albornoz Acuña— y le solicitaron que consiguiera algunos hombres para que les ayudara a excavar en aquel punto. María Dolores Acuña los hizo acompañar de sus propios hijos mientras cumplía el encargo. Cuando llegó con ayuda, los sujetos ya habían terminado de excavar y se habían marchado, llevándose sólo unos pocos huesos.

Es obvio que se trató de exhumaciones clandestinas.

Pero, ¿por qué, después de cinco años y medio?

Puede aventurarse una respuesta: a fines de 1978 se dio a conocer en Santiago el hallazgo del enterramiento clandestino de Lonquén. Simplemente, los exhumadores no deseaban que un descubrimiento similar se realizase en los fundos El Carmen Maitenes y Pemehue.

En julio de 1979, y precisamente al amparo de aquel revuelo, los familiares de los detenidos de Laja y San Rosendo presentaron querellas ante los tribunales, para que se iniciasen las pesquisas tendientes a dar con el paradero de los suyos.

La “diabólica astucia” para establecer un determinado sistema político y económico, descrita por el sacerdote José Aldunate, se reprodujo también a unos 600 kilómetros al sur de Mulchén. Se trató, pues, de un auténtico *método*, una forma de operar.

Al 11 de septiembre de 1973, Blanca Valderas era regidora de la comuna de Entre Lagos (y ex alcaldesa) y —junto a Joel Fierro—miembro del Partido Socialista. Seis días más tarde, alrededor de las 17:00 horas, ambos fueron detenidos en sus casas por carabineros del retén de Entre Lagos. Movilizándose en un furgón verde perteneciente al Servicio Agrícola y Ganadero (SAG), los uniformados —al mando del sargento Oyarzún y del cabo Rojas— introdujeron a la pareja en el furgón, donde ya se encontraban otros dirigentes municipales y campesinos de la zona, todos miembros del PS. Al llegar al retén, Blanca Valderas fue separada del grupo de hombres:

“A eso de la una de la madrugada del día 18 de septiembre, o sea, aproximadamente ocho horas después de haber sido detenida, me fueron a sacar del calabozo y lo propio hicieron con los otros detenidos. Al salir, vi que, atracado a la puerta del retén, había un vehículo en posición de retroceso, tipo furgón, negro, con sus puertas abiertas, y haciendo calle<sup>27</sup> estaban unos diez individuos, con metralleta en mano, todos vestidos de negro o azul oscuro, cubiertos sus rostros con una máscara de Barnabás<sup>28</sup>. Nos metieron a todos en el furgón<sup>29</sup> por la puerta trasera. Pude observar que a mis compañeros los llevaban con las manos atadas a la espalda. Hago presente a US. que un suboficial de apellido Arriagada se encontraba a cargo del recinto policial y fue él quién nos entregó a los civiles enmascarados.

“Nuestros nuevos celadores nos condujeron hasta el puente colgante que cruza el río Pilmaiquén. El vehículo atravesó el puente y se detuvo en el patio de una casa grande de un ‘rico’ que vivía allí y que está a la orilla del río Pilmaiquén, pero casi al instante el furgón retrocedió, deteniéndose a la entrada norte del puente colgante. Allí nos hicieron bajar. A mí me dieron un culatazo con la metralleta, el que me hizo caer al suelo, pero me hicieron levantar con el arma y me obligaron a entrar al puente colgante. Como a unos cinco o seis metros de la entrada, me obligaron a arrodia-

llarme al borde del puente, haciéndome doblar la espalda para quedar mirando las aguas del río. Lo mismo vi que hicieron con los hombres, a los que colgaron, después de mí, más al interior del puente. Ellos aún llevaban sus manos atadas a la espalda.

"Detrás de cada uno se colocó, de pie, un enmascarado con metralleta. El que me correspondió a mí sentí que gatilló dos veces su arma o por lo menos sentí que la movía y accionaba, con el afán de dispararla sobre mi cabeza, pero las balas no salieron. Enfurecido, el hombre me pateó y con la misma metralleta me empujó para hacerme caer al río. Yo grité, desesperada, mientras caía y, cuando me hundí en las aguas sentí disparos que pudieron haber sido en contra mía o contra los otros detenidos. Como sabía nadar, me dejé arrastrar por las aguas, pasando bajo el puente de la Panamericana. Cuando creí estar lejos del lugar de los hechos, salí a tierra firme, al lado sur del río, en donde hay un bosque de pinos.

"Fue así como llegué a la casa de unos campesinos del lugar. Para que no se asustaran les dije que mi marido me había pegado. Sin embargo, al día siguiente por la mañana el campesino comentó que el 'rico' de la casa junto al río se reía recordando 'como gritaba la alcaldesa' cuando la arrojaron al río. En vista de ello les relaté lo que, en realidad, me había ocurrido y les solicité ayuda para que avisaran a mi madre, en la ciudad de Osorno. Así lo hicieron y me trasladé con ella a casa de una sobrina mía en esa ciudad. Luego me trasladé a Valdivia y, de allí, a Santiago".

\*

Las historias de Isla de Maipo, de Atilio González, de los vecinos de Laja y San Rosendo, de los campesinos de Mulchén y de Blanca Valderas se habían repetido también en Paine alrededor del 10 de octubre. Ese día, el sargento Reyes fue con un destacamento policial al asentamiento 24 de Abril; se acercó hasta la casa de Laureano Quiroz, haciendo notar su presencia aún antes de golpear. Ercilia del Carmen Velázquez se allegó, entonces, a su marido y le dijo:

—Laureano, es el sargento Reyes que viene a pedirte la bestia.

Le habló con naturalidad, porque el sargento Reyes solía ir donde Laureano Quiroz a pedirle el caballo. Pero el sargento iba a indagar por

Mario Muñoz Peñaloza, porque tenía que detenerlo. Lo encontró esa misma tarde en las casas del asentamiento.

— ... Y a este viejo, ¿también lo llevamos? —preguntó uno de los carabineros del sargento, indicándole a Laureano Quiroz.

— A ése no —respondió Reyes—; déjalo.

Después, cuando Laureano Quiroz fue al pueblo y pasó por la subcomisaría para saber del detenido, Reyes le anunció eso:

— Mira, yo no los voy a ir a buscar. Van a ir los militares de San Bernardo.

A las 00:30 horas del martes 16 de octubre —seis días después— las botas de los hombres resonaron con un chasquido al golpear contra el pavimento. El grupo era numeroso y los hombres llevaban uniformes de combate, la cara tiznada de negro con hollín de corcho quemado, pero sin cascos. Ninguno lucía distintivo de mando. Cruzaron la calle Bernardo O'Higgins y comprobaron el número de la casa: 590. La casa estaba a oscuras y en silencio. Adentro dormían. Un gesto de cabeza del hombre que tenía el mando, y el pelotón saltó la tapia que protegía el antejardín. Rodearon la casa rápidamente y penetraron dando voces.

— ¿Quién es Andrés Pereira?

El hombre que preguntaba parecía no tener más de 25 años. De tez pálida, bigote grueso y relativamente largo, pelo oscuro, dócil, una nariz regular y de aproximadamente 1.60 metros, estaba también con la cara ennegrecida y tocado con una gorra militar.

Andrés Pereira se identificó.

— ¡El carnet! —le dijeron.

Buscó su cédula y la entregó: "Andrés Pereira Salsberg, industrial. Domicilio: Bernardo O'Higgins 590, Paine". No se la devolvieron. Simplemente lo sacaron de la casa sin exhibir credenciales ni orden alguna y lo encaminaron al camión 29. Nadie, ni su mujer ni su hijo, puso resistencia. Hubiera sido inútil. Antes de las 01:30 horas, el camión partió.

A Andrés Pereira jamás volvería a vérselo en Paine.

En el asentamiento 24 de Abril nadie imaginó que la advertencia hecha por Reyes iba a hacerse efectiva —seis días después— el martes 16 de octubre. En algún minuto entre al 02:00 y las 04:00 horas golpearon la

puerta de la casa de Laureano Quiroz. Aún regía el toque de queda. Casi por costumbre los campesinos preguntaron desde el interior quiénes eran:

— ¡Los militares! —les respondieron.

Ercilia encendió las luces del dormitorio, que estaba detrás de la habitación principal de la casa.

— Prenda la luz del comedor— le ordenaron desde fuera.

— Préndala usted —contestó, con un dejo de desafío en el tono.

Los hombres franquearon la entrada y encendieron la luz. Avanzaron hasta el dormitorio. Sus uniformes de combate aparecieron a la vista de los Quiroz. Eran militares y llevaban los rostros pintados. El que tenía el mando, un sujeto más bien rechoncho, se dirigió a Laureano.

— ¿Vos soi Laureano Quiroz?

El campesino afirmó.

— ¡Carnet! —dijo.

Era evidente que no deseaban cometer errores. Laureano Quiroz se lo pasó.

— Ahora vístete... y tranquilo.

El sujeto hablaba enérgicamente, aunque sin insolencias.

— ¿Puedo ir a buscar una coipa (gorro)?

Después que Laureano Quiroz se la calzó, lo sacaron a la intemperie.

— ¿Cuándo me lo traen? —alcanzó a preguntar Ercilia. Había estado muda.

— Mañana —le dijeron—. Y ahora apague la luz.

— ¡Por qué! —exclamó—. ¡Por qué la voy a apagar! Estoy en mi casa.

En 1979, Ercilia del Carmen Velázquez firmó varios folios que puso ante sus ojos el juez de Buin<sup>30</sup>. Era su reconstrucción de los hechos tal como el secretario del juzgado la había recogido a partir de sus palabras. Terminaba con este párrafo:

“Vi a mi esposo caminando por el callejón. También pude ver a Luis Silva, a Jorge Muñoz Peñaloza y a Rosalindo Herrera Muñoz. Siguieron por el callejón, hacia afuera. Después supe que el grupo venía de Paine con algunos prisioneros”.

El secretario había consignado una última frase:

“A mi esposo no lo he vuelto a ver”.

Los instantes vividos en la casa del campesino Laureano Quiroz se reprodujeron en otros doce domicilios del mismo asentamiento. En algún minuto alguien golpeó la puerta de la casa de Ramiro Muñoz Peñaloza —cuyo hermano ya había sido detenido por el sargento Reyes— y encendió la luz del corredor exterior. Desde el interior asomaron los ojos por la ventana y vieron a dos militares jóvenes, de unos 25 años, con el rostro tiznado. Uno de ellos llevaba lentes oscuros y usaba gorra en vez de casco.

Ramiro Muñoz abrió la puerta. La pregunta fue inmediata. Las armas estaban listas.

— ¿Vos te llamai Ramiro Peñaloza?

Respondió afirmativamente.

— ¡Tu carnet! —exigió el militar de los lentes oscuros y el otro se lo pasó.

— ¡Vístete! —le ordenó en seguida.

Muñoz no encontró ninguna palabra. Naturalmente, tenía miedo. Agachó la cabeza y se le cayeron algunas lágrimas. Sintió vergüenza, pero la controló.

— ¡No asustís a tu señora! —se oyó.

— ¿Habría que llevar plata?

— Llévate unos cien pesos —le respondieron.

Ramiro Muñoz dio algunos pasos hacia el dormitorio, se detuvo junto a un ropero, se alzó y tomó de la cubierta superior la suma que le señalaban.

— Pa' que te vengai mañana en la mañana— le dijo el militar.

El detenido no atinaba a encontrar la ropa para vestirse. Mientras, el sujeto de los lentes oscuros revisó y trajinó todo, incluso el mueble aparador y el interior del horno de la cocina.

Ramiro Muñoz estaba nervioso. Los dedos se le enredaban en los ojales de la camisa y las lágrimas le enturbiaban la vista.

— ¡Que se apure! —gritó el sujeto de los lentes oscuros.

El campesino intentó darse prisa y consiguió terminar. Entonces se acercó a Corina López y le puso en el oído una frase final:

— ¡Chao, viejita! —le dijo.

Ramiro Muñoz no pudo despedirse de sus hijos. Los dos militares lo

tomaron de los brazos y lo sacaron. Antes de cruzar el umbral de la puerta, el hombre de los lentes oscuros se giró hacia Corina López y, casi sin detenerse a mirarla, le dejó una recomendación:

— No salga para afuera, señora.

Luego la puerta se cerró. Sin embargo, Corina López no tuvo tiempo siquiera de pensarlo: se acercó a la ventana y miró. Fue todo lo que pudo hacer. Afuera había una oscuridad implacable, pero aun así pudo distinguir la cabina roja de un camión. Sintió los golpes de las puertas al cerrarse y luego el motor. Segundos después, perdió de vista la cabina roja.

Jamás volvería a abrazar a Ramiro Muñoz.

Cuando el último titilar de las luces del camión Ford se extinguieron, las mujeres y los niños del asentamiento 24 de Abril salieron al callejón por donde habían visto irse a los hombres. Una vez en la intemperie, aguantando el frío de la noche, la señora Rebeca —mujer de Patricio Duque Orellana— dijo entre sollozos que no había soportado la recomendación que le dejara la patrulla que estuvo en su casa, y se abalanzó al callejón, pisándoles los talones a los hombres.

— ¿A dónde me lo llevan? —había preguntado. Y los militares respondieron:

— ¡Para Paine, señora!

Sin embargo, las luces del camión rojo dejaron de titilar en el horizonte del camino a Huelquén, exactamente en la dirección contraria a Paine, que sería la última parada del recorrido. Cuando este episodio se difundió, las mujeres del asentamiento 24 de Abril tuvieron el temor de que había ocurrido algo irremediable<sup>31</sup>.

\*

La mujer tocó el timbre y esperó. Era la segunda oportunidad en que iba a San Bernardo por el mismo motivo en las últimas dos semanas: quería que alguien le informara sobre el paradero de René Rosario Maureira Gajardo, desaparecido desde la noche del 15 de octubre de 1973, cuando un destacamento— presumiblemente de militares— se presentó en su casa y lo detuvo. Ella creía tener derecho a que se lo dijeran, porque René Rosario Maureira era su marido y había confiado en que sus captores iban

a devolverlo a su lado el mismo 16, después de “prestar una declaración”. Lo estuvo esperando una semana completa hasta que no resistió más y viajó a San Bernardo para presentarse en la Escuela de Infantería, luego de consultas y gestiones inútiles en la sub-comisaría de Paine.

Después, en 1979, acicateada por el hallazgo de cuerpos en minas de cal abandonadas de Lonquén, Sonia Carreño declararía ante el Juzgado de Letras de Buin que había acudido a ese cuartel militar “puesto que era voz común en la localidad de Paine que los militares que operaban en la región provenían de esa unidad”.

Aquel primer viaje a la Escuela de Infantería —en octubre de 1973— inició la cadena de frustraciones que Sonia Carreño iría tejiendo a medida que se aventuraba en la búsqueda de su marido.

“Allí hablé con un coronel llamado Pedro Montalva Calvo, quien me expresó que ningún personal de la escuela había participado en operativos en Paine ni menos que hubieran llevado hasta allí a mi marido”, declaró la mujer en el juzgado<sup>32</sup>.

Cuando volvió a su casa, decidió redactar una carta “donde refería todo lo ocurrido en la noche del 15 al 16 de octubre de 1973, con el propósito de entregarla al comandante de la escuela para que se informara con más tranquilidad de los hechos”.

Esa mañana había viajado por segunda vez a la Escuela de Infantería. Cuando en el regimiento le informaron que el coronel no estaba en esos momentos, pidió que se le diera la dirección de su casa.

Ahora volvía a tocar el timbre.

La puerta se abrió:

— ¿El coronel Montalva? —dijo.

Frente a ella había otra mujer, algunos años mayor y de buena presencia. Intuyó quién era.

— No está —respondió.

Se sintió decepcionada y ridícula. Todo lo que ella sabía era que a René Maureira lo habían detenido algunos militares. Incluso, que al grupo lo comandaba un teniente:

“Entiendo que lo reconocería, aun si se hubiera afeitado el bigote y sólo dudo que lo identificara si su fisonomía hubiera cambiado extra-

ordinariamente", declaró Sonia Carreño años más tarde.

— El coronel no me negó que el teniente Magaña fuera del regimiento —sollozó.

Y ella estaba segura —lo decía en la carta que deseaba entregarle al coronel —que era el teniente Osvaldo Andrés Magaña quien comandaba el grupo militar, puesto que se había familiarizado con sus rasgos tiempo antes del golpe militar. Hubo una huelga ferroviaria y Magaña vigilaba los tramos de línea en la zona, de modo que pasó en varias ocasiones por Paine al mando de su patrulla.

La madrugada del 16 de octubre de 1973, René Rosario Maureira dormía. Hacía frío. Cuando lo arrestaron, se puso una camisa sobre la chaqueta del pijama y encima se cubrió con un chaquetón de espalda, pechera de cuero y mangas de género. Se colocó una boina y se echó sobre los hombros una manta de lana plumiza. Era de estatura regular, macizo aunque de piernas delgadas, nariz recta de ciertas proporciones, cara ovalada, pelo crespo, ojos grandes café oscuros y carecía de cicatrices. Se quejaba de una dolencia de la columna y se había hecho algunas radiografías<sup>33</sup>.

La noche que se lo llevaron a René Maureira, los militares afirmaron que sólo iba a firmar una declaración:

"Dicha noche reconocí perfectamente al teniente Magaña, pues lucía la misma fisonomía ya descrita pese a que llevaba la cara tiznada de negro".

René Maureira no volvió nunca a su casa.

Sonia Carreño despegó la vista del suelo y la tendió hacia la mujer que tenía ante sus ojos. Hubo un largo silencio. Quizás notó un atisbo de simpatía y prefirió pedirle, rogarle entonces, que hablara con el coronel y se lo dijera por ella. Iba a hablar así, cuando Montalva llegó a su casa. Era alrededor de las 13:00 horas. Sonia Carreño sintió que la situación le dejaba un pequeño margen de ventaja y se anticipó a los gestos de rechazo del coronel:

"... Le entregué la carta —diría—. Al principio él reaccionó con enojo y me manifestó que 'Ya le dije, señora, que su esposo no ha sido detenido por personal de la escuela'; pero al verme llorando y al constatar que su propia esposa tenía los ojos con lágrimas, reaccionó y me manifestó que

volviera a Escuela de Infantería y lo esperara hasta que habláramos nuevamente allí’.

Era algo. Sonia Carreño volvió esa misma tarde al regimiento:

“Me hicieron pasar a una oficina. Allí fui atendida por un comandante de apellido Rojas, según él mismo lo dijo, quien me explicó que el coronel no podía venir y que él me atendería en su nombre”.

Sonia Carreño quiso ahorrarse palabras y le preguntó al teniente coronel Samuel Rojas Pérez si había leído su carta a Montalva:

“Me manifestó que había leído mi carta, que comprendía mi inquietud y que admiraba mi constancia, pero agregó que lamentablemente nada podía informarme, porque el nombre de mi esposo no aparecía en las listas de detenidos por la unidad, como tampoco en la de los muertos”.

Entonces Sonia Carreño casi automáticamente recompuso los hechos. Mencionó y describió con detalles al teniente Osvaldo Andrés Magaña Bau. Subrayó que recordaba los rasgos del teniente y que se había impuesto de su nombre y apellido “porque muchos, especialmente las jovencitas del pueblo, lo comentaban”.

“Cuando mencioné y describí minuciosamente al teniente Magaña, insistiendo en que él comandaba la unidad que había detenido a mi esposo, [Rojas] me propuso llamar al teniente y salió, aparentemente con ese propósito. Regresó al poco rato, diciendo que lamentablemente el teniente ‘andaba en misiones’”.

Sonia Carreño comprendió que no iba a conseguir mucho más. Sin embargo, al fin estaba ante un dato preciso: el teniente Osvaldo Andrés Magaña Bau existía y, aun más, formaba parte de la oficialidad de ese regimiento.

Cuando en 1979 Montalva fue interrogado por el juez de la causa sobre el teniente Magaña, respondió que le “parecía recordar” que su subordinado había estado en comisión de servicio en la región de Arauco para los días anteriores y posteriores al 16 de octubre de 1973. Pero en los interrogatorios hechos por el juez al propio teniente Magaña, éste ni siquiera mencionó la posibilidad de haber sido comisionado a Arauco:

“Dos meses antes del 11 de septiembre de 1973 —declararía Magaña— yo fui destacado a la localidad de Hospital para vigilar una esta-

ción de transformadores eléctricos que allí existen junto a la estación de ferrocarriles, que me parece tiene relación con ese servicio. Sin embargo, no recuerdo si fui destacado allí con motivo de alguna huelga de ferrocarriles. Mi deber era vigilar precisamente esa planta".

El 31 de diciembre de 1973, Sonia Carreño recibió una carta firmada por un tal "Cabo Dano Fernández". El sobre que la contenía llevaba un membrete del Ministerio del Interior en una de sus esquinas. El mensaje era escueto y protocolario: la instaba a presentarse a una de las oficinas de la sede de la Junta Militar, el edificio Diego Portales. La carta añadía el motivo: "Por asunto relacionado con René Rosario Maureira". De nuevo era una esperanza:

"Concurrí a ese edificio, donde fui enviada a una de las oficinas que atendía una señorita cuya fisonomía no recuerdo. Allí expliqué de qué se trataba. Me dijo que esperara al funcionario que me atendería. Nunca llegó".

No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. ¿Para qué convocarla a esa oficina? Se lo dijo a la funcionaria: "Ella consultó un libro y me informó que allí mi esposo aparecía en libertad.

"Aunque no recuerdo la fecha que me indicó, supongo que no se refería a la primera ocasión en que había sido detenido, porque en tal caso yo le había explicado que después fue detenido nuevamente".

Para Sonia Carreño, el rompecabezas se ordenó finalmente en una fecha bastante posterior: noviembre de 1974. Había transcurrido más de un año desde la desaparición de René Maureira, cuando se presentó en su casa un carabinero de la sub-comisaría de Paine...:

"... Y me entregó un sobre cerrado en cuyo interior venía una comunicación firmada por el coronel Montalva, la que en resumen constituía una enumeración de cargos que se hacían a mi esposo".

El coronel diría al respecto:

"Como la señora siempre insistiera, para oficializar en algún sentido el resultado de mis gestiones, le envié la comunicación o carta. En ella consigné los diferentes cargos que según otros servicios consultados existían contra René Maureira Guajardo, cargos que en mi opinión justificaban que se le hubiera detenido dentro de las circunstancias que enton-

ces se vivían. Pero, como ya dije, nunca verifiqué que tal detención hubiese sido practicada por personal de la escuela”.

Los cargos eran haber efectuado “continuas reuniones de reconocidos activistas de la ex UP” en las bodegas del almacén de menestras que René Maureira explotaba; haber sido militante del Partido Socialista; haber sido “activista y uno de los principales de la zona”, teniendo participación en la planificación de “tomas de inmuebles y de predios, como así mismo distribución de mercadería”. Montalva añadía:

“Cabe agregar que se tienen antecedentes como para presumir la recepción de gran cantidad de armamento por parte del señor Maureira, en cuya distribución también habría actuado ‘El Chaulo’ (Rodolfo Moraga)”.

Afirmaba rotundamente que en las “fechas probables” de la detención de René Maureira, Magaña “cumplía comisiones de servicio fuera del Area de los departamentos de San Bernardo y Maipo, por lo que no existen pruebas concluyentes que lo sindicuen como responsable del hecho expuesto”. A pesar de la importancia que esta afirmación tenía para los descargos del teniente, cinco años después —en 1979—, éste no recordaría tales “comisiones de servicio”.

De todos los cargos expuestos contra René Rosario Maureira, Sonia Carreño admitió que “sólo es efectivo el hecho de que hasta antes del 11 facilitaba un local vacío que tenía adjunto a nuestro negocio para que se reunieran militantes del Partido Socialista, aunque el mismo era [únicamente] simpatizante de tales ideas”. El documento firmado por Montalva le había permitido conocer, al menos, las causas de por qué René Rosario Maureira Guajardo fue arrestado en la madrugada del 16 de octubre de 1973, y demostraba que el teniente Magaña estaba mintiéndole a alguien en todo este caso.

Careado en 1979 con Sonia Carreño y sus dos hijos, Magaña declaró: “Conozco al coronel Pedro Montalva Calvo como director que fue de la Escuela de Infantería de San Bernardo, me parece que el año 1974; pero nunca fui informado por él ni ningún otro oficial de que alguien quisiera hablar conmigo en relación a personas desaparecidas y la primera noticia que tuve sobre el particular la recibí del propio magistrado de este juzgado

cuando me interrogó en septiembre del año pasado".

Cuatro años antes, —en noviembre de 1974— Montalva había añadido en su carta a Sonia Carreño una advertencia peculiar:

"En atención a la gravedad de ello y en el caso de seguir con esta presunción [que Magaña comandó la patrulla], el oficial antes señalado seguirá los procedimientos judiciales normales en su contra".

Recordando esa advertencia contenida en un documento firmado por él, Montalva declaró:

"En cuanto a lo expresado en el penúltimo párrafo de la carta mencionada, ello no constituye amenaza, sino la transcripción de lo expresado por el teniente Magaña ante la insistencia de la señora de sindicarlo como el jefe de la patrulla que había detenido a su marido".

En 1979, Montalva o Magaña simplemente mentían<sup>34</sup>.

Las respuestas aún están pendientes.

\*

José Manuel Parada detuvo el motor de su MG rojo, un auto arrendado, frente al 2238 de Santa Mónica. El viaje había terminado. Estaba frente al Comité de Cooperación para la Paz en Chile, que empezaba a acoger los casos de detención y desaparecimiento. Parada reconocía distintas zonas buscando casos:

—... Pero el trabajo no se pudo hacer en un día. Debíamos llegar al sector, convencer a la gente, romper la primera barrera de desconfianza. Así es que tuve que arrendar el auto para otro día y otro y otro. Cuando se terminó de hacer lo de Paine, el comité vio que necesitaba el auto y me quedé. Por un mes. Después fue para siempre, como chofer y arrendador del auto. Fui chofer por un año y medio.

A esa hora, Santa Mónica empezaba a vaciarse.

La carpeta del Caso Paine se iba a abultar con algunos datos más precisos, ciertos detalles que darían, sin duda, más solidez al recurso de amparo que se estaba preparando para presentar ante los tribunales.

Los relatos de las familias de los desaparecidos en aquella madrugada del 16 de octubre de 1973 coincidían en algunos puntos, los suficientes para concluir una fundada sospecha de que esa noche algunos militares

detuvieron —y, después, hicieron desaparecer— a más de veinte personas: el procedimiento de los arrestos, la descripción de los captores, sus modos, sus gestos, sus órdenes, su aspecto. Los nuevos detalles se ingresarían al sistema de recolección de la información que en el comité se había diseñado. Se trataba de una “computadora manual” —una sencilla caja donde se iban acumulando fichas perforadas que podían relacionarse a través de un ingenioso mecanismo de palillos— que funcionaba como memoria del sistema, y un juego de archivadores y carpetas que reemplazaba a los discos de grabación.

\*

También dentro de las iglesias cristianas la onda expansiva del golpe de Estado tuvo consecuencias, no sólo por la represión ejercida contra religiosos, sino porque el régimen que estaba naciendo arremolinó las aguas de las jerarquías, concitando beneplácito y antagonismo.

Para la Iglesia Católica, en concreto, las discrepancias internas se tradujeron en la preocupación explícita por su unidad. La fuerza repentinamente adquirida —gracias al carácter de cruzada antimarxista conferido a los estandartes nacionalistas y cristianos enarbolados por los militares— por los sectores eclesiásticos más conservadores, alentó sus voces dentro del Episcopado católico, mientras la represión eliminaba o imposibilitaba la de los sectores postconciliares.

Los prisioneros políticos recluidos en el Estadio Nacional de Santiago tuvieron una buena muestra de esa realidad ambivalente que agitaba a la Iglesia católica. El periodista Alberto Gamboa lo recuerda así en su libro *Viaje al infierno*:

“En el estadio, en los aciagos días de septiembre de 1973, sólo los curas podían acercarse a la fe. Había muchos curas. Los capellanes que destinaban las autoridades para cuidar el rebaño descarriado y los curas presos que vivían y sufrían en carne propia el cautiverio de los derrotados. Se podría decir sin pecado que, en ese septiembre, en ese octubre, en ese noviembre negro, había curas buenos y curas malos.

“(…) El padre Juan era el capellán más antiguo y, por lo tanto, el que más tiempo permanecía en el estadio. De origen polaco, tenía experiencia

tras la rejas, pues era también capellán del Anexo Cárcel Capuchinos<sup>35</sup>. Bajo de estatura, gordito y mofletudo, tenía unos ojos celestes y burlones. No sé si tomaba en serio su apostolado católico, pero sí estoy seguro, como lo están todos los que permanecieron algún tiempo encerrados en el estadio, que tomaba muy en serio su papel de cancerbero. Sus prédicas, que las hacía camarín por camarín, no tenían nada de piadosas. Se empeñó en convencer a sus ovejas de que el trato durísimo que soportaban era una especie de penitencia por todos los pecados que se habían cometido contra la Patria, que eran absolutamente merecidos y era justo aceptar las condiciones y castigos que se les imponían. Y cuando notó, porque era singularmente astuto, que su poder de convencimiento se había reducido a cero, hizo un fondo común con los chocolates, galletas y cigarrillos que los familiares enviaban a los presos y los repartió todas las mañanas por los camarines. También se equivocó de procedimiento. Los cigarrillos, en lugar de repartirlos uno por uno, los tiraba 'a la chuña'<sup>36</sup>. Se reprodujo en cada camarín una pelea espantosa por recoger los cigarrillos y chocolates desde el suelo. Fueron los propios detenidos los que se dieron cuenta de esa situación degradante. Dos periodistas conversaron con el capellán. (...) No volvió a repetir su gracia, por lo menos en el camarín cinco. Al día siguiente, inició otra ofensiva. Anunció que la misa dominical se haría en un altar improvisado en la tribuna oficial y era obligatorio escucharla. La misa se hizo con gran asistencia de gente uniformada, pero la gente de varios camarines no acató la orden.

"En el camarín siete, todos los presos se quedaron para escuchar, entre esas estrechas paredes, una misa más pobre, pero más auténtica. Seis curas belgas estaban detenidos, acusados de activistas. Trabajaban en poblaciones, en parroquias chiquitas y defendieron a mujeres y niños durante los allanamientos. Lo curioso es que cayeron sólo cinco sacerdotes detenidos. El obispo belga de la congregación acudió a la comisaría para obtener la libertad de sus pastores. Escucharon su reclamo con mucha seriedad. Incluso lo anotaron en un libro. Y, acto seguido, detuvieron al obispo y lo mandaron al estadio. Ellos, medio en francés y medio en castellano, cantaron su misa entre rejas, rodeados con el cariño de otros presos".

Al sacerdote Miguel Woodward le habían advertido varias veces:

— Gringo, a ti te van a “sacar la mugre”<sup>37</sup>; tienes que esconderte.

Por todas partes se lo tenían identificado como del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

— No —solía decir—. Yo soy sacerdote.

Además, cumplía con otras señas de identidad que lo asimilaban a la clase social alta de Valparaíso: su apellido inglés y su educación.

— ... A la semana después [de advertirle] —recuerda uno de sus amigos de entonces, también sacerdote—, ya lo habían tomado preso y se lo llevaron a la Esmeralda<sup>38</sup>. Allí le pusieron corriente y Miguel quedó muy mal.

De la Esmeralda, Woodward salió agónico para ser trasladado al Hospital Naval. Allí recibió la atención del capellán Stanley, ex compañero suyo en el Seminario.

—... Estábamos todos preocupados por el gringo. Entonces alguien fue al Obispado a preguntar qué pasaba con él. Pero en el Obispado dijeron que estaba muy bien, que no había de que preocuparse..., cuando el gringo ya estaba muerto<sup>39</sup>.

Una vez que salió a la luz pública la muerte de Miguel Woodward, un portavoz del Obispado de Valparaíso se contactó con su familia:

— La verdad —les hizo saber— es que Miguel ha muerto. Pero no convendrían que esto se divulgase, porque puede acarrearle una mala imagen al gobierno.

Al padre Alfredo Hudson —también de apellido inglés— lo llevaron igualmente a la Esmeralda, donde estuvo no menos de diez días. Allí recibió un trato vejatorio y duro. Al cabo de ese lapso el vicario general del Arzobispado logró rescatarlo, pero no para redimirlo. Por el contrario, el propio vicario general lo llevó relegado a Chiloé.

Al momento del golpe militar, Emilio Tagle llevaba más de diez años como arzobispo-obispo del puerto de Valparaíso. La diócesis estaba, pues, marcada con su impronta. La Iglesia Católica de Valparaíso era básicamente conservadora y sólo un escaso número de sacerdotes extranjeros —en especial holandeses y catalanes— y chilenos, concebían su ministerio con rasgos progresistas.

A fines de octubre de 1973, no menos de 17 marinos armados cerraron una calle del puerto para detener al sacerdote que vivía en el lugar. Era alrededor de las 02:00 horas cuando los uniformados —con las caras tiznadas— golpearon la puerta de la casa. El sacerdote José Gutiérrez se asomó a la ventana y preguntó a voz en cuello que pasaba. El oficial a cargo, sin distintivos, le respondió que deseaba hablar con él. Después de vestirse, Gutiérrez bajó a la primera planta de la casa y flanqueó la entrada al marino:

— Me dijo que tenían que interrogarme esa noche y que al día siguiente estaría en la casa.

Pero el padre Gutiérrez no regresaría sino hasta cuatro días después. Lo llevaron a la Academia de Guerra Naval y lo encerraron en un cuarto donde permanentemente había unos 40 ó 50 detenidos, entre hombres y mujeres.

— Pregunté varias veces cuándo me iban a interrogar, pero me decían "hay una persona que lo va a interrogar, que no ha venido; usted necesita un interrogador especial que no ha llegado todavía".

El turno del padre Gutiérrez se cumplió. Un infante de marina entró al cuarto a buscarlo:

— En el momento en que me iba a vendar los ojos, vi que llevaba una tableta con los nombres de los presos que llamaban al interrogatorio. Al lado de mi nombre estaba el del vicario general Jorge Bosaña y el de un oficial de marina al que yo conocía.

Ya vendado, el padre Gutiérrez fue conducido a una sala amplia que estaba dividida con delgados tabiques de madera prensada. En todos ellos se estaba interrogando simultáneamente a otros detenidos y se sentían los gritos a raíz de la aplicación de golpes y corriente eléctrica.

El interrogatorio del padre Gutiérrez —al que asistieron cuatro personas— comenzó con dos preguntas capciosas: la primera, que dónde escondía las armas; la segunda, que si conocía a Guastavino<sup>40</sup>.

— De las armas, yo no tenía idea. A Guastavino lo conocía sólo por la televisión.

El resto del interrogatorio giró en torno a temas eclesiásticos: qué opina del obispo; por qué no celebra misa como los otros sacerdotes; qué

opina del celibato; qué opina de la doctrina social de la Iglesia, etc. Sólo una de las cuatro personas que asistía al interrogatorio hacía las preguntas, mientras las otras tres le sugerían temas o las escribían:

— El oficial que hablaba no tenía mucha cultura y quien escribía las preguntas teológicas no tenía muy buena letra, de modo que en una de las preguntas el oficial me dijo: “¿Qué opina usted de que el marxismo sea intrín... se... ca... mente perverso”?

El padre Gutiérrez le había enviado una carta personal al arzobispo Tagle durante el conflicto que agitó a la Iglesia Católica chilena en 1968 y que produjo, como uno de sus episodios culminantes, la toma de la Catedral Metropolitana de Santiago por parte de un grupo de fieles.

—Era una carta bastante personal, de la cual yo y nadie más tenía la copia.

Sin embargo, el oficial que lo interrogaba le leyó párrafos de dicha carta. Era obvio, entonces, que la Inteligencia Naval había tenido acceso al archivo privado de monseñor Tagle. Gutiérrez contestó las preguntas al respecto en latín. Una de las cuatro personas presentes en su interrogatorio —quizás quien escribía los temas teológicos— soltó una leve risa.

— ... Y yo reconozco esa risa, de todas maneras.

Al rato después de haber regresado a su casa, llegó su hermano:

— Venía de la Academia de Guerra, porque había ido a dejarme algunas cosas. Me comentó: “Oye, fíjate que encontré a Jorge Bosaña que venía saliendo, y le pregunté por ti. Me dijo que tú estabas bien, que no me preocupara”.

Gutiérrez dejó pasar dos o tres días antes de concurrir al Obispado. Se reunió con Tagle —uno de los pocos obispos que negaba la existencia de torturas y manifestaba abiertamente su respaldo al régimen— y le relató su experiencia.

— Me trató muy cariñosamente, pero con firmeza; es decir, no me dio pie a que discutiéramos el asunto. Entonces le dije: “Don Emilio, hay un problema mucho más serio. En 1968 yo le mandé una carta personal y esa carta es conocida por el Servicio de Inteligencia de la Armada, porque me la han echado en cara durante todo el interrogatorio. Quiero saber qué pasó”. “No —me dijo—, no puede ser. Hay un error tuyo”. Le contesté que

tampoco era un error el que su vicario general hubiera estado presente en él. "No puede ser —me insistió—; voy a investigar esto". Yo no pretendía convencerlo de nada. Ese día llegamos a un acuerdo tácito, en el que don Emilio sabía que yo continuaba siendo un sacerdote y que iba a seguir trabajando como tal, pero sin que él me diese ninguna destinación porque —me dijo— yo no gozaba de su confianza. La verdad es que como él tampoco gozaba de mi confianza, quedamos ambos muy tranquilos<sup>41</sup>.

Mientras los hechos ocurrían, miembros de la jerarquía católica se pronunciaban sobre la nueva situación surgida del 11 de septiembre. Así, entre el jueves 13 —cuando se hizo pública la declaración del Comité Permanente que había merecido la calificación de "una puñalada por la espalda" a la Junta Militar— y el 16 de octubre, se publicaron dos documentos de la Iglesia<sup>42</sup>. Nueve días más tarde —el jueves 25 de octubre—era la voz del arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, la que señalaba:

"Las noticias internacionales no se ajustan totalmente a la verdad. Se han producido algunos hechos que para nosotros son lamentables. Sin embargo, el presente se explica por las causas que lo provocaron... La Junta Militar ha sido la primera en lamentar la decisión que asumió y ante este gobierno, cuya actitud, a mi modo de ver, no puede calificarse de dura represión antimarxista, la Iglesia tiene la misión que le corresponde: ser conciencia crítica del pueblo, portavoz permanente de los valores evangélicos, pues no nos corresponde derrocar gobiernos ni poner gobiernos..."<sup>43</sup>.

En una homilía que tituló "Por Chile, con María", monseñor Emilio Tagle vertió sus conceptos con una metáfora que los generales emplearían más de una vez en sus discursos:

"Como un enfermo condenado a morir que se ha librado por una acertada operación, el país ha perdido alguna sangre, ha sufrido algún dolor, hay heridas que deben ir cicatrizando. Pero se ha salvado la vida de Chile como nación libre y soberana... Por eso llegamos hasta la Madre del pueblo nuestro y patrona de las Fuerzas Armadas para traerle nuestra gratitud incomparable y pedir que ella nos guíe en la reconstrucción nacional y en la reconciliación de los chilenos".

También el obispo de Linares, monseñor Augusto Salinas, agregó

argumentos a la justificación moral de los sucesos del 11 de septiembre y sus consecuencias. En una entrevista concedida al diario *El Herald*o, de su ciudad, el 3 de febrero de 1974, declaró: “De acuerdo con la doctrina tradicional de los grandes teólogos católicos, existe el derecho de rebelión contra un gobierno legítimo cuando éste atenta contra el bien común de la sociedad en su misma razón de ser... A mediados de 1973 la situación de Chile era tal, que si no se hacía uso del derecho de rebelión, el país sería esclavo del marxismo, con su secuela de tiranía, de robos, persecuciones, dominio extranjero... El movimiento del 11 de septiembre realizó la toma del poder y la expulsión de sus ilegítimos detentadores, con admirable rapidez, precisión, eficacia y elevados propósitos... Considero que el movimiento del 11 de septiembre debe ser considerado al mismo nivel de la gesta de O’Higgins, que dio vida a nuestra nación. La Patria estaba muriendo y ha resucitado”<sup>44</sup>.

Paralelamente a lo anterior, la Iglesia Católica podía exhibir una obra redentora, clara expresión de su vocación humanitaria: el Comité de Cooperación para la Paz en Chile (Copachi). El Copachi había surgido como un producto ecuménico a partir de iniciativas que, como las demás iglesias cristianas y el Rabinato de Chile, llevaron adelante con el objeto de salvaguardar los derechos humanos mínimos de los perseguidos, tanto nacionales como extranjeros que habían llegado al país durante el período de la UP. Pero si bien el Copachi era un esfuerzo compartido con otras iglesias y credos, es verdad también que paulatinamente la labor asumida por el Comité pro Paz fue capturando cada vez más profundamente el compromiso de la Iglesia Católica.

La celebración del Año Santo nacional —en 1974— iba a crear buenas condiciones para que se incrementase la aún precaria conciencia sobre el valor de los derechos humanos. Sin duda, ese acontecimiento permitió llenar, con un norte religioso, el vacío dejado por el desaparecimiento abrupto del norte político que hasta septiembre de 1973 había movilizó a las fuerzas sociales: la primera gran concentración de masas posterior al golpe militar se realizó —de hecho— con motivo de los oficios celebrados en el Templo Votivo de Maipú, en noviembre de 1974, como clausura del Año Santo en Chile<sup>45</sup>.

No obstante, ninguna de las dos iniciativas fue producto del conjunto de la jerarquía católica: el Año Santo surgió como respuesta natural a directrices vaticanas y el comité bien puede considerarse como impulso del Arzobispado de Santiago que se sostuvo básicamente en el trabajo de pastores protestantes, sacerdotes del clero católico y laicos —creyentes y no creyentes—. En él, la participación jerárquica estuvo reducida a solo dos o tres obispos que actuaron tanto a nombre de la Iglesia como en virtud de su convencimiento personal en los objetivos de las tareas emprendidas por el Copachi.

## NOTAS

<sup>1</sup> Los subrayados son nuestros.

<sup>2</sup> El nombre resguarda la identidad de un ex dirigente campesino de una zona a 35 kilómetros al sur de Santiago, protagonista de los hechos narrados.

<sup>3</sup> Eliminado en el testimonio.

<sup>4</sup> Inquilinaje: sistema peculiar de la zona agrícola central de Chile, según el cual el obrero se compromete a servir al patrón, permaneciendo en el predio durante todo o gran parte del año agrícola, proporcionándole mano de obra a cambio de remuneraciones mixtas en dinero efectivo y "regalías", consistentes en productos agrícolas obtenidos en el predio, o bien ciertos derechos, como la concesión temporal y precaria de una pequeña porción de tierra: cerco y ración de alimento.

<sup>5</sup> Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas (FASIC), "Yumbel: cuando los muertos vuelvan a su tierra", folleto, Santiago, 1982, pág. 59.

<sup>6</sup> Véanse los testimonios incluidos en el folleto de FASIC citado.

<sup>7</sup> *El Mercurio*, 6 de octubre de 1979.

<sup>8</sup> Declaraciones de la hermana de Alfonso Macaya Barrales a una emisora de radio y reproducidas por FASIC, folleto citado, pág. 35.

<sup>9</sup> Idem.

<sup>10</sup> *El Mercurio*, 6 de octubre de 1979.

<sup>11</sup> *El Sur* de Concepción, 25 de octubre de 1979.

<sup>12</sup> Los carabineros inculcados en el caso eran: Sergio Castillo Basaul, Mario Cerda, Carlos Fritz, Evaristo Garcés, Juan González, Luis León, Mario Montoya, Juan Luis Cuevas, Florencio Olivares, Leoncio Olivares, un hombre de apellido Otárola, Juan Oviedo, Pedro Parra Utreras, Sergio Saavedra y José San Martín.

El carabinero Juan Muñoz era jubilado, pero se lo reincorporó al servicio a raíz de los sucesos del 11 de septiembre.

<sup>13</sup> Día Nacional de Chile.

<sup>14</sup> FASIC, folleto citado.

<sup>15</sup> *La Tercera*, 7 de octubre de 1979.

<sup>16</sup> La versión fue proporcionada por Ximena Lamana Abarzúa, hermana de Jorge Andrés Lamana, quien la obtuvo de testigos directos. Véase FASIC, documento citado.

<sup>17</sup> *El Sur* de Concepción, 7 de octubre de 1979.

<sup>18</sup> René Escobar falleció en enero de 1979 en un accidente de tránsito. *La Tercera*, 9 de octubre de 1979.

<sup>19</sup> Véase revista *Hoy* N° 116, semana del 10 al 16 de octubre de 1979. Véase *La Tercera*, 4 de octubre 1979. Véase el diario *El Sur* de Concepción, 4 de octubre de 1979.

<sup>20</sup> FASIC, documento citado, pág. 12.

<sup>21</sup> *Idem*, pág. 6.

<sup>22</sup> Posteriormente rector delegado de la Universidad de Chile.

<sup>23</sup> FASIC, documento citado, pág. 25.

<sup>24</sup> FASIC, documento citado, pág. 47.

<sup>25</sup> El relato que aquí se presenta se construyó con datos aportados por la querrela criminal presentada el 21 de noviembre de 1979 ante el Juzgado de Letras de Mulchén por Ladislao Rubilar González, María Dolores Acuña Medel, María Zulema Albarrán Castro y María Medina Bustamante, que consta en el proceso a fojas 122 y siguientes.

<sup>26</sup> Posteriormente gobernador de Mulchén.

<sup>27</sup> Formación de dos hileras humanas paralelas y estrechas, entre las cuales debe pasar (en este caso) el prisionero, al cual se le somete a golpes, patadas y otra forma de castigo mientras cruza la "calle".

<sup>28</sup> Protagonista de una serie de televisión sobre vampiros, muy popular en Chile durante aquellos años.

<sup>29</sup> Se trataba de un vehículo Ford, al que algunos testigos dijeron haber visto acompañado de un jeep verde "de esos que eran de Indap" (Instituto de Desarrollo Agropecuario).

<sup>30</sup> Ciudad campesina vecina al norte de Paine.

<sup>31</sup> La abogada Pamela Pereira —hija de Andrés Pereira— declaró en 1987 a la revista española *Tiempo* que toda la operación de secuestros fue planeada en un almuerzo campestre en un lugar cercano a Paine, al que concurrieron civiles y personal militar de la Escuela de Infantería de San Bernardo.

Véase *Tiempo* N° 279, del 14 al 20 de septiembre de 1987.

<sup>32</sup> En realidad, el comandante de la Escuela de Infantería de San Bernardo, en los días de la operación de Paine, era el coronel Leonel Koenig Alterman. El coronel, que posteriormente pasó a desempeñarse como interventor de la Fundición Libertad, fue citado a declarar ante el juez cuando, en 1979, los familiares de los prisioneros desaparecidos presentaron una denuncia y se inició un proceso judicial. En junio de 1979, veinte días después de recibir la última citación del juez, el coronel Koenig se suicidó en el baño de su oficina.

<sup>33</sup> Sonia Carreño las usó para comparar con ellas los restos de personas desaparecidas halladas en Lonquén, a fines de 1978.

<sup>34</sup> En su número 279, correspondiente a la segunda semana de septiembre de 1987, la revista española *Tiempo* incluyó un reportaje de la periodista chilena Mónica González bajo el título: "Aparecieron nuevas tumbas clandestinas de los desaparecidos". El trabajo periodístico se basa en revelaciones de Ricardo Guzmán Busquet, un chileno a quien la revista presenta como ex colaborador de la Dina. De acuerdo con Guzmán, dos meses después del golpe de septiembre de 1973 se abrió en los cerros de Chena, dentro del fundo militar de Santa Rosa, un cementerio clandestino:

"Los primeros cadáveres comenzaron a llegar al cementerio del cerro de Chena en noviembre de 1973, apenas dos meses después del golpe militar. Fue precisamente desde el Estadio Nacional, la cancha de fútbol convertida en prisión, desde donde partieron los primeros ejecutados. A altas horas de la madrugada, camiones del Ejército —generalmente Toyotas o Mack— trasladaban hasta el recinto militar de San Bernardo su cargamento cubierto con lona resistente. Mientras unos vigilaban metralleta en mano, otros militares cavaban las fosas. En un principio, debido a la cantidad de muertos, se hicieron tumbas a un metro de profundidad. Más tarde se dieron órdenes de que las fosas tuvieran como mínimo cuatro metros".

Al ser el fundo Santa Rosa de Chena recinto militar, ha sido del todo imposible comprobar la aseveración de Guzmán-Busquet.

<sup>35</sup> Cárcel ubicada en el centro de Santiago y regida por un régimen especial en que el recluso debe cancelar su permanencia en el recinto a cambio de obtener instalaciones mejores que las de los penales comunes y un servicio menos opresivo y sórdido. Tradicionalmente, Capuchinos ha sido usada por reclusos condenados, o sometidos a proceso por delitos económicos, si bien desde principio de los años 80 se ha permitido a algunos detenidos por motivos políticos cumplir condena allí.

<sup>36</sup> Chilenismo por "al montón".

<sup>37</sup> Modismo chileno: pegar o castigar duramente.

<sup>38</sup> Buque escuela de la Armada de Chile.

<sup>39</sup> Además de Woodward, otros tres sacerdotes murieron a causa directamente de la represión. Ellos fueron: Antonio Llido Mengual, Gerardo Poblete y Joan Alsina.

Antonio Llidó Mengual había nacido en el pueblo valenciano de Xavia (España). Se ordenó sacerdote en el Seminario de Valencia, el 21 de septiembre de 1963 y viajó como misionero a Chile en 1969, para hacerse cargo de funciones pastorales en la parroquia de Quillota de la diócesis de Valparaíso, bajo la dirección del arzobispo-obispo Emilio Tagle Covarrubias. Tres años después, en 1972, en pleno período de la Unidad Popular, Tagle suspendió la misión sacerdotal de Llidó en todas las parroquias e iglesias de la diócesis porteña.

Llidó fue detenido después del 11 de septiembre de 1973, pero no se tuvo noticias de su paradero sino hasta mucho tiempo después, gracias a la declaración jurada y firmada en París por dos exiliados chilenos, sobrevivientes del campo de detenidos de Cuatro Alamos: Julio Feller y Rosalía Martínez Cereceda (arrestados por la Dina el 22 de septiembre de 1974).

Fue brutalmente torturado. Un médico de la Dina lo visitó en su celda y, tras auscultarlo, recomendó su inmediata hospitalización. Un oficial, que los testigos identificaron con el apellido de

Morel, y que pudiera tratarse de Marcelo Morel Brito, rechazó el consejo del médico, puesto que aún no terminaban de interrogar al sacerdote.

El padre Llidó fue, finalmente, sacado de su celda el 24 de octubre de 1974 y desde entonces se desconoce toda noticia de él.

Gerardo Poblete tenía 31 años y era sacerdote de la congregación salesiana; aparte de su misión sacerdotal, se desempeñaba como profesor de filosofía en el Colegio de Don Bosco, de Iquique. Se supone que una denuncia llevó a fuerzas de Carabineros hasta el colegio y que procedieron a allanar el recinto. En el cuarto del padre Poblete hallaron dos textos marxistas que el sacerdote utilizaba como bibliografía para su curso. Eso bastó para que fuese detenido.

Poco después, también se arrestó al superior del colegio, quien pudo constatar que Poblete estaba siendo torturado. Horas después, se lo llamó para que el diera al sacerdote la extramaución. Poblete ya había muerto.

(Véase revista *Análisis*, del 12 al 18 de noviembre de 1985).

<sup>40</sup> Luis Guastavino, diputado comunista.

<sup>41</sup> La represión a los religiosos cristianos en todo el país tiene otros episodios: la expulsión de Chile —en enero de 1974— de 106 sacerdotes católicos, destacados en distintas regiones del país. Mayoritariamente extranjeros, entre ellos había también varios chilenos. La lista de expulsados se completó con los nombres de 32 religiosas.

<sup>42</sup> Uno fue un comunicado de la Conferencia Episcopal en que se expresaba al nuevo gobierno "sentimientos de respeto y aprecio por las Fuerzas Armadas y Carabineros", así como ofertas de "colaboración en la obra de reconstrucción del país y, en particular, en la tarea de pacificación de los espíritus y en todo lo que significa avanzar y desarrollar las conquistas sociales de los trabajadores". El otro documento fue una declaración del Comité Permanente respecto de los "Acuerdos pastorales sobre movimientos apostólicos", en el que se recomienda la suspensión de las reuniones a celebrar por movimientos apostólicos nacionales.

<sup>43</sup> Declaraciones al diario italiano *Avvenire*.

<sup>44</sup> Entre la homilía de monseñor Tagle y las declaraciones de monseñor Salinas existe la publicación —el 2 de enero de 1974— de un comunicado de la Secretaría del Episcopado que se refiere a la visita hecha por el Cardenal y otros dignatarios católicos a la Junta Militar "para presentarle un saludo de Año Nuevo y conversar acerca de la situación general del país y, en especial, de aquellos asuntos que interesan particularmente a la Iglesia". Los prelados católicos iban en representación del Episcopado Nacional que, entre el 26 y el 30 de diciembre de 1973, acababa de celebrar su asamblea plenaria (ver referencia a esta asamblea hecha en Punta de Tralca, en "Documentos del Episcopado, Chile. 1974-1980". Ediciones Mundo).

<sup>45</sup> Según algunas fuentes, asistieron unas 300 mil personas.

## CAPITULO 12

### EL DESTINO DE LOS HOMBRES DE ALLENDE

**EN LAS HORAS** inmediatamente posteriores al martes 11 de septiembre, Isabel Margarita Morel telefonó varias veces al domicilio particular del general Pinochet para saber del último ministro de Defensa del deposedo gobierno de Salvador Allende: Orlando Letelier. Pinochet jamás le quiso hablar. Entonces llamó a otro de los cuatro generales que se habían hecho responsables del golpe militar, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh Guzmán. Este le recomendó:

—Tenga paciencia. Esto es una lástima, claro, una lástima. Pero puede estar segura de que está bien. Está a salvo.

Y Leigh no quiso decir más.

Recién el jueves 13, por la tarde, Letelier se comunicó con ella:

—Voy a ser muy breve. Estoy en el Regimiento Tacna. Soy un prisionero de guerra y mañana nos trasladan a la Escuela Militar. Va a ir un comandante a verte mañana en la mañana.

Al día siguiente, viernes 14, se presentó el comandante Urrejola, quien portaba una breve nota de Orlando Letelier para ella. Decía:

“Estoy bien, en la Escuela Militar. Por favor, mándame la maquinilla para afeitarme y ropa”.

Isabel Margarita Morel aprovechó la presencia del militar y le lanzó, ávidamente, una andanada de preguntas. Urrejola le respondió con parsimonia:

— Sería bueno que le mandara algo de comer. Puede ir mañana a dejar lo que quiera a la Escuela Militar.

En ese recinto “había dos salas que tienen un baño compartido —recuerda el arquitecto Miguel Lawner—<sup>1</sup>. Cada una de ellas, en teoría, era para dos personas”.

A medida que los prisioneros, reputados como las altas figuras del gobierno de Allende, iban siendo conducidos a la escuela, se los introducía en una de las salas. Continúa Lawner:

“Allí se encontraron todos los de La Moneda, otros que detuvieron en sus casas o en variadas circunstancias, como José Cademartori<sup>2</sup>, a quien detuvieron en un lugar distinto. Y otros que se presentaron voluntariamente a los militares, respondiendo a la citación (lanzada a través de la radio por las nuevas autoridades para que las antiguas comparecieran ante ellas)... El 13 llegué a la Escuela Militar, justamente a la habitación en que estaba, solo, Daniel Vergara..., lo que para mí constituyó una sorpresa maravillosa: me había quedado con la versión de que a Daniel lo habían muerto. Fui a abrazarlo y me dijo: ‘¡Shhh!’. Me pregunté que pasaba. En la sala de al lado —con la que había una cierta comunicación— estaba el ‘Puma’ Budnevich, un controvertido personaje que nunca supimos por qué lo habían arrestado, ya que por esos años estaba retirado y no tenía relación alguna con el gobierno popular. Daniel estaba afectado por la incertidumbre sobre la suerte del Presidente Allende y alimentaba desconfianza hacia el personaje que tenía al lado. Paralelamente, existía la hostilidad, el odio y los motes despectivos con que lo bautizara la oposición...<sup>3</sup>. Todos los alféreces y los tenientes que se daban vueltas por la Escuela Militar, en cuanto tenían una oportunidad entraban al dormitorio a vejarlo, humillarlo y provocarlo. No nos dejaron tranquilos y no pudimos dormir esa noche, porque lo hacían sobre todo de noche: ‘¿Dónde está el concha de su madre del Barnabás?’. Otros llegaban, en cualquier momento, a hacer preguntas tontas: ‘A ver, nombre, profesión, actividad’, junto a toda una retahíla de amenazas: ‘Bajo veinte metros de tierra te

quisiera ver, desgraciado, Barnabás; ahora vas a pagar por todo'. Nos dábamos cuenta de lo que estaba pasando. Veíamos cómo maniobraban los helicópteros, que aterrizaban en la propia Escuela Militar y salían con el portalón abierto y una ametralladora pesada apuntando hacia abajo... A la hora de la colación nos juntaban a todos, no sabría decir dónde, pero era un recinto adecuado para comer, muy vigilado. Nos juntamos dos veces el día 14 y nada más”.

Isabel Margarita Morel se comunicó con Moy de Tohá para llevarles algunas cosas a sus maridos y llegaron a las puertas exteriores del espacioso recinto de la Escuela Militar. Allí se toparon con un grupo de mujeres, esposas de funcionarios también detenidos, que habían llegado alertadas por una idéntica posibilidad: dejar algo para los presos. Las visitas, sin embargo, estaban estrictamente prohibidas.

El trámite fue breve. Las señoras Letelier y Tohá regresaron a sus respectivos domicilios. Horas más tarde, el comandante Urrejola volvió a presentarse en el departamento de los Letelier:

— Mire, señora —dijo el oficial, con un tono algo avergonzado—, yo sé que los tiempos son duros. Los detenidos ya no están en la Escuela Militar y para que estas cosas no se perdieran se las vine a dejar. Le van a servir para sus hijos.

Era el paquete de comida que había ido a dejar por la mañana. Con sus cuentas bancarias particulares congeladas, ese paquete le iba a hacer falta a Isabel Margarita Morel. Se agitó:

— ¿Cómo? ¿A dónde los llevaron?

— Esta mañana llegó una micro, sacaron a los prisioneros, los metieron dentro y yo ya no tengo más que ver con ellos.

El viernes 14, los prisioneros recibieron en la Escuela Militar la visita del recién nombrado ministro de Justicia de la Junta, Gonzalo Prieto. Allí, en el pabellón de alféreces donde permanecían aislados desde el día 11, ministros, senadores, diputados y funcionarios del gobierno depuesto escucharon —consternados— la noticia que Prieto iba a comunicarles: la muerte del Presidente Allende. En un gesto de curioso respeto por los hombres que lo escuchaban, el nuevo ministro expresó incluso sus condolencias. Luego añadió una petición, que era lo sustancial del motivo que

lo había llevado a comparecer ante aquel grupo de colaboradores de Allende: las autoridades militares verían con buenos ojos el que aceptaran salir del país, para lo cual estaba dispuesto ya un transporte aéreo. Los prisioneros se negaron unánimemente a aceptar la propuesta. Exigieron permanecer en Chile y ser juzgados, en cambio, por las eventuales responsabilidades políticas y penales que hubieran podido tener. Entonces se les pidió a los prisioneros que redactasen un documento en el que consignaran la determinación que acababan de tomar. La nota fue entregada en la primeras horas del sábado 15 a los funcionarios que estaban a cargo de ellos.

El grupo comisionó al último ministro del Interior de Allende, Carlos Briones, para representarlos en ese acto. La respuesta de los altos jefes militares no se hizo esperar: alrededor de las 13:00 horas de esa misma mañana del sábado 15, cuando los prisioneros estaban a punto de concurrir al almuerzo, se les ordenó intempestivamente que reunieran sus pertenencias en cinco minutos. Fueron formados. Algunos detenidos que llegaban en ese preciso instante debieron incorporarse a la formación. Fueron separados en dos grupos y subidos a sendos buses, muy vigilados, que salieron de la Escuela Militar con rumbo desconocido para ellos<sup>4</sup>. Treinta minutos duró el traslado desde las dependencias de la Escuela Militar hasta el ex aeropuerto internacional de los Cerrillos de Santiago.

— Antes de subir al aparato —recuerda el arquitecto Lawner—<sup>5</sup>, fuimos allanados en forma muy insolente por personal de la FACH. Nos despojaron virtualmente de todo lo que tenía algún valor. Algunos, como yo, estábamos en malas condiciones. A mí me habían golpeado cuando me detuvieron: tenía las costillas muy dañadas. Por suerte, el doctor Girón<sup>6</sup> me sacó la camiseta y me vendó para poder respirar mejor.

Una vez a bordo el trato varió:

— Fue normal, sin mayor problema. Incluso nos sirvieron un sandwich, que para algunos constituyó la primera comida desde que habían caído presos.

La siguiente escala para el grupo sería un islote inhóspito ubicado al sur de Punta Arenas —la ciudad más austral del planeta— que antiguamente había albergado una misión de la orden católica salesiana y que,

paradojalmente, uno de los prisioneros —José Tohá— había traspasado, en septiembre de 1972, a la Armada de Chile mientras estuvo al frente del Ministerio de Defensa. Se trataba de la isla Dawson<sup>7</sup>.

\*

El martes 11 de septiembre de 1973, en la oficina del secretario de la Secretaría General de la Fuerza Aérea, el general Orlando Gutiérrez encañonó con su revólver al general Alberto Bachelet y lo conminó a entregarse, arrestado. Gutiérrez estaba en compañía de dos oficiales —los comandantes Ceballos y Vargas—<sup>8</sup> y afirmaba estar actuando por orden del Comandante en Jefe, general Leigh.

En la Secretaría de la Fuerza Aérea, el comandante Ceballos procedió a despojar a Bachelet, en forma violenta, de su arma de servicio y a cachearlo para verificar si llevaba encima alguna otra:

“Luego —escribió con posterioridad en una declaración jurada el general —, fui trasladado a mi oficina en la Dirección de Contabilidad, oficina del director, donde quedé arrestado e incomunicado, bajo la custodia de los comandantes Ceballos y Vargas. Cuando ingresamos a mi oficina, el comandante Ceballos procedió a arrancar los teléfonos. Desde mi oficina pude presenciar gran parte del movimiento militar, el bombardeo de La Moneda, el incendio de ésta y, en general, gran parte de lo que ocurrió en dicho día, con las limitaciones que dan un par de ventanas”.

En la Facultad de Filosofía, Angela Jeria, su esposa, compartía esos momentos con alumnos y profesores del Pedagógico. Se escuchaba una radio. Fuera del recinto, fuerzas militares lo copaban por sus costados y desde edificios altos. En el interior, la gente se juntó frente al casino de alumnos y cantó. Militantes del MIR se ejercitaban en el manejo de garrotes e instrumentos de lucha callejera:

“¿En qué están?, les pregunté. Y me dijeron: ‘Estamos entrenando para enfrentar a los milicos’. Pero, ¿con qué?, les dije. Me dieron ganas de llorar al verlos entrenarse, haciendo gimnasia, con sus palos... Estuvimos esperando alguna instrucción, pero no llegó nunca. Después nos dijeron que mejor nos fuésemos, así es que decidí regresar a casa”.

Angela Jeria pasó todo el resto del martes 11 en su casa, junto a una sobrina cuyos padres —miembros del Movimiento Familiar Cristiano— la habían expulsado de la familia por ser miembro de la Izquierda Cristiana<sup>9</sup>. Aproximadamente a las 17:00 horas recibió una llamada del único jefe de la FACH que permaneció leal a su marido en todo momento, un coronel:

“Yo le pregunté que dónde estaba Alberto, y me dijo: ‘Está en su oficina, detenido’. Quise saber si podía hablar con él, pero me contestó que no: ‘Pero no te preocupes: va a llegar a la casa’”.

Cerca de las 18:00 horas, a Bachelet se le comunicó que estaba en libertad y que podía regresar a su hogar.

“En ese instante procedí a redactar mi renuncia a la institución, la que entregué personalmente al coronel señor Fornet, secretario general de la FACH, ya que no se encontraba en su oficina el Comandante en Jefe. Tuve la oportunidad de expresarle a este jefe y al general señor Magliochetti<sup>10</sup>, que se encontraba presente, mi profunda indignación por la vejación a que había sido sometido, la que ellos atribuyeron a la nerviosidad propia del momento”.

Eran 34 años en la Fuerza Aérea los que Bachelet dejaba estampados en esa hoja de renuncia.

Todo el resto del martes 11 y el miércoles 12 —en que el toque de queda rigió las 24 horas—, los Bachelet trabajaron en embalar sus pertenencias para dejar la casa. El jueves 13 el toque fue levantado entre mediodía y las cuatro de la tarde, y el general aprovechó ese lapso para ir a buscar a su hija a la facultad. Relata Angela Jeria:

“Mi sobrina salió a dar una vuelta por la manzana para ver qué sucedía. En ese momento atinaron a pasar dos micros con alféreces de la Escuela de Aviación que volvían de allanar la residencia del Presidente en El Cañaveral. Le lanzaron piropos humillantes y grotescos, y ella los contestó. Eso bastó para que se detuvieran, cruzaran las micros en la calle, pararan el tráfico delante de nuestra casa y se aproximaran hasta mi puerta, encañonando a una niña alta y frágil. Querían allanar la casa. Les dije que era la casa de un general de la República. Ellos se miraron entre sí curiosamente. ‘¿De qué general?’, preguntaron. ‘Del general Bachelet, así es

que ustedes no van a allanar aquí. Pero empezaron a pasarse por la pandereta. Me dio risa: 'No, hijo, no haga el esfuerzo —le dije—. Pase'. Y les abrí la puerta. Lo revisaron todo”.

Poco más tarde, Bachelet regresó con su hija. También los militares. Era una micro repleta de ellos. Iban a verificar, según dijeron, las armas que Bachelet poseía en su casa:

“Le expresé al oficial a cargo de dicha patrulla que era un general de la FACH, lo que no le importó en absoluto. Realizó una inspección apenas superficial, en una actitud amenazante y me dio la impresión que su actitud obedecía a un plan de amedrentamiento y prepotencia”.

El viernes 14, el general Rodríguez Pulgar se presentó en la casa de los Bachelet. Era alrededor de las 11:00. Afuera, en la calle, aguardaba una patrulla al mando del comandante Braghetto:

“Quiero hablar con Alberto, me dijo Rodríguez —recuerda Angela Jeria—. Lo van a llevar a declarar y yo me ofrecí de intermediario, para que no fuera tan violento”.

Angela Jeria se internó en la casa:

“Quieren hablar contigo, le dije a Alberto. Quieren que vayas a declarar al ministerio”.

Bachelet salió.

“Me expresó que debía presentarme al general señor Claudio Sepúlveda, quien deseaba conversar conmigo. Le pregunté si debería considerarme bajo arresto, a lo que me manifestó que no y que si así hubiera sido, el no se habría prestado para esto”.

En la oficina del Jefe de Estado Mayor de la FACH, un nervioso general Sepúlveda le informó a Bachelet que debía concurrir a la Fiscalía de Aviación, pues se había recibido un parte del presidente del Banco del Estado denunciando anomalías acaecidas en dicha repartición pública en las que su nombre se hallaba involucrado. Conducido al subterráneo del ministerio, donde funcionaba la fiscalía, Bachelet fue llamado por el fiscal, el comandante Cristián Rodríguez, para que respondiera a una serie de cargos que se le formulaban:

1.- Reuniones en el Banco del Estado con personajes políticos de izquierda.

- 2.- Depósitos de fondos del Banco del Estado en una cuenta corriente mía en el Banco de Curicó.
- 3.- Haber proporcionado información reservada de la Institución.
- 4.- Conocimiento de movimiento de armas en el Banco del Estado<sup>11</sup>.

“Al primer cargo respondí que jamás había tenido reuniones con ningún político en el Banco del Estado. No recuerdo bien si en aquella ocasión y en las siguientes le expresé que en función a mi cargo como secretario nacional de distribución<sup>12</sup>, y en mi oficina había tenido oportunidad de conversar con muchos políticos de distintas tiendas y siempre en materias relacionadas con la distribución de productos alimenticios críticos.

“Con relación al segundo cargo, le manifesté que no tenía ninguna cuenta en el Banco de Curicó y que mi cuenta la mantenía en el Banco de Concepción. Le di el número de ella para que la investigara (...). Al tercer y cuarto cargo le expresé ignorarlos absolutamente”.

Después de este interrogatorio, el fiscal Rodríguez le informó que quedaba arrestado e incomunicado, y lo envió a la Base Aérea de Colina<sup>13</sup>. En el casino de oficiales de esa base se encontraba preparada la habitación donde quedó arrestado, bajo un despliegue impactante de guardias.

El lunes 17 fue nuevamente trasladado a la Fiscalía de Aviación.

“En esta oportunidad, el fiscal me insistió en reuniones con políticos de izquierda, citando especialmente al señor Carlos Altamirano y al señor Carlos Lazo<sup>14</sup>, agregándome que eran varios los testigos que me habían visto en el Banco del Estado”.

Bachelet respondió con argumentos que la desarmaban. Luego, el fiscal trajo al tapete el tercer cargo y sacó de un bolsillo un grueso rollo de papeles que le exhibió rápidamente para constatar si Bachelet reconocía su letra o la de otra persona:

“Estos papeles correspondían a un escalafón de oficiales, anticuado y manuscrito. Constaté que no reconocía mi letra ni la de ninguna persona conocida”.

Rodríguez no insistió con el cuarto cargo.

Bachelet fue devuelto a Colina y continuó incomunicado hasta el jueves 20 de septiembre. Ese día se le hizo reunir rápidamente sus perte-

nencias y fue trasladado, junto a otros aviadores prisioneros<sup>15</sup>, a la Academia de Guerra Aérea, en las proximidades de la población militar donde hasta ese momento vivía.

“... El trato no sólo fue frío, sino hostil. Fuimos llevados con nuestros maletines al subterráneo de dicha academia. Luego se nos ató las manos, se nos vendó los ojos y se nos colocó una capucha. Se nos dio instrucciones en el sentido que debíamos permanecer de pie, sin movernos ni hablar. Quien lo hiciera recibiría un balazo en las piernas. Si necesitábamos alguna cosa, era necesario golpear el suelo (tres golpes) con el pie.

“... A uno se le despoja de todas sus pertenencias (documentos, reloj, lápiz, etc.) y piden dirección y nombre de la persona a quien se deben enviar... Cuando alguno pedía agua se le decía que no había y se echaba a correr un grifo... Si se solicitaba ir al baño se contestaba que estaban malos y ocupados y, luego, se hacía correr el silencioso... A cada instante llegaba un oficial y uno de los centinelas nos preguntaba el nombre, el de nuestros padres, decía algunas palabrotas o hacía algún comentario hiriente para ver si uno se mantenía despierto... De repente sacaban a alguno de los oficiales detenidos para ser interrogados y después de un rato se escuchaba alguna descarga. Más tarde regresaba dicho oficial... El dolor de la espalda era insoportable; las manos eran amarradas adelante, pero arriba, en un poste metálico, desde donde [nos] colgaban”.

El día 21 de septiembre, alrededor de las 20:30 horas, Bachelet fue llevado ante el fiscal, quien ya estaba trabajando en la academia:

“Ahí fui despojado de la capucha, vendas y amarras. Pude comprobar que el fiscal era, ahora, el general señor Gutiérrez, actuando el anterior fiscal (Rodríguez) aparentemente como secretario. Fui interrogado de nuevo, exactamente sobre lo mismo. El general Gutiérrez hizo algunos alcances sobre lo que le parecían mis declaraciones. Ratifiqué todo lo dicho anteriormente, sin quitar ni agregar nada. Posteriormente, el fiscal dispuso que se habilitara una pieza en la Academia de Guerra Aérea para que continuara arrestado e incomunicado. Se me devolvieron todas mis pertenencias. Aproximadamente a las 23:00 horas llegó el doctor Prieto, médico del Hospital de la FACh, acompañado de una enfermera, quienes procedieron a tomarme un electrocardiograma”.

En 1969, Bachelet había sufrido un infarto al miocardio.

El sábado 22, el general Gutiérrez se presentó en su habitación:

“Me expresó que el electro estaba alterado y que era necesario que se me trasladara al Hospital de la FACH, situación que se produjo ese mismo día, alrededor de las 18:00 horas. Fui trasladado en una ambulancia con todas las precauciones del caso y con vigilancia de soldados. Continuaba arrestado e incomunicado. Allí se me prodigaron las atenciones médicas necesarias correspondientes a una esquemia <sup>16</sup>. Quedó claramente establecido que esta lesión había sido reciente y que debía quedar normalizada en una semana, hecho que ocurrió en la práctica”.

Hasta este momento, Angela Jeria desconocía el paradero de su marido.

El martes 9 de octubre, el general Bachelet fue nuevamente trasladado a la Academia de Guerra Aérea, ante la presencia de Gutiérrez:

“Antes de iniciar el interrogatorio, me expresó que me iba a enviar a mi casa en arresto domiciliario; que no se habían concretado cargos en mi contra y que estimaba que quedaría sobreseído, que ni siquiera necesitaría abogado defensor. Luego me manifestó que le era muy desagradable asistir a mi interrogatorio, que sería efectuado por el comandante Cristián Rodríguez y el abogado señor Barahona. Se encontraba presente, además, el comandante señor Lisasoain. Este interrogatorio básicamente derivó hacia cualquier tipo de contacto que hubiera tenido con elementos de izquierda y especialmente con miembros del MIR. Se me preguntó si conocía a los hermanos Enríquez, a Pascal Allende y otros. Les expresé que no, que ubicaba a Pascal. Me dijeron que cómo explicaba, entonces, la visita a mi casa de uno de los Enríquez, Edgardo, Pascal y otro sujeto, acompañados del capitán Vergara. Contesté que, efectivamente, a petición del capitán Vergara, habían ido a mi hogar, una noche alrededor de las 20:00 horas, a plantearme su inquietud ante la política de distribución que estaba llevando a cabo la secretaría nacional por instrucciones del gobierno (...). Se me preguntó si conocía el Plan Z. Les expresé que no y que no tenía idea de qué se trataba. Me lo explicaron a grandes rasgos y les contesté que si lo hubiera conocido, de existir, lo habría denunciado (...). Fue un interrogatorio bastante largo, salpicado con preguntas intempestivas tratando de

confundirme. Tales como: '¿Usted ha sido siempre un oficial izquierdista?'. Le respondí que sí los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad él los encuadraba como conceptos de izquierda, quería decir que era izquierdista. Insistió en saber a quiénes les estaba guardando las espaldas con mis declaraciones. Le expresé que sólo se las guardaba a la verdad (...). Me preguntó por qué había sido solicitado por el Presidente de la República para el cargo de secretario nacional [de Distribución]. Le expresé que lo ignoraba, pero debía suponer que por el hecho de conocerme, saber que [yo] era masón, lo que le debe haber dado mayor seguridad en mi nombramiento".

Finalizado el interrogatorio, se extractó un resumen como declaración y Bachelet lo firmó.

"A continuación se llamó al general Gutiérrez quien me reiteró que me enviaría a mi casa, donde debería permanecer en carácter de arresto y se me levantó la incomunicación. Me expresó que sería, obviamente, controlado y que él creía que sería, lo repito, seguramente sobreseído pues no había cargos contra mí. El comandante Lisasoain, que asistió a gran parte del interrogatorio, me manifestó que debía olvidar lo ocurrido, que pensara que había sufrido una noche de pesadillas y de terror y que todo estaba terminado y superado".

Con esa creencia, Bachelet regresó a su casa (11 de octubre).

El miércoles 12 de diciembre, el general Bachelet llamó a Gutiérrez por teléfono y le solicitó autorización para viajar ese fin de semana a Talca, distante a unos 200 kilómetros al sur de Santiago. Deseaba asistir a una celebración familiar, la que fue concedida.

"Aproveché la oportunidad de preguntarle en qué estado se encontraba el sumario y cuándo se nos comunicaría su resultado. Me dijo que estaba en la etapa de dictamen y que lo sabríamos en el curso de la semana siguiente (17 al 23 de diciembre). Le pregunté sobre mi situación; expresó que me estaba pidiendo una condena de tres años y un día, por presunción, agregando que si bien es cierto que no había cargos, [mi nombre] estaba mencionado en muchas declaraciones y que no eran tan ingenuos para pensar que en la visita que me hicieron dirigentes del MIR a mi casa sólo habían tratado exclusivamente temas de distribución".

El domingo 16 de diciembre, los Bachelet regresaron a Santiago. Finalmente llegaron hasta el penalista Alfredo Etcheverry, para quien el general Bachelet escribiera la extensa declaración jurada consignando su detención e interrogatorios.

Después de firmarlas, el mismo martes 18 se presentó en su casa —alrededor de las 19:00 horas— el comandante Edgar Ceballos, acompañado de otro oficial:

“Vengo a buscar a Bachelet —recuerda Angela Jeria que le dijo Ceballos—. Le contesté: ‘¿A cual Bachelet? Porque en este momento hay varios Bachelet aquí’. Yo deseaba que nombrara a mi marido por su rango y él no recordaba el segundo apellido de Alberto. ‘¿A quién viene a buscar?’, le pregunté. Al general Bachelet, tuvo que decir. Entonces lo dejé pasar, y dijo que a mi marido lo acusaban de ser el jefe del Plan Zeta económico y que lo llevarían a la cárcel... Cuando iban a llevarse a Alberto, le dije: ‘Me voy detrás de ti; la otra vez no te llevaron donde dijeron que lo iban a hacer’. Pero Alberto me respondió: ‘Quédate tranquila. El es un oficial y si me da su promesa de que me conduce a la cárcel, allá es a donde me va a conducir’”.

El general Bachelet fue trasladado a la Cárcel Pública de Santiago. Allí lo internaron en la galería N<sup>o</sup> 5, junto a otros 79 oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas.

\*

La noticia que el comandante Urrejola acaba de proporcionarle alarmó a Isabel Margarita Morel: ¿Por qué habían llevado a los prisioneros al aeropuerto de Los Cerrillos?

El domingo 16 de septiembre, por fin, saltó una información precisa. Una nueva llamada anónima hecha a la esposa de Sergio Bitar, ex ministro de Minería de Allende:

— Su marido, José y Jaime Tohá fueron trasladados a la Isla Dawson. Iban otros presos.

Fue todo. Entonces, Kenny de Bitar empezó a comunicarse ansiosamente con las otras mujeres.

Cuando el avión se posó en la pista del aeropuerto de Punta Arenas

eran aproximadamente las 21:00 horas. Potentes focos de equipos militares iluminaron la puerta del aparato, la escalerilla y todo el sector por donde iban a pasar los prisioneros. De espaldas a los focos, un contingente de soldados de la V División del Ejército, con asiento en Punta Arenas, los aguardaba. Su jefe: el general Manuel Torres de la Cruz.

Los prisioneros fueron abandonando el avión. Una vez abajo, eran encapuchados. A la humillación y la incertidumbre se sumó, entonces, una sensación de asfixia agobiante. Así se los subió, entre golpes e insultos, a bordo de vehículos.

“Nos embarcaron en unos contenedores —recuerda el arquitecto Miguel Lawner—, unos vehículos blindados absolutamente herméticos, que sólo tienen un portalón por detrás y banquetas en su interior, a los lados, donde se pueden instalar unas cuatro personas. Cada blindado estaba a cargo de un conscripto que se instaló dentro de un mismo vehículo, además de los que iban fuera. En el vehículo de Daniel Vergara, a ese muchacho se le escapó un tiro. La bala rebotó en el interior y se le clavó en la muñeca a Daniel, que de inmediato empezó a decir: ‘Estoy sangrando de la mano’. El conscripto se mantuvo mudo”.

Orlando Letelier sentía que sus extremidades se iban impregnando lentamente de un líquido viscoso: era la sangre de Daniel Vergara que caía sobre él.

Cruzaron la ciudad, vacía por imperativos del toque de queda, y la caravana se estacionó en la plataforma del embarcadero. A ciegas, los detenidos bajaron de los vehículos. Vergara, en tanto, fue dejado a un lado. Mientras, guiados por los gritos y los culatazos, los prisioneros avanzaron hacia el borde de la plataforma. Continúa Lawner:

“Cuando llegamos a las barcasas había un despliegue absurdo de embarcaciones, de tal manera que nos hacían subir, cruzar por unos muelles para acá y para allá, hasta, finalmente, llegar a la barcaza. Nos fueron metiendo en el único compartimento o cabina común. Estaba colmada. Eran las doce de la noche más o menos”.

El grupo debió viajar otras cuatro o seis horas. Mientras lo hacían, se vieron forzados a escuchar de fondo las instrucciones ladradas por un oficial de Marina, que cerraba todas las órdenes con una muletilla en inglés:

“¡No hablar, right! ¡No moverse, right! ¡No dormirse, right!”.

“Enrique Kirberg<sup>17</sup> estaba sentado al lado mío. Entonces le dije: ‘Enrique, no está Daniel’. Y él me dijo: ‘Sí, fue herido...’. Enrique había viajado en el mismo contenedor que Daniel. ‘... Fue herido en la muñeca y lo tienen en la enfermería de la barcaza’. La bala le había quedado adentro. El enfermero le dijo al doctor Girón que Daniel no tenía mayor problema. Le había parado la hemorragia, vendado y entablillado el brazo”.

Culminada la travesía por los canales australes, la embarcación se detuvo frente a una costa apenas insinuada en la oscuridad. Eran alrededor de las 06:00 horas. Transbordados a botes en medio de una jauría de gritos que los conminaban a ganar tiempo, los prisioneros llegaron a la costa. Desde allí los separaban dos kilómetros de camino accidentado y cubierto de nieve del que sería su primer lugar de reclusión: unos barracones de la Compañía de Ingenieros de la Infantería de Marina que conformaban un sector denominado el Compingin.

Los prisioneros cubrieron los dos kilómetros a pie. Una vez en Compingin se les repartió una taza del característico café de higo y un pan. Después fueron encerrados en los barracones. Sólo a la mañana siguiente, cuando pudieron salir a la intemperie, José Tohá hizo un descubrimiento orientador a prueba de toda duda: el viaje que habían comenzado en la mañana del sábado 15, en la Escuela Militar de Santiago, había concluido en un paisaje que le era familiar: la agreste desolación de isla Dawson.

El domingo 16 de septiembre, el doctor Girón examinó la herida de Daniel Vergara y determinó que tenía la bala en el cuerpo, dentro de su muñeca.

“En cuanto hubo una oportunidad, Arturo le planteó al comandante de la isla la necesidad de que Daniel fuera intervenido; le dejó bien en claro que la responsabilidad era de vida o muerte, porque la gangrena podía liquidarlo”, relata Lawner.

La advertencia del doctor Girón y la falta de elementos quirúrgicos en la isla para una intervención, determinaron que el comandante Fellay hiciera trasladar a Vergara al hospital de Punta Arenas:

“Daniel nunca se quejó de nada. Según Arturo, debía tener unos dolores horribles”.

El lunes 17 lo llevaron a Punta Arenas, a bordo de la barcaza que los prisioneros de Dawson llegarían a bautizar como “el instrumento”, y que sería el cordón umbilical de la isla con el continente:

“Lo devolvieron probablemente el mismo 17 en la noche o el 18; estaba vendado. Le habían aplicado anestesia y aseguraron que la bala había sido extraída. Pero no era cierto. Entonces Arturo armó una casa de putas de tal naturaleza, que logró que el comandante obtuviera nuevamente, de alguna manera, ‘el instrumento’. Porque no era cuestión de decir: Que venga la barcaza a Dawson. Y trasladaron otra vez a Daniel a Punta Arenas”.

En ese segundo viaje, la bala le fue, finalmente extraída:

“Pero Daniel debe haber tenido cuatro días, por lo menos, la bala en su brazo y después ya no recuperó nunca el movimiento total de la mano”.

Mientras en isla Dawson el nutrido grupo de prisioneros era recibido por el capitán de navío Jorge Fellay<sup>18</sup> —informado por sus superiores el mismo sábado 15 en que el grupo partió de la Escuela Militar de que estaban en viaje los “jerarcas de la Unidad Popular”—, en Santiago las mujeres tomaban conocimiento del traslado de sus maridos a la isla. Y mientras en Dawson el comandante Fellay notificaba a los hombres —que acababa de recibir bajo la orden de darles un trato de “prisioneros de guerra”— de una larga lista de prohibiciones cuya violación iba a ser castigada con la aplicación de la “ley de fugas”, en Santiago, Isabel Margarita Morel y Moy de Tohá decidían una mabiobra audaz: descartada toda gestión ante una fuente como el general Gustavo Leigh, acordaron acudir al Ministerio de Defensa, para obtener una entrevista con el propio general Augusto Pinochet.

El lunes 17 de septiembre, a primera hora, las señoras de Letelier y de Tohá se juntaron para ir al edificio del ministerio, donde Pinochet ocupaba una oficina transitoria.

“Al entrar al Ministerio de Defensa —recuerda Isabel Margarita Morel— nos desvistieron y toquetearon en cada piso. Algo espantoso, muy desagradable. Pero lo divertido era que llegabamos a cualquier oficina y los funcionarios decían: ‘Viene la señora del ministro’”.

El ajeteo en los pasillos, escaleras y despachos era intenso<sup>19</sup>. Ya en los

altos del edificio, las señoras de Letelier y de Tohá aguardaron:

“Apareció un grupo por un pasadizo, gente de prensa, y Moy me dijo: ‘¡Es Pinochet!’. Yo le comenté: ‘Se dio cuenta de que estás aquí y te va a saludar con un beso’. Cuando Pinochet pasó y la vio, se acercó para abrazarla. Exclamó: ‘¡Moy!’. Entonces ella, muy tiesa, le respondió: ‘General, le venimos a pedir una entrevista’. Y Pinochet le dijo al coronel que lo acompañaba: ‘Por favor, atienda a estas señoras’. Siguió caminando por el pasillo y detrás de él fue toda la prensa”.

El coronel —su edecán, también de apellido Morel— les dio cita para las 10:30 horas del martes 25 de ese mismo mes de septiembre.

\*

Durante la primera semana, los prisioneros de Dawson fueron sometidos no sólo a trabajos ordenados por el comandante Fellay, sino también a un amedrentamiento sistemático:

“Al comienzo —recuerda Lawner—, tuvimos visita del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) del Ejército en Punta Arenas. Ellos tomaron algunas disposiciones en relación al lugar en que estábamos, de manera de garantizar el control sobre los presos. Entonces hubo algunas provocaciones reales. Hicieron un par de simulaciones de fusilamientos con algunos de nosotros”.

Poco después de la llegada del contingente de prisioneros desde Santiago, los uniformados ordenaron un consejo de guerra. El fue constituido por el comandante de Dawson. Benjamín Teplizky, José Cademártori y el hijo de Osvaldo Puccio ( de tan sólo 18 años) fueron acusados de preparar un sabotaje para destruir el campamento y enjuiciados con petición de pena de muerte. Junto a ellos, dos asistieron al consejo: José Tohá y Edgardo Enríquez, dadas sus calidades de delegados de los detenidos. El resto de los prisioneros permaneció recluido en la barraca. Con mucho aparato militar, el juicio se desarrolló sumariamente. Sometidos a allanamientos imprevistos, vigilados, condenados a subsistir en condiciones físicas y climáticas adversas, los cargos contra Teplizky, Cademártori y Puccio eran objetivamente insostenibles. Pero el propósito perseguido por los militares no consistía en sostenerlos, sino en dar visos

de posibilidad a las intenciones que insinuaban...

La sentencia que el comandante Fellay comunicó a los acusados fue la gracia de su perdón personal. Sin embargo, se produjo una descarga de metralletas que hizo suponer, a los prisioneros que estaban en la barraca, que Teplizky, Cademártori y Puccio habían sido efectivamente fusilados. Sólo al cabo de algunos minutos la puerta de la barraca se abrió con violencia y Puccio fue empujado hacia el interior por un instante: tiempo suficiente para que todos constataran que seguía vivo y que acababan de pasar la prueba de una ejecución falsa.

Con una puerta en cada extremo de la barraca, sus dos espacios interiores fueron respectivamente bautizados por los prisioneros con las palabras de Sheraton, para el espacio pequeño, y hotel Tupahue, para el grande.

La nieve duró virtualmente hasta diciembre. El suelo estaba anegado. Cuenta Lawner.

“Ninguno de nosotros tenía indumentaria adecuada para ese lugar, ni menos zapatos. Sólo el 12 de octubre, cuando nuestras mujeres lograron hacernos llegar un primer envío, recibimos algún equipamiento. Los militares nos habían dado frazadas para dormir y en cada recinto de la barraca existía una estufa a gas licuado, que funcionaba durante las noches. Llegamos a tener hasta 18 grados bajo cero en Dawson y la barraca era una construcción de madera, prefabricada, aunque con una buena aislación. Nadie podía dirigirse al oficial superior sin que tuviera calidad de delegado. Los primeros delegados fueron José Tohá, por Tupahue, y el doctor Edgardo Enríquez, por Sheraton”.

La segunda regla prohibía usar los propios nombres:

“El comandante nos llamó. ‘A partir de ahora —dijo—, todos pasarán a llevar un número y se prohíbe terminantemente llamarse unos a otros si no es haciendo uso de los números’. Y nos leyó la cartilla y cada uno tenía que aprendérsela de memoria: su número y de todos los demás”.

A fines de septiembre arribaron a Dawson siete prisioneros que la Armada había mantenido confinados hasta ese momento en el buque escuela Esmeralda <sup>20</sup>:

“Todos habían sido ferozmente torturados... En sus cuerpos tenían las

marcas de quemaduras por la aplicación de electricidad en la lengua y genitales. Su estado era deplorable, debido a los malos tratos recibidos”<sup>21</sup>.

La técnica de pérdida de identidad a la que se los quiso someter como prisioneros de guerra fue contrarrestada por los detenidos. Después de que Fellay la impusiera, la orden fue debatida en la barraca:

“Decidimos rechazarlo. Entre nosotros seguimos llamándonos por nuestros propios nombres, lo que fue importante porque nos permitió constatar que no pasaba nada”, dice Lawner.

Para efectos oficiales, los militares siguieron llamándolos con el número asignado.

“Pero a poco andar, nos dimos cuenta de que eso lo hacían con otro motivo: tratar de mantener en el más riguroso secreto la identidad de los que estábamos ahí. Porque, separados por una lata de nuestro patio se hallaban los prisioneros de Punta Arenas, entre los que había varios que estaban yendo a declarar en los procesos que les comenzaron en esa ciudad. Sin embargo, las comunicaciones funcionaron en forma maravillosa entre ambos patios”<sup>22</sup>.

Los prisioneros llegaron a contar en Dawson con un aparato transistorizado de radio, que les fue facilitado por uno de los conscriptos que los vigilaba.

— Estaba preparada para escuchar onda larga solamente; pero con nosotros estaba Walter Pinto, un ingeniero de la Universidad Técnica, para quien eso no fue problema: bastaba trasladar un cable de una conexión a otra, y la dejó apta para la onda corta. En la víspera de Navidad nos trasladaron al nuevo campo y entonces, por primera vez, escuchamos esa noche la canción *Vamos Chile, carajo; Chile no se rinde, carajo*, transmitida desde Argentina. Era muy hermosa y nos conmovió mucho. Luego oímos a Volodia<sup>23</sup>, hablando desde Moscú y le escuchamos esa expresión de “patriotas de Dawson”, que nos llamó tanto la atención. Teníamos un turno que lo hacía “el imaginaria”, es decir, quien quedaba de guardia. A él lo necesitábamos toda la noche para mantener vivo el fuego, porque había que alimentar con leña la estufa que nos calefaccionaba; “el imaginaria” del primer turno escuchaba la radio entre las once y doce de la noche. Se paseaba de un punto a otro de la barraca, transmi-

tiendo las noticias. Era impactante constatar que los propios militares escuchaban la radio. Con bastante frecuencia, cuando salíamos a formación a las seis de la mañana, se acercaba algún guardia a alguno de nosotros y le decía: Anoche estuvieron hablando de usted en la radio.

\*

El martes 25 de septiembre de 1973, Isabel Margarita Morel y Moy de Tohá se hicieron acompañar al Ministerio de Defensa por Irma de Almeyda. Se habían puesto de acuerdo para la entrevista que iban a mantener, a nombre de las demás "dawsonianas", con el general Pinochet:

"De repente entró un personaje al que no reconocí porque sólo lo había visto dos veces antes. Entró gesticulando, gritando, con la cara amoratada, como bajo un ataque de paroxismo, de rabia (era Pinochet): 'Sus maridos están todos bien —gritó—, bien tenidos y bien alimentados. Si hubiera sido al revés, todo habría sido distinto para nosotros'. Hacía ruidos con los labios, movía la lengua y volvía a decirnos lo mismo. Gritó, gritó y nosotros dejamos que gritara un rato. Después le dijimos: 'Bueno, general, ese no es el motivo por el que venimos a hablar con usted. Cada una tiene que plantear cosas muy diferentes'".

Irma de Almeyda tomó la palabra:

— Usted sabe que yo he sido la encargada del edificio de la Unctad y se me ha hecho una acusación injuriosa por televisión: el almirante Merino me ha acusado de sustraer unas bolsas de dinero que contenían la recaudación del casino y de otros puestos de venta que guárdabamos en mi oficina para depositarlas al día siguiente en el banco. Todos los funcionarios sabían eso, pero el público no lo sabe. He tratado de explicar mi situación en la prensa, pero se ha prohibido que publique cualquier desmentido. Yo exijo una reparación.

Pinochet pareció calmarse:

— Pero, señora —le respondió— eso lo sabemos todos. ¿Usted cree que si fuera verdad lo de las bolsas estaría conversándome aquí? No, pues, estaría tras las rejas.

Luego, Moy de Tohá dijo:

— Yo, general, estaba a cargo del Programa de Comidas Preparadas

en la Secretaría de la Mujer y quiero hacer entrega de mi cargo. No deseo que después se diga que no se sabe dónde están las cosas, como le ha pasado a la señora Almeyda.

Pinochet parecía contrariado.

— Bueno, Moy —dijo— vamos a ver... ¿Por qué no pasamos a mi oficina?

Entonces habló Isabel Margarita Morel:

— Le dije que había recibido muchas preguntas desde Estados Unidos; que allá se interesaban por Orlando y, por tanto, quería que se me informara para responderles a los periodistas norteamericanos que me están llamando. Pinochet contestó: “Como les he dicho, están bien cuidados, bien alimentados”. Después se puso de nuevo a gritar: “Y a ese traidor, tenemos que destruirlo aun que esté diez metros bajo tierra”.

La referencia a Salvador Allende era explícita, lo suficiente como para que Irma de Almeyda reaccionara:

— En estos términos no, general; no acepto que se refiera al Presidente en esa forma.

Moy aprovechó el silencio:

— General —dijo—, usted conoce a mis niños. Usted sabe cuánto quieren a José. Se imaginará la angustia que están pasando; se imaginará la angustia de José, que ha tenido estos niños cuando ya es un hombre mayor. Yo quisiera tener la oportunidad de comunicarme con él. Le ruego que le haga llegar una carta para que sepa que los niños están bien.

Pinochet se refugió en su ceño:

— Bueno, bueno, bueno —repitió—. Tráigame la carta.

— Yo también quisiera escribir una carta —dijo Irma de Almeyda. Y luego siguió Isabel Margarita Morel.

Pinochet aceptaba (“bueno, bueno, bueno”)... Pero había otras mujeres que hubiesen querido comunicarse con sus maridos... Pinochet volvió a los gritos:

— ¡Traigan las cartas mañana!

La entrevista estaba concluida.

“Fuimos a hablar con Bonilla —recuerda Isabel Margarita Morel—, para sonsacarle realmente dónde estaban. El no nos dio esa información,

pero se comprometió a hacerles llegar ropa y nos sugirió que mandásemos ropa de invierno”.

El grupo de mujeres preparó los bultos, los que fueron recogidos por los militares. Sin embargo, la mañana siguiente les depararía una sorpresa:

“Nos llamaron para que nos presentásemos en la Escuela Militar, ante un oficial que se identificó como comandante de la zona este. Cuando estábamos reunidas, alrededor de las 15:00 horas y después de una larga espera, nos dijo que tenía que dar lectura a un documento. Era un panfleto que, según él, habían encontrado en las poblaciones. Estaba escrito en un estilo peculiarmente castrense y decía: ‘Abajo los milicos. Hay que matarlos y violar a sus mujeres. Hay que liberar a los presos políticos. Sus esposas son nuestros contactos’. La lectura del panfleto causó estupor y agregó: ‘... Por esto ustedes se irán inmediatamente de aquí a sus domicilios, de los que no saldrán hasta nueva orden. Las que tengan alguna pregunta que formular, pueden hacerlo por escrito. Tienen exactamente diez minutos’”.

Luego fueron fotografiadas. El arresto domiciliario se mantuvo por un mes.

Sólo al mes y medio del cautiverio de sus maridos, las mujeres fueron citadas nuevamente a la Escuela Militar. Allí se las instruyó sobre el mecanismo que acababa de establecerse para enviar correspondencia y comida no perecible: todo iba a ser centralizado por la recién creada Secretaría Nacional de Detenidos (Sendet) que, a cargo del coronel Jorge Espinoza, ocupaba las dependencias donde hasta el 11 de septiembre habían funcionado, por décadas, las cámaras de diputados y senadores del Congreso Nacional.

Las instrucciones emanadas del coronel Espinoza eran precisas: quedaba prohibido hacer referencias en las cartas a temas políticos, ni siquiera quedaba margen para informar de los hechos que sacudían al país:

— Sólo se puede hablar de temas familiares —advirtió Espinoza—. Cualquier otro asunto será censurado.

A partir de ese momento empezaron a ser remitidos a Sendet despachos regulares de cartas y paquetes. Párrafos enteros de aquéllas, o

líneas intercaladas, sucumbieron bajo las tijeras. A veces, o los trazos de tinta negra los hacían ilegibles o alteraba su sentido. Luis Vega, abogado de Valparaíso al que Osvaldo Puccio —en Dawson antes de la llegada de aquel a la isla— acogió con un sorpresivo e incrédulo “¡Lucho, ¿qué haces aquí?; yo te hacía en trámites para liberarme”, recibió en cierta ocasión una nota de su hijo en la que únicamente se leía: “Querido padre: No quiero preocuparte, pero...”. El resto estaba censurado. La nota terminaba con una incoherente e inquietante sentencia: “...Paz para un hombre de paz. Diego”. Incluso la censura llegaba a extremos de añadir comentarios burlescos sobre las muestras de afecto que los prisioneros enviaban a sus familias. En otras ocasiones colocaban un “NO” delante de “Te quiero”.

\*

Bajo esas circunstancias, los dos delegados —Tohá y Enríquez— hubieron de agudizar sus cualidades de hombres que habían destinado a llenar de sentido y dirección la vida de otros hombres, para ir sorteando los escollos a que estaban sometidos. Encargados por los demás prisioneros de proponer mejoras en el campamento, obtuvieron, en una de sus primeras gestiones, la autorización para formar un equipo que iniciara la construcción de letrinas y de una caseta que, adaptada con ingenio, pasó a servir de ducha para tomar a lo menos un baño a la semana. También obtuvieron autorización para construir una glorieta, que Miguel Lawner diseñó.

Pero la rutina estaba infestada por la incertidumbre: ametrallamientos o sólo simulacros —era imposible determinarlo— rompían habitualmente la quietud nocturna de Dawson. Oscurecimientos, cacheos y allanamientos eran mezclados en dosis técnicamente previstas. Cierta día fue instalado un aparato de televisión en la carpa que utilizaban como comedor y se condujo a los prisioneros ante la pantalla, donde aparecieron los miembros de la Junta Militar para achacar a los detenidos imputaciones de delitos graves, y acusaciones contra Irma de Almeyda. La duda respecto de la situación que gravitaba sobre ellos y sus familias en Santiago quedó abierta. La operación se repitió, entonces, bajo una modalidad diferente: en uno de los muros del campamento, los militares colgaron un panel donde iban clavando recortes de la prensa diaria que llegaba desde

el continente. Se trataba de nuevas imputaciones de delitos —robos, malversación de fondos públicos, participación en el Plan Zeta— y noticias dando cuenta de juicios sumarios, detenciones, fusilamientos y expulsiones del país.

En la segunda quincena de octubre, la barraca fue violentamente ocupada por un grupo de soldados en mitad de la noche. Llamaron a gritos a Erick Schnacke y a Carlos Lazo<sup>24</sup>, les dieron minutos para reunir sus pertenencias y los sacaron. Esa madrugada dejarían Dawson, pero ningún prisionero lo supo. Para todos, Schnacke y Lazo habían desaparecido en la intemperie.

A mediados de noviembre, el doctor Patricio Guijón y el “Puma” Budnevic fueron también sorpresivamente sacados de la isla. Pero quedaban en libertad.

Hacia finales de ese mismo mes, Hugo Miranda sugirió que la Cruz Roja Internacional visitara Dawson, porque podía abastecer de muchos pertrechos al campo de detenidos. La sugerencia fue aceptada: una delegación de funcionarios extranjeros viajó a la isla en diciembre.

\*

A principios de diciembre, José Tohá hubo de ser trasladado de urgencia al hospital de Punta Arenas, después de haber tenido una violenta alza de presión. Alimentados con una dieta a base únicamente de farináceos<sup>25</sup>, que cubrió a lo menos los primeros veinte días, y sometidos a un esfuerzo físico al que no estaban habituados, los prisioneros de Dawson se debilitaron rápidamente:

“El que menos bajó de peso —señala Moy de Tohá—, perdió diez kilos; hubo gente, como José, que bajó veinte kilos en un mes.

“No había ninguna razón fisiológica. Entonces pensaron en un problema de tipo psicológico, sicosomático, y lo trasladaron a Punta Arenas, junto con Osvaldo Puccio —que había tenido un infarto— amarrados a un poste en la proa de la barcaza. Al romper la ola contra la proa del barco, el agua los iba mojando. José llegó sin conocimiento a Punta Arenas. Allí lo bajaron a punta de bayonetazos. En el hospital se le hizo una serie de exámenes destinados a averiguar si José tenía cáncer gástrico. Obvia-

mente, no lo tenía. Pero le hicieron los exámenes sin anestesia alguna, lo que, en definitiva, fue otra forma de tortura. Hubo noches en las que lo hicieron dormir con focos de 500 watts sobre los ojos. José perdió visión. Nunca había usado anteojos, porque tenía una vista bastante privilegiada. Sin embargo, al final de su proceso de deterioro, José no distinguía a una persona a dos metros”.

Ese mismo mes de diciembre, la Cruz Roja Internacional había destacado en Chile a una representación para conocer el estado de los lugares de internamiento y el de los propios prisioneros. Después de haber cumplido el periplo de visitas, la delegación citó —por grupos— a las esposas de los presos:

“Cuando nos tocó a nosotras, un funcionario suizo nos fue llamando una a una para explicarnos particularmente la situación de nuestros maridos y entregarnos, a cada una, una piedra de las que ellos habían recogido en la isla y tallado para los niños y nosotras. Cada piedra llevaba atrás el nombre del detenido y su número de prisionero. El de José era el S-26... Cuando llegó a mí le pregunté por José. Entonces me dijo: ‘Su marido no está en la isla; está en el Hospital Militar de Punta Arenas, con un diagnóstico de desnutrición grave. Lo visitamos. Está en una pieza con Osvaldo Puccio’. Fue el primer dato que yo tuve. Después me entregó la piedra. Me di cuenta de que era grave. Entonces empecé a telefonar al comandante Danús, en el Ministerio de Defensa, porque era ayudante de Patricio Carvajal. Danús había sido también ayudante de José cuando fue ministro. Le expliqué el caso, y me dijo: ‘El almirante tiene cosas más importantes que hacer como para preocuparse de la salud de los prisioneros’. Llamé al coronel Espinoza, del Sendet. Me dijo que si acaso estaba loca para pensar que iba a ir a Punta Arenas. En vista de eso telefoneé a Magliochetti, al Diego Portales. Y me señaló: ‘Es poco lo que puedo hacer; pero te rogaría que escribieras una carta para el general Leigh y le explikas esto que me estás diciendo para que te dé la autorización para viajar a Punta Arenas’”.

Moy de Tohá obtuvo la autorización, y también Miriam de Puccio.

Alrededor del 21 de diciembre, ambas llegaron a la capital de la región magallánica:

“Dejamos las maletas en el hotel —recuerda la señora de Tohá—. Llevaba una bolsa donde había puesto ropa adecuada para José, que había mandado a hacer especialmente, siguiendo los consejos de la Cruz Roja, que nos había advertido que en esa zona soplaban vientos de hasta cien kilómetros por hora. José andaba en Dawson sólo con un chaquetón de la Fuerza Aérea —hecho a su medida— que le había regalado el propio general Leigh para su santo. Después fui a la intendencia a buscar mi pase para el hospital. Allí me topé con el general Torres de la Cruz, quien me recibió con mucha afabilidad y piropos. Le expliqué que íbamos autorizadas por Leigh para visitar a nuestros maridos. Dijo que no podía ser, que Leigh no tenía por qué meterse en eso, que no era de su incumbencia y que él podía autorizar la visita. Fue un tira y afloja de una hora, al cabo de la cual me dijo: ‘Bueno, bajo mi responsabilidad le doy permiso para que vaya a ver a su marido diez minutos’. Entonces le respondí que no iba: ‘No voy a ver a José mientras no pueda decirle hasta mañana; y tampoco lo veré por diez minutos. Yo vengo a ayudarlo y eso no le va a ayudar en nada’. Entonces me contestó: ‘Usted no puede hacer eso, porque me va a poner en una pésima situación’. Le dije que a mí no me importaba: ‘Usted llame a Patricio Carvajal, llame a Leigh, llame a quien quiera; voy a esperar aquí hasta que hable’. Pasó otra hora y el general no pudo comunicarse con nadie. Me dijo: ‘Bueno, mientras yo hago las gestiones, está autorizada para visitarlo diez minutos hoy y, eventualmente, otros diez minutos mañana. Pero puede decirle a su marido hasta mañana’.

“En esas condiciones Miriam y yo partimos al hospital, encargadas a sendos funcionarios del Servicio de Inteligencia Militar. Mi vigilante fue el mayor o capitán Figueroa: tenía un tajo que le iba desde la comisura de la boca hasta la parte de afuera del ojo izquierdo. Todo ese lado de la cara lo tenía recogido. No tenía más de treinta años, era rubio y cojeaba también de una pierna. Muy duro, muy sarcástico. Me hizo preguntas seguramente destinadas a demolerle la seguridad a los prisioneros, pero que conmigo no le resultaron. Me dijo: ‘¿Cómo soluciona usted su problema sexual, señora? Porque el mayor problema de los presos es el sexual’. Entonces le respondí: ‘No dudo que debe haber problemas de ese tipo entre los presos; pero tampoco dudo de que ese debe ser el menor de los problemas,

porque cuando la gente tiene valores superiores, esas cosas se pueden controlar’.

“Llegamos al hospital. Me metieron a una pieza y me hicieron desnudarme; una habitación pequeña, como enfermería, donde se hacen curaciones. Me ordenaron sacarme la ropa y los zapatos. El trabajo lo hacía una mujer como de unos 35 años, vestida con ropa de calle. Desarmó los tacos de los zapatos para ver si ocultaban hojas de afeitar o alguna pastilla, tal vez soporíferos o calmantes. Después me hizo vaciar la bolsa. Revisó caramelo por caramelo, chocolate por chocolate, cigarrillo por cigarrillo; desarmó todas las cajetillas, revolvió toda la ropa. Una vez lista, mi vigilante tomó la bolsa y me condujo a otra pieza. ‘Tiene diez minutos’, me dijo. ‘Está prohibido hablar todo lo que no esté relacionado con usted y sus hijos; en el instante en que hable otra cosa yo paro la reunión y saco al señor Tohá para afuera’. También estaba prohibido que habláramos de enfermedades, quizás porque temían que José me explicara lo que le habían hecho y eso era parte de una tortura que no tenía permitido revelar... Fue a buscar a José, mientras yo me quedé esperando sentada sobre una cama de hospital.

“De pronto se abrió una puerta y vi aparecer a José: no era el José que caminaba erguido con su estatura de un metro noventa y cinco, llevando con elegancia sus 75 kilos de peso. Apareció un José agachado y con un cinturón que le daba dos vueltas alrededor de la cintura. Iba vestido con pantalones de franela gris, con zapatos que no llevaban cordones y no tenía calcetines; un sweter y una chaqueta. Lo abracé, le tomé la cara y le quise tocar le pelo. Entonces me di cuenta que lo tenía muy corto como mordido por tijeretazos. Empecé a hablar, una verborrea: que tenía invitaciones para ir a Venezuela, para ir a España... Fue cuando José me interrumpió y me dijo: ‘Yo no salgo de este país si no lo hago con un juicio previo, o expulsado; pero por mí, no salgo’.

“Los diez minutos pasaron rápidamente. Sólo lo noté conmovido y emocionado, hasta llenársele los ojos de lágrimas. Cuando habló de Dawson, dijo: ‘Eso es un infierno. Tienen que hacer algo por Daniel Vergara, porque los medios de comunicación han sido despiadados con él’... Figueroa estuvo diez minutos adentro de la habitación. Nosotros estábamos

sentados sobre la cama, con las manos tomadas y él al frente, con la metralleta apuntando hacia nosotros. Entonces dijo: 'Terminó la reunión'. Yo le comenté a José: 'No te preocupes, mañana vuelvo'. Figueroa dijo: 'No esté tan segura'. Le respondí: 'Estoy absolutamente segura, porque creo en la palabra de su general'. Al día siguiente se suponía que iba a tener diez minutos, pero en vez de eso tuve una hora. El sábado 22 fue una hora; al día siguiente fueron tres cuartos de hora y el último día —que era Nochebuena— me dieron diez minutos. Yo pensé que íbamos a tener una sesión larga, de unas dos horas, hasta minutos antes de que saliera el avión. Pero Figueroa dijo que él tenía que ir al cine, que estaba aburrido con nuestras escenas románticas. Y agregó: 'Además, si usted es tan amiga de los comunistas, puede restarle a los diez minutos con su marido cinco minutos para que vea al señor Silva y al señor Vergara. Yo la autorizo'. Así es que le respondí: 'Encantada restaré cinco minutos de la visita a mi marido para ver a esos compañeros; además, le pido autorización para que se repartan entre todos esta canasta'. Yo había preparado una canasta con panes de Pascua, un pollo asado, bebidas, una torta de milhojas. Lo habían revisado todo: el pollo estaba despresado y a la torta le habían metido cosas para cerciorarse que dentro no llevaba nada. Entonces se produjo un hecho insólito: faltando un minuto para completar los cinco que me había dado para ver a José, Figueroa, siempre con la metralleta, se levantó y me dijo: 'Hace exactamente cuatro meses que ustedes no hacen el amor, así es que les doy un minuto para que lo hagan'. Y lanzó una carcajada, cerró la puerta por fuera y se fue. Con todo lo que tenía atajado para decirle a José, no pude decirle nada. Nos quedamos en silencio, nos abrazamos y, de repente, exactamente al minuto, Figueroa abrió la puerta y dijo: 'Espero no interrumpir'. Le contesté: 'Muchas gracias. Ha sido el minuto más feliz de mi vida y se lo debo a usted'.

"Cuando salí venían entrando al vestíbulo Silva y Daniel Vergara. Mi reacción fue abrazarlos, besarlos, decirles que sus mujeres estaban bien, que había cosas para que comieran esa noche, que supieran que todos los íbamos a estar recordando. Vergara estaba con su brazo enyesado y vendado: 'Señora —me dijo—, dígame a mi mujer que usted me vio y que estoy íntegro'. En ese momento, Figueroa interrumpió y comentó: 'Está tan

linda la fiesta que voy a ir a buscar un *pickup* para que bailen'. Pero se quedó ahí, con el que vigilaba a Miriam Puccio, un jovencito de no más de 22 años. Cuando terminó el plazo, los abracé y le dije a José: 'Antes de treinta días estás en Santiago. Voy a hacer las gestiones necesarias. Y él me dijo: 'Yo no quiero salir de aquí'. Tenía temor a separarse porque sabían lo que había pasado con Lazo y con Schnake; sabían que separarse era un paso más, no de liberación, sino de tortura. Regresé a Santiago el 24 y pasé la Navidad con mis niños"<sup>26</sup>.

\*

El general Alberto Bachelet redactó algunas reflexiones, recluso en los estrechos patios de la galería 5 de la Cárcel Pública santiaguina.

Apenas un par de semanas antes había cerrado la puerta que por 38 años lo había vinculado a la Logia de Chile. Al igual que aquél, este acto había sido un doloroso desprendimiento:

"... Entre el día 14 de septiembre y el de hoy (5 de diciembre), sólo un H.: Hospitalario, llegó hasta mi hogar y más en su condición de amigo que en función de su cargo. En los momentos difíciles es cuando se conocen los hombres y, en esos momentos, mi esposa necesitaba del apoyo moral de mis hh.:, ya que de mis compañeros de armas no lo podía esperar. Sin embargo, mis hh.: no llegaron, no llamaron siquiera por teléfono, olvidando la solidaridad y, especialmente, la fraternidad. Y los hh.: conocían la situación y los hechos que estaban acaeciendo. Incluso mi esposa fue un día hasta [la Logia] La Cantera, habló con algunos hh.: y les enrostró su proceder y el olvido en que habían incurrido en principios tan primarios y que nos son tan queridos: apoyar al necesitado"<sup>28</sup>.

Las palabras de Bachelet respondían a su expulsión de la orden masonónica "por inasistencia y falta de pago" de sus cuotas.

"... Había que eliminar al H.: Bachelet, porque trabajó al lado del H.: Allende; porque le fue leal como H.: y como amigo, porque fue leal a la Constitución, porque le fue leal al pueblo, porque fue leal y consecuente con sus principios, los mismos que se le inculcaron en los tres grados de la Masonería Simbólica".

Los reproches de Bachelet no consiguieron su objetivo. El 6 de di-

ciembre, sus "hermanos" ratificaron su expulsión, pero ahora sólo "por inasistencia".

Los juicios dedicados por Bachelet a sus "hermanos" no fueron menos lapidarios para con sus "compañeros de armas". En una carta despachada el 19 de octubre de 1973 a su hijo Alberto, residente en Australia, el general señaló:

"Me quebraron por dentro, en un momento; me anduvieron reventando moralmente. Nunca supe odiar a nadie. Siempre he pensado que el ser humano es lo más maravilloso de esta creación y debe ser respetado como tal. Pero me encontré con camaradas de la FACH, a los que he conocido por 20 años, alumnos míos, que me trataron como a un delincuente o como un perro. Oficiales a los que siempre ayudé, a los que siempre tendí mi mano, me dieron vuelta la espalda y recién ahora, en que los cargos han quedado desvirtuados, empiezan a mostrar la cara, empiezan a justificarse".

El 18 de diciembre, el jefe del Servicio de Inteligencia de la FACH —comandante Edgar Ceballos— llegó hasta el departamento del general Alberto Bachelet, lo arrestó y lo condujo a la Cárcel Pública. Los cargos en su contra, basados en presunciones, cambiarían su rumbo en forma definitiva. Recluido en la galería 5, el general iba a escribir algunas reflexiones acerca del carácter de las Fuerzas Armadas:

"La cárcel tiene el don de nivelar a todos los hombres. Ahí desaparecen jerarquías militares, sociales o de fortuna. Ahí son todos iguales. Desaparecen hasta las inhibiciones. En esta galería todos somos prisioneros de una guerra que no hicimos y que no queríamos, pero ahí estamos".

## NOTAS

<sup>1</sup> Miguel Lawner fue detenido en la Corporación de Mejoramiento Urbano (Cormu) el miércoles 12 de septiembre. Traslado al Estadio Chile, fue sacado de allí y conducido, el jueves 13, a la Escuela Militar.

<sup>2</sup> Último ministro de Economía de Allende, comunista.

<sup>3</sup> Uno de los mote más utilizados fue el de "Barnabás", como se consigna en los capítulos sobre el día 11.

<sup>4</sup> Los prisioneros trasladados a Dawson, importantes miembros de partidos de la Unidad Popular y del gobierno de Allende, fueron: Daniel Vergara, Clodomiro Almeyda, Sergio Bitar, José Cademátori, Edgardo Enríquez, Fernando Flores, Patricio Guijón, Hugo Miranda, Alfredo Joignant, Carlos Jorquera, Enrique Kirberg, Orlando Letelier, Luis Matte Valdés, Carlos Matus, Carlos Morales Abarzúa, Tito Palestro, Aníbal Palma, Osvaldo Puccio, Osvaldo Puccio Huidobro (hijo del anterior, de 18 años), Aniceto Rodríguez, Erick Schnake, Jorge Tapia, Benjamín Teplizky, Jaime Tohá y José Tohá.

<sup>5</sup> A cargo de toda esta operación de traslado estuvo el comandante de Ejército Juan Pablo González.

<sup>6</sup> Ex ministro de Salud del gobierno de Allende.

<sup>7</sup> Situada a 54 grados y 3 minutos de latitud sur y 70 grados y 30 minutos de longitud oeste.

<sup>8</sup> Comandante Edgar Ceballos: cumplió siempre tareas en el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA) y por lo menos a partir de 1974 era ya su jefe, desde donde dirigió las tareas represivas que la SIFA emprendió contra la Unidad Popular y el MIR.

Años después, estando Chile sometido a embargo de armas por varios países occidentales que eran sus proveedores habituales, Ceballos pasó a hacerse cargo de un servicio fundamental en la FACH: la obtención de material bélico aéreo, su mantenimiento y la fabricación en Chile, de aquello que el país no podía obtener.

<sup>9</sup> Movimiento adherente a la Unidad Popular surgido de una escisión de la Democracia Cristiana y del MAPU, en 1971.

<sup>10</sup> Humberto Magliochetti era, hasta esa misma mañana, ministro de Obras Públicas y Transportes del último gabinete de Salvador Allende.

<sup>11</sup> Según la versión oficial, el día 11 de septiembre francotiradores apostados en la azotea del Banco del Estado hicieron disparos contra los militares alzados que rodeaban La Moneda, siendo reducidos por un helicóptero del Ejército enviado por el general Arellano Stark.

<sup>12</sup> En enero del 73, siendo ministro del Interior el Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats González, éste le manifestó al entonces ministro de Defensa, José Tohá, y al de Economía,

Orlando Millas, la preocupación existente entre los generales por el acaparamiento de productos y el mercado negro; al mismo tiempo les hizo presente el temor que había de que las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP) se transformasen en elementos de uso político que la oposición cuestionaría. Se sugirió, entonces, la creación de un organismo directivo y no ejecutivo, que sería la Secretaría Nacional de Distribución, en la que cooperarían las Fuerzas Armadas. El ministro Millas se entrevistó con el Presidente Allende para que requiriese del mando de la Fuerza Aérea la designación del general Alberto Bachelet.

<sup>13</sup> Junto con Bachelet fueron enviados allí el coronel Miranda y el comandante Galaz bajo cargos similares.

<sup>14</sup> Carlos Altamirano, secretario general de Partido Socialista; Carlos Lazo, miembro del Comité Central del mismo partido y presidente del Banco del Estado.

<sup>15</sup> El lunes 17 se agregó al grupo de detenidos el capitán Raúl Vergara.

<sup>16</sup> Necrosis de los tejidos de una parte del corazón.

<sup>17</sup> Último rector de la Universidad Técnica del Estado, allanada por fuerzas militares.

<sup>18</sup> Fue el comandante Fellay quien advirtió a los prisioneros, apenas llegaron a la isla, que iban a realizar trabajos pesados y que como estaban bajo condiciones de prisioneros de guerra, deberían cumplirlos.

<sup>19</sup> Parte pequeña, pero importante de sus consultas las realizaron en una oficina que, al parecer, ocupaban agentes de inteligencia militar norteamericanos.

Véase *The Execution of Charles Horman (An American sacrifice)*, de Tomas Hausen, Ed. Harcourt Brace Javanovich, New York-London, 1978, 255 págs. Sobre este relato se basó la celebrada película de Costa Gavras *Missing*.

<sup>20</sup> Se trataba de Sergio Vuskovic, alcalde de Valparaíso; Leopoldo Zuljevic, superintendente de Aduanas; Andrés Sépúlveda, diputado; Maximiliano Marholz, regidor de Valparaíso; Ariel Tachi, regidor de Viña del Mar; Walter Pinto, gerente de la Empresa Nacional de Minería en el balneario de Quinteros y Luis Vega, asesor jurídico del Ministerio del Interior.

Para un relato detallado de la vida en Dawson, véase *Isla 10*, de Sergio Bitar, op. cit.

<sup>21</sup> Testimonio de Orlando Letelier aparecido en la revista norteamericana *Playboy*, en 1976, tres meses antes de su asesinato.

<sup>22</sup> Aparte de los propios conscriptos de guardia, los contactos entre ambos patios de prisioneros se establecieron gracias a que uno de los médicos "Sierra" debió atender a uno de los prisioneros de Punta Arenas. Se trataba de Aristóteles España, un muchacho de 17 años, socialista, presidente del centro de alumnos de su liceo en la ciudad austral y del Frente Estudiantil de Izquierda. Había sido torturado de tal forma durante su detención en Punta Arenas, que se temió por su vida y hubo de prestársele atención médica en Dawson. Entre los prisioneros puntarenenses había también un electricista —apodado "El Chispa"— a quien los militares hicieron trabajar en el tendido eléctrico del campamento: ello le dio la oportunidad de ingresar repetidamente al patio de los prisioneros de Santiago.

<sup>23</sup> Volodia Teitelboim, senador y dirigente del Partido Comunista, a quien el golpe de Estado sorprendió en Roma, viajando de regreso a Santiago.

<sup>24</sup> Erick Schnake, senador del Partido Socialista, hijo de uno de los fundadores de dicha organización. Schnake y Lazo fueron trasladados a Santiago para someterlos a consejo de guerra.

<sup>25</sup> En concreto, porotos y lentejas, a los que se añadían diuréticos. Por esta razón, los prisioneros perdieron potasio peligrosamente.

<sup>26</sup> Los autores de este libro obtuvieron este testimonio directamente de Moy de Tohá en 1983. Posteriormente, la periodista Patricia Politzer lo obtuvo para su libro *Miedo en Chile*, ediciones Chile y América, Cesoc, Santiago, 1985.

<sup>27</sup> Tras el golpe militar, la situación engendrada produjo una seria polarización dentro de la masonería chilena y muchos de sus afiliados se retiraron, al menos temporalmente, argumentando que la negativa a un pronunciamiento abierto ante las violaciones a los derechos humanos no era otra cosa que un pretexto. Por contrapartida, los sectores que apoyaron el golpe argumentaron que, como la masonería "no es una secta ni un partido" (sic), no tenía por qué pronunciarse. Entre estos últimos sectores se ubicó la dirigencia masónica, con lo que las relaciones entre la masonería chilena y la Junta adquirieron de hecho el carácter de un apoyo institucional.